

Hacia Un Socialismo Europeo, ¿Falange o Comunismo?

Jorge Mota

Ediciones BAU, Barcelona 1974

INDICE


JORGE MOTA
HACIA UN SOCIALISMO EUROPEO
¿FALANGE O COMUNISMO?

NOTAS DE LA EDICIÓN:

Ediciones EL ÚLTIMO AVATARA tiene el honor de presentarles la edición en soporte informático de la obra "HACIA UN SOCIALISMO EUROPEO" del fundador y presidente de CEDADE, JORGE MOTA. Como mejor aproximación a su persona, reproducimos a continuación el texto de la contraportada de la obra original, de 1974:

«Con ocasión de la no autorización del Congreso de Juventudes Europeas, el nombre de JORGE MOTA ha pasado a ser de actualidad. De 28 años de edad, su vida ha sido dedicada por entero a la política; desde muy pequeño, pero principalmente desde 1962 (a los quince años), su objetivo fue la organización de una entidad que con carácter europeísta, representara y se hiciera portavoz del sentir de la juventud española. A los diecinueve años, tras varios fallidos intentos, y en unión de otras personas de mayor edad, creaba el CEDADE, Círculo Español de Amigos de Europa (Ap. C. 14010, Barcelona), permaneciendo como Jefe de la Sección Juvenil, hasta el cambio de junta de 1970, en el que es nombrado presidente, al frente de un nuevo equipo de una media de edad de 26 años, frente a los 45 de la junta saliente. La actividad crece desde entonces: CEDADE, nacido en Barcelona, se establece también legalmente en Madrid y está en vías de creación en otras provincias. Sus relaciones internacionales y su prestigio entre diversas organizaciones afines en el extranjero le mueven a la organización del Congreso de Juventudes Europeas.

De costumbres austeras, no bebe, no fuma y es vegetariano, Jorge MOTA encarna la lucha de la nueva juventud por la renovación de unos valores ya caducos y por la actualización de sistemas trasnochados. Es el idealismo frente a lo ya establecido, frente a los prejuicios sociales, frente al control absoluto ejercido por la opinión pública. Su dedicación a la política es absoluta.

No posee títulos ni cargos de importancia. Habiendo abandonado sus estudios en el Primer Curso de Bachillerato, ha desarrollado trabajos manuales y administrativos en diversas empresas, dedicando especial atención al conocimiento del problema obrero. Su verdadera vocación, aparte de la política, según él afirma, es el arte, por el que siente gran afición: música, poesía o artes plásticas. Partidario de la formación integral del individuo, da al deporte gran importancia, habiendo practicado judo, esgrima, tiro, montañismo y ciclismo. Ha colaborado esporádicamente en algunas publicaciones españolas sobre temas artísticos, y en algunas extranjeras sobre temas políticos».

Digitalizado por: Ediciones El Ultimo Avatara ; maquetación en pdf www.NuevOrdeN.net

PRÓLOGO

Hace apenas unos meses, los periódicos de toda España dieron amplia difusión a la celebración del que se llamó CONGRESO MUNDIAL FASCISTA en Barcelona. Este Congreso había sido convocado bajo el nombre de Congreso de Juventudes Europeas, y yo había sido el más directo organizador del mismo.

Los periódicos españoles, siguiendo una iniciativa de “Pueblo” de Madrid, desarrollaron una violenta campaña contra su celebración, imponiéndose como meta —algunos así lo proclamaron abiertamente— su prohibición o suspensión. Esta campaña de prensa desarrollada contra el Congreso, me afectó a mí en forma personal, y fue, desde luego, un claro exponente de los pasos necesarios que hace falta seguir para realizar una campaña de prensa que conduzca al fin último perseguido.

Un determinado periódico citaba, como textuales, palabras que yo nunca había pronunciado. Estas palabras se citaban entre comillas, y otros periodistas, al leerlas, escribían sobre ellas todo un artículo; posteriormente, otro profesional de la información, basándose en ese artículo, ya de segunda mano, escribía un tercero, y así sucesivamente. Ocurrió un caso concreto en el cual un periodista, que había asistido a una de las conferencias explicativas convocadas al respecto, al leer la crónica escrita por otro colega que había sido enviado por el periódico, vio tal cantidad de inexactitudes que quedó estupefacto. Este periodista me comentó posteriormente su sorpresa ante este hecho, y me manifestó que, de no haber estado presente en el acto, posiblemente hubiese escrito un articulo partiendo de aquella inexacta información.
Esta fue sin duda la razón que hizo que algunos periodistas, creyendo como rigurosamente auténtico lo informado, y en especial lo reseñado entre comillas, empezasen a escribir, ignorándolo, artículos tendenciosos. Se tergiversó en ocasiones de tal modo mis palabras, que nadie podía reconocer en ellas ni una aproximación al original; baste como ejemplo el hecho de que varios periódicos aseguraran que yo había dicho “los perros de la prensa en manos del comunismo”, cuando en realidad me había limitado a decir “la prensa española es derechista”. Creo que sobran comentarios.

En el primer acto explicativo que tuvo lugar en Madrid, y del que se marcharon muchos de los informadores presentes al decir yo la frase reseñada más arriba, la confusión fue mayúscula. Los periódicos del día siguiente manejaron las más diversas cifras; los asistentes eran noventa para unos y doscientos cincuenta para otros, el número de informadores que abandonaron la sala fue de doce según unos a veintiocho según otros, y alguno creo que llegó hasta a redondear los treinta. A cualquier personas perspicaz que leyese más de un periódico, le bastaba esta confusión para imaginar cuán poca verdad se reflejaba en los artículos escritos relativos a los dos actos explicativos.
Pese a mi afirmación, reiterada, de que nada tenía contra los periodistas en general —aunque sí contra algunos en particular—, y que todos mis calificativos de derechistas, capitalistas, burgueses, inmovilistas, etc., eran relativos a las empresas, los periódicos seguían informando sobre mis “ataques” a los periodistas. Hasta llegó a nombrarse una comisión destinada a estudiar la posibilidad de querellarse contra mí todos los profesionales de la información. Esto era sorprendente, dado que lo único que yo había dicho era que las empresas periodísticas españolas eran derechistas, pero el tergiversamiento tendencioso había llegado tan lejos que, especialmente en provincias, nadie sabía nada de nada. Todos creían saber algo, pero no sabían muy bien el qué, aunque en todo caso no había duda de que esto —que no sabían exactamente qué era— no podía quedar así, pues si doce o veintiocho periodistas abandonaban una conferencia, faltando a su labor informativa, y arriesgándose a ser despedidos por abandonar el trabajo sin permiso, seria sin duda por razones de peso, ya que parecía absurdo que lo hubiesen hecho simplemente por decir que la prensa era derechista.
Pero he ahí que la cuestión había sido ésa, escuetamente ésa, y que no había pasado nada más que lo que había pasado. Ya cuando al principio se dijo que el Congreso seria Fascista, las réplicas enviadas no habían sido publicadas (sólo lo fueron dos de ellas), nadie me había pedido información, y todo

intento de publicar explicaciones había sido boicoteado. Así pues, no me quedaba otro remedio que sentarme a esperar. Se informó realmente de que estaba prohibida la entrada a los periodistas, lo cual era falso; se me acusó reiteradamente de ocultar secretos propósitos y de no querer dar a conocer mi ideología, pero cuando informé a la prensa de los nombres de algunos de los asistentes, tal información sirvió, única y exclusivamente, para hacer algunos chistes en revistas de humor. Y cuando quise informar de mis ideas, para demostrar que lo dicho por la prensa era falso, esa misma prensa se negó a publicar cualquier cosa; incluso en el acto aclaratorio de Barcelona, el diario "El Correo Catalán" rehusaba públicamente la invitación de asistir, es decir, como caso insólito, mientras por un lado se nos acusaba de no invitar a la prensa, por el otro rehusaban nuestra invitación.
Quien haya seguido de cerca los acontecimientos relativos al Congreso de Juventudes Europeas, o al Congreso Mundial Fascista —como lo han calificado—, tendrá que reconocer que si en varias ocasiones he hecho comentarios desfavorables hacia la prensa, y he afirmado que prácticamente todas las empresas periodísticas españolas son derechistas y reaccionarias, tenía perfecta razón al hacerlo. Las informaciones tendenciosas y falsas que se han publicado han sido muchas, y cuando hemos intentado ejercitar el derecho de réplica, no ha sido publicado, las instancias pertinentes ante los organismos oficiales no han sido contestadas, y, como culminación de todo ello, las llamadas telefónicas falsas en nombre de periódicos u organismos, las amenazas de muerte o destrucción —anónimas, claro—, etc., etc.
Se me ha pedido que escriba esta pequeña obra, y el plazo que se me ha dado ha sido de un mes. No se puede hacer gran cosa en un mes. Dicen que Goethe escribió "Werther" en una semana, y Zorrilla el "Don Juan" en una noche. Naturalmente, yo no soy ni el uno ni el otro, y poco puedo hacer en un mes, pero, a decir verdad, creo que basta y sobra para lo que se me ha pedido. Quizá algún día me determine a hacer una obra voluminosa, documentada y extensa, de ésas que nadie lee, pero no es ése nuestro caso actual. Desgraciadamente, en España, cuando alguien decide comprarse un libro, es para hacer un regalo o para celebrar algún aniversario; hay otros países en los que el ama de casa vuelve de la compra con un par o tres de obras de bolsillo para poder leer durante la semana. Este no es el caso de España, y por ello el objetivo de las líneas que siguen es ser lo más sencillo y escueto posible. Se trata de exponer de forma resumida y elemental unas pocas ideas que permitan a cualquier persona formarse un criterio justo de lo que pienso; dejo luego al lector el gusto y el placer de ponerme la etiqueta. Los croatas aseguran ser croatas, los serbios, serbios, y los montenegreses, montenegreses, pero he ahí que gracias a una reciente invención, todos ellos son yugoeslavos; no vale, pues, la pena de perder el tiempo en definiciones, cada cual que me defina a su gusto.

Las ideas aquí contenidas son las mismas que he expresado en las seis o siete entrevistas que se me han hecho recientemente y que, pese a los mejores deseos de los periodistas que las han realizado, no han sido publicadas por las empresas periodísticas. Quizá se esperaba que yo afirmase que lo más higiénico que puede hacerse con los judíos es jabón, o que las librerías deben ser purificadas por el fuego, etc, etc. Pues no, estas cuestiones son propias de la prensa sensacionalista y de las películas de historia-ficción. Lo que expongo aquí es lo que he dicho de palabra a cualquier persona que me haya preguntado. Ideas, por demás, que creo que comparte mucha gente, sólo que dichas por mí son nefastas, perniciosas o falsas (según la ocasión), y dichas por otros resultan admirables.

Lo cierto es que, como muy bien asegura Schopenhauer, la verdad es para siempre, aunque se la ahogue o desconozca durante algún tiempo. Aquí está mi verdad, cada cual que la interprete como quiera.

Barcelona, agosto 1974
JORGE MOTA

FALANGE Y COMUNISMO

«LOS COMUNISTAS SIGUEN APEGADOS A LOS TEXTOS ANTICUADOS DE SUS BARBUDOS MAESTROS DE OTRO SIGLO; SIGUEN LEYENDO Y DIFUNDIENDO EL 'MANIFIESTO COMUNISTA', PUBLICADO EN 1848, Y SIGUEN CREYENDO QUE ES LA SOLUCIÓN ACTUAL; SIGUEN RINDIENDO CULTO A ESCRITOS PUBLICADOS HACE CASI UN SIGLO Y MEDIO, CUYAS PROFECÍAS NO SE HAN CUMPLIDO, Y CUYOS PRINCIPIOS SUPUESTAMEBTE REVOLUCIONARIOS HAN DEMOSTRADO SER UN FRACASO EN LOS PAÍSES VÍCTIMAS DE LAS DEMOCRACIAS POPULARES».

-En la foto: Obreros marchando de Berlín Este a Berlín Oeste, alzamiento del 17 de junio de 1953

Nací el mismo año en que en Nuremberg eran ejecutados los más representativos dirigentes del Nacionalsocialismo o, lo que es lo mismo, del fascismo mundial. No he podido pues conocer las realizaciones, las realidades o las mentiras, de los sistemas fascistas, y me he tenido que limitar a los libros para poder formarme una idea concreta de lo que fue aquella ideología política.
Podría decirse que toda persona nacida una vez terminada la contienda mundial se ha visto obligada, en sus conocimientos sobre esa época, a escritos, libros y documentos cuidadosamente seleccionados, de tal suerte que existen más posibilidades de formarse una justa y equitativa opinión sobre las campañas napoleónicas y la forma de ser del gran corso, que sobre un hecho histórico del cual muchos de sus protagonistas todavía viven. Solo existen dos formas de estudiar aquella época. Por un lado, los libros editados después de la guerra por los vencedores, y por el otro, los editados antes de ella por los vencidos, con la natural dificultad que consultar los segundos supone, necesariamente una paciente labor de investigación y búsqueda en bibliotecas públicas y privadas.

Después de la Segunda Guerra Mundial el mundo fue repartido entre las democracias populares y las democracias parlamentarias. Pero este reparto del mundo no se limitó exclusivamente al aspecto geográfico y consiguiente partición de Alemania. Existió también un reparto ideológico, en el cual se puso el mayor cuidado, y que, resumiendo, podría calificarse del establecimiento de “democracias antifascistas” en todo el mundo. El sistema democrático admitía toda clase de partidos, toda clase de ideologías, excepto la “fascista”; ser fascista era, y es, un delito en cualquier democracia, por más liberal que sea, y exceptuando los Estados Unidos —país en el cual pueden existir legalmente partidos “nazis”— en la inmensa mayoría de los países europeos existe una total prohibición al respecto, debiéndose limitar los partidarios de este sistema político a utilizar “coberturas” legales que les permitan una existencia política e incluso parlamentaria, aunque, en este segundo caso, no haya ni un solo partido que esté dispuesto a hacer coalición ni aunque pueda beneficiarse de ella. En el parlamentarismo de la Europa occidental, tal como ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial, queda patente que el “miedo” al fascismo es el denominador común; no importan discrepancias ideológicas más o menos importantes o sustanciales, porque llegado el momento de enfrentarse con un partido o, como ya se demostró, con una nación fascista, todos los partidos implicados en el juego parlamentario, incluidos naturalmente los comunistas, saben que su actitud debe responder ante todo al imperativo del antifascismo y que cualquier justificación es válida. En 1939 las democracias parlamentarias declararon la guerra a Alemania después del ataque a Polonia, pero cuando unos días más tarde la URSS atacaba a los polacos por la retaguardia, sin previa declaración de guerra, y sin haber mediado provocación alguna, las democracias occidentales no pensaron siquiera en la posibilidad de declarar también la guerra a Rusia. Las supuestas garantías dadas por Inglaterra y Francia a Polonia se habían limitado a servir de excusa para desencadenar una guerra mundial contra Alemania. Actualmente, a nivel parlamentario o político, siguen utilizándose banales justificaciones para prohibir a unos u otros partidos nacional-revolucionarios, a

los que se califica de “fascistas” simplemente porque no están inspirados en los principios decimonónicos u ochocentistas de los marxistas o demócratas liberales.
Consecuentemente, el fascismo es una posibilidad descartada en la mayoría de mentes europeas, pues aquél que todavía dude, podrá ver en el cine, en la TV, o leer en cualquier libro, tal cúmulo de horrores cometidos por el “fascismo mundial” en el corto plazo de su vigencia en Europa, que parece difícil que otra ideología pueda aprovechar de forma tan íntegra los días de su poderío para cometer tantas y tan variadas fechorías.

La alternativa, pues, que se le presenta al europeo actual es simple. O se es comunista o se es demócrata, otra solución no existe. Pero surge inmediatamente un grave dilema: la democracia es el gobierno eminentemente capitalista; pueden apoyarlo los burgueses, incluso los pequeños propietarios y una parte de los estudiantes, pero no pueden desde luego admitirlo los obreros, pues saben que el sistema es básicamente contrapuesto a sus intereses, por lo menos teóricamente, ya que si bien ocurre frecuentemente que al comparar el nivel de vida de los obreros soviéticos, muchos trabajadores europeos comprueban que, pese a todo, su situación es mejor que la de aquellos y se ven obligados a apoyar al sistema capitalista por ser el mal menor, en todo caso nunca pueden confiar en el sistema que apoyan pues saben perfectamente que si dispone de una política social, esta es en el grado justo para evitar que una inconmensurable explotación pueda desatar revoluciones, huelgas generales, etc. Pero, en definitiva, el obrero que sea consecuente con su lógica, debe apoyar al comunismo; la democracia parlamentaria es eminentemente burguesa, y deben mantenerla los burgueses porque conviene a sus intereses. El partido comunista es eminentemente obrero, y deben mantenerlo los obreros.

Existen ciertamente muchas personas que no desean militar ni en uno ni en otro. Consideran ambos sistemas muy extremos, y como sea que no existe otra forma política en todo el mundo, intentan una agradable mezcla de ambas que para algunos tiene las ventajas de las dos y para otros muchos no posee sino sus inconvenientes: se trata de la socialdemocracia, partido político que poco a poco se va haciendo con el poder en una y otra nación, pero... ¿Tiene verdaderamente la socialdemocracia un programa socialista con verdadero contenido y eminentemente revolucionario? No, sin duda alguna, no lo tiene. La socialdemocracia es exclusivamente la avanzada del comunismo, la fuerza de la socialdemocracia se halla en los comunistas que hay en ella, y nunca en los demócratas que también la integran. Podríamos decir que la socialdemocracia es un simple elemento táctico del comunismo. Willy Brandt y su política han sido claro ejemplo de ello.

Por último, hay que tener en cuenta un factor muy importante en todos los países: La Universidad. En ella es donde actualmente el comunismo tiene mayor fuerza. ¿Por qué?, pues simplemente porque el joven actual, como el joven de todas las épocas, es idealista, fundamentalmente idealista, y no puede apoyar ni defender sistemas políticos regidos exclusivamente por el dinero, como es el capitalismo; por ello, y ya que lo más contrapuesto es el comunismo, va a militar inmediatamente en sus filas. Hay otros jóvenes, muchos menos, desde luego, que —especialmente en Francia, Italia y Alemania— van a militar en grupos nacional-revolucionarios, y de forma constante y periódica la Universidad se convierte en campo de batalla entre ambos grupos de jóvenes, quedando de manifiesto un hecho incontrovertible: no existen militantes de la socialdemocracia, ni de la cristianodemocracia, ni de los conservadores, ni de ningún otro partido político. Los partidos políticos clásicamente parlamentarios carecen de miembros militantes, poseen organizaciones administrativas, tienen gran número de funcionarios, y sus periódicos, revistas, emisoras de Radio, y empresas de publicidad, son su fuerza electoral. Los comunistas y los nacional-revolucionarios tienen mucha menor fuerza, en especial los últimos, pero disponen de militantes que venden sus revistas a grupos por la calle, que enganchan carteles etc. La lucha, pues, tanto en el plano físico como ideológico, se halla entre nacional-revolucionarios y comunistas. Ambos actúan de forma “amateur”, y si son heridos, pese a ello, vuelven de nuevo a actuar. Su mística es la lucha; saben que al final la victoria corresponderá no al que tenga más dinero, sino al que tenga más y mejores hombres porque, incluso en nuestro siglo, los hombres siguen siendo más valiosos que el dinero.

Este es aproximadamente el mismo caso que en España, aunque de forma distinta. No hay que ser excepcionalmente despierto para comprobar los hechos apuntados antes, es decir, que el mundo actual busca la solución socialista para su futuro. Desde 1939, cada día hay nuevas naciones que caen dentro del ámbito comunista, pero desde la lejana fecha de 1917 ni una sola nación comunista ha dejado de serlo para caer dentro del ámbito de las naciones llamadas "libres". Europa camina hacia una solución socialista, y lo hace a pasos agigantados. España, pues, tiene básicamente el mismo problema. Debe buscar también una solución "socialista" a su futuro, y para ello debe estudiar los partidos, grupos o entidades, que puedan ofrecer una solución de este tipo, quedando el campo inmediatamente reducido a dos grandes opciones, la falangista o la comunista. Podemos escuchar opiniones, discursos, sugerencias, etc., y convencernos de que hay personas de buena voluntad que hablan de solucionar problemas sociales. Pero lo que hay que buscar verdaderamente es la solución íntegra de esos problemas, determinándose por un apoyo al comunismo o, contrariamente, por un apoyo a una solución socialista anticomunista.

En España solo puede encontrarse una solución socialista no comunista en la falange, pero cuando hablo de falange me refiero a algo que está más lejos que opiniones de unos cuantos viejos falangistas que esgrimen sus antiguos carnets para querer convertirse inmediatamente en los sucesores de José Antonio, de Onésimo o de Ramiro Ledesma. No se trata de esto, no se trata ya de hacer suposiciones sobre lo que cualquiera de ellos diría hoy si estuviese vivo. No están vivos, es éste un hecho innegable, pero lo es también el hecho de que sus escritos buscan una solución socialista y revolucionaria, y no deben olvidarse a la hora de buscar soluciones para España. No soy yo quién para decir lo que José Antonio diría en nuestros días, pero sí puedo asegurar lo que dijo, y eso, lo que dijo, tanto él como fundamentalmente Ramiro Ledesma —más extremista a este respecto—, debe ser el principio, aunque no el fin, de toda acción socialista futura, debe ser el punto de partida desde el que buscar una solución socialista y al mismo tiempo europea, solución que se halla muy por encima de los problemas que tuvieron estos iniciadores en su tiempo, pero que responde en muchos aspectos al mismo espíritu.

Claro que algunos se asustarán profundamente por la afirmación que se desprende de lo dicho, es decir, que la falange es fascista. No pretendo asegurar tal, y no lo pretendo porque tampoco creo fundamental este punto. Hace años que hay una serie de falangistas que se hallan empeñados en demostrar la falsedad de que la falange sea "fascista"; buscan argumentos pueriles y se esfuerzan en demostraciones banales. No se trata a estas alturas de saber si José Antonio o cualquier otro dirigente de Falange afirmó explícitamente que era "fascista", se trata de hacer un estudio comparado de los diversos doctrinales del fascismo o de los actuales movimientos nacional-revolucionarios, y comprobar que Codreanu, Quisling, Arcand, Rockwell, Pavelic, Degrelle, Bardeche, Hitler, Mussolini, etc., mantienen en sus escritos una postura similar, en muchas ocasiones por simple coincidencia, y en otras por haberse inspirado unos en la de Otros. Todos ellos presentan, cada uno a su modo y según su especial concepción del mundo, una solución socialista que termine con la iniquidad capitalista y que restituya de forma revolucionaria sus derechos, no ya a una clase determinada, sino a todo un pueblo.

Es importante, sin embargo, insistir en que, se quiera o no, son los "fascistas" —llamemos así o de otra manera a estos grupos, o más exacto aún, movimientos que buscan una tercera solución ni capitalista ni comunista— la única esperanza ante esa etapa final de una lucha violenta en la cual el comunismo va dando gigantescos pasos ante la mirada contemplativa de las democracias occidentales, preocupadas únicamente en crear situaciones que puedan beneficiar a sus posibilidades electorales, y buscando soluciones sociales a aquellos problemas que de no solucionarse pueden convertir en inestable su situación personal. La democracia parlamentaria, el capitalismo en suma, sigue concediendo como limosna lo que es un justo derecho del obrero, y en tanto esta situación prevalezca, en tanto suba los precios por su cuenta pero no los salarios —lo cual hace sólo a base de presiones y no por convicción— la solución capitalista debe descartarse de Europa por ser trasnochada y caduca.

La convicción de que ya todo se ha perdido, de que Occidente debe mirar a Oriente para encontrar soluciones, y la convicción de que las soluciones no se hallan allí, la seguridad en suma de que Europa tiene que buscar en sí misma soluciones propias al margen de la división preestablecida de comunismo y

capitalismo, es lo que ha hecho aparecer en toda Europa una nueva corriente que por exclusión es calificada de fascista. Hasta hace poco, la simple mención de esa palabra infundía miedo, pero ahora empiezan a aparecer personas conscientes que se dan cuenta de que la reiterada acusación de “fascistas” que se lanza contra toda persona inconformista, es una simple excuse destinada a mantener el “establislirnent” actual; por ello, perdiendo de una vez el miedo, algunos intelectuales han reconsiderado su postura, siendo el caso más destacable el de Jean Cau, discípulo predilecto de Sartre, que abandonando las directrices de su ex-maestro, afirma que debemos perpetuar el genio de Occidente, y que aunque las circunstancias no sean propicias, tenemos que hacer como aquel holandés que viendo una grieta en un dique puso su dedo y resistió toda la noche hasta la llegada de refuerzos. Cau ha roto con sus prejuicios y se ha impuesto como deber el de resistir hasta que Occidente se de cuenta de su situación, Cau ha contribuido también a detener la inundación definitiva taponando la grieta.
Son pocas, pero por lo menos son, las personas que se han visto desengañadas por las ideas marxistas con su reclamo de una revolución trasnochada y burguesa, y al igual que el himno de los nacionalsocialistas llamaba a los camaradas del Frente Rojo, pues sabía que habían sido convencidos por una fácil demagogia, así también esa tercera solución, a un tiempo socialista y europea, está atrayendo hacia si a personas que hasta hace poco militaban en otro campo, descubriendo ahora de pronto que ante ellos aparece algo nuevo, algo propio de nuestro siglo. La lucha se halla entablada entre comunistas y fascistas, y al final quedará un solo bando triunfante, pero, como ya ocurre ahora, el “fascismo” —o esa tercera solución actual nacional-revolucionaria— se nutrirá de elementos comunistas que serán conscientes de su error hasta el momento.

En España podemos descubrir también algún caso, como el de Alfonso Paso, de personas que descubren una nueva idea cuando la masa cree que ya está superada, este es un fenómeno europeo. En España existe una solución socialista de carácter anticomunista, pero, sorprendentemente, nadie la conoce. No se trata de aplicar al pie de la letra los textos de unos hombres que escribieron para su época, pero el profundizar en ellos es básico. Hoy nadie los conoce ya que es del todo imposible poder adquirir fácilmente las obras de los principales teóricos de la Falange.

¿Cuántas veces no habremos oído que la idea de José Antonio era bella y perfecta, pero que nadie la había realizado todavía? Esta es la convicción de muchas personas que quisieran ver nacer una idea que supiera adecuar a nuestro tiempo las soluciones que aquellos hombres propusieron, que no pretendiese convertirse en su portavoz, pero que supiese profundizar en su doctrina, buscar una solución adecuada, y, lo que es más importante, que no se limitase a escribir bellas palabras sino que se pusiese en marcha para llevarlas a la práctica, quizás no de forma tan perfecta como en la teoría, pero mucho más reales. No basta ir escribiendo por las paredes de las ciudades españolas grandes letreros que rezan:
“¡Falange con el obrero!”, se trata de que el obrero este con Falange, se trata de que se pueda escribir: “¡El obrero con Falange!”, pues sobran slogans y faltan realidades; pero difícilmente nadie puede estar con Falange, pues hay 700 asociaciones diversas que interpretan de forma distinta el pensamiento falangista. No pretendemos por tanto dogmatizar, pasemos al plano de lo práctico, y no miremos sólo hacia el pasado sino fundamentalmente hacia el futuro; no miremos solo hacia España sino hacia Europa, no mantengamos un viejo y trasnochado nacionalismo, mientras todo el mundo occidental se debate en una lucha a muerte por su supervivencia, no queramos crear de nuevo la Falange de 1934, creemos un movimiento de nuestro tiempo, sin romper con el pasado, pero pensando en el porvenir.

Podríamos clasificar al mundo en tres posturas: la de los ricos, la de los pobres y la de los jóvenes. He ahí el mundo fundamentalmente dividido. La postura capitalista cifra su fuerza fundamentalmente en los ricos, es el dinero el que le mantiene en el poder; la postura comunista ve en los obreros la fuerza mayoritaria que debe darle la victoria; y los partidos nacional-revolucionarios, si queremos también clasificarlos dentro de un sentido clasista de la vida política, debemos decir que su “clase” son los jóvenes de —valga la redundancia— cualquier clase. Todos estos movimientos que buscan una tercera solución para el futuro de Europa, han considerado como el fundamental valor de su fuerza la juventud, y

han sido conscientes de que debe venir siempre un relevo, de que no puede mantenerse indefinidamente una oligarquía de ancianos. Podríamos decir que en política la edad mejor es de los 25 a los 40 años. Se dice en Judo que a esa edad se tiene fuerza, entusiasmo y reflejos suficientes y se posee también una experiencia de mucho tiempo de trabajo, esta definición puede aplicarse también a la política. En nuestro tiempo, el joven entra en política mucho antes de lo que se acostumbraba en los años treinta, de ahí que siendo todavía joven alcance una estimable madurez, pero en cualquier caso no hay ninguna duda de que no son los 60 años la edad ideal, y que los gobiernos que tienen altos promedios de edad, tienen también altos promedios de ineficacia. Es importante en todo gobierno que el núcleo principal esté formado por hombres jóvenes, incluso muy jóvenes, que puedan compensar la presencia de otras personas de mayor edad pero que por necesidad ocupen altos cargos en los gobiernos.

Surge siempre la persona que interpreta este hecho biológico innegable como una pedantería y un insulto de los jóvenes para con los más viejos, pero a este respecto es sumamente ilustrativa una anécdota que me relató Jesús Suevos y que muestra una convicción justa y honesta. En una conferencia que pronunció dicha persona, viejo falangista y uno de los más esforzados defensores de una solución socialista anticomunista, le fue preguntado por unos asistentes cómo era posible que, siendo inteligente y honrado, pudiese ser de Falange. A esto contestó él diciendo que en su juventud se enamoró de una joven bella, agraciada y perfecta, que fueron a vivir a un piso nuevo donde todo era reluciente y perfecto, pero que con el paso del tiempo esta mujer había envejecido, el piso estaba destartalado y poco a poco todo indicaba ruina, pero que consideraba injusto perder ahora la fidelidad a aquella joven que amó apasionadamente en su juventud. Esto despertó los aplausos de los asistentes, jóvenes en su casi totalidad, y entonces él añadió que sin embargo comprendía perfectamente que los jóvenes no pudiesen sentirse atraídos por una mujer vieja y decrépita, aunque anteriormente hubiese sido bella y agraciada, lo que fue motivo de nuevos y estruendorosos aplausos. Jesús Suevos había expuesto de forma magistral un problema que existe en todas las épocas, no quiso atraer hacia sí a los jóvenes, muy al contrario, les indicó que eran ellos los que tenían que buscar soluciones nuevas, pero sin despreciar el pasado, estudiándolo y comprendiéndolo.

Este es a mi entender el atractivo de los partidos nacional-revolucionarios y lo que los enfrenta con el comunismo. El mayor error del comunismo es su inquebrantable fidelidad a ideas reaccionarias, su visión nostálgica, que le hace creer que el mundo se halla en medio de aquellas ciudades con viviendas insalubres, con aquellas fábricas oscuras donde el trabajador con zapatillas y un viejo pantalón trabajaba agotado y explotado de forma salvaje, e incluso despótica, por el propietario que vivía, en contraposición, en medio de un lujo oriental; siguen viendo aquellas manifestaciones de obreros hambrientos, que no pedían justicia social sino pan y trabajo, que sólo querían sobrevivir, siguen sujetos a las ideas antiguas de personas de otros siglos. Los comunistas no se dan cuenta de que hoy la política socialista debe estar encaminada a hacer más justa la distribución de la riqueza, a conseguir que el obrero obtenga lo que le corresponde en relación con su participación a la riqueza nacional, a eliminar los beneficios abusivos o la especulación y la usura bancaria y a humanizar el trabajo. El comunismo no comprende que no existen apenas ya en Europa esas fábricas oscuras donde la miseria resplandece y donde la explotación criminal tiene su campo de acción, pero que, sin embargo, el que esta situación no exista prácticamente en grado mayoritario, no quiere decir que no sea necesaria una política socialista revolucionaria que busque soluciones totales por encima de las concesiones que el capitalismo hace a los obreros para no tener problemas y, en definitiva, para obtener un mejor rendimiento de un trabajador al que persigue y explota con primas, pluses o aprovechamientos de máquinas, pero que rinde mucho más que un ser esclavizado a la antigua usanza. Se trata pues de humanizar el trabajo y conseguir una justa distribución de la riqueza, no se trata ya en absoluto de dar de comer al obrero. El obrero come y vive como al capitalismo le conviene que viva, porque se demostró ya que la explotación despiadada no sólo es peligrosa por las reacciones revolucionarias sangrientas, sino que además es menos rentable que la del obrero bien alimentado y con un cierto poder adquisitivo.

Pero los comunistas siguen apegados a los textos anticuados de sus barbudos maestros de otro siglo; siguen leyendo y difundiendo el “Manifiesto comunista”, publicado en 1848, y siguen creyendo que es la solución actual, siguen rindiendo culto a escritos publicados hace casi un siglo y medio, cuyas profecías no se han cumplido y cuyos principios supuestamente revolucionarios han demostrado ser un fracaso en los países víctimas de democracias populares. Es posible discutir el interés de la ideología comunista hace dos siglos, cuando nació, es posible que en ese tiempo tuviese su razón de ser, pero es absolutamente incomprensible que haya quien pueda trasladarla a nuestro tiempo y creer que es verdaderamente actual. El comunismo es intrínsecamente reaccionario, y los comunistas son nostálgicos de un pasado que no llegaron a conocer ni sus abuelos. Por ello hallan placer en un enfrentamiento, teórico por lo menos, con el capitalismo y la democracia parlamentaria, son ambos sistemas de un tiempo pasado, y siguen discutiendo como antaño queriéndose repartir un mundo que sin embargo ya es de otra época.

Frente a ello, se halla la Falange, el Fascismo o los partidos nacional-revolucionarios, llámeseles como quiera, pues el nombre carece de la menor importancia. La Falange fue creada hace apenas 40 años, muchos de sus fundadores todavía viven, su fundador fue un joven de 30 años, fueron igualmente jóvenes Onésimo y Ramiro Ledesma, fue joven también Mussolini —que obtuvo el poder a los 39 años—, fue joven León Degrelle cuyos éxitos políticos los consiguió con 26 y 27 años—, fueron jóvenes en definitiva todos los dirigentes fascistas. El fascismo pues, es, sin duda alguna, la única idea política de nuestro siglo; el liberalismo nació en 1789 y el comunismo en 1848, mientras que el fascismo ha sido sin duda la ideología de nuestro siglo. Véase bien que no digo la única posible, pero sí la única históricamente demostrada. Desde 1945 cualquier intento de derribar las momias capitalistas o comunistas, ha sido abortado calificándolo de “fascismo”, y así hoy nos encontramos que aunque las diferencias de los grupos actuales con aquellos primeros “fascista? son acusadas, ha sido el propio miedo de los reaccionarios demócratas y marxistas el que ha convertido al fascismo en la única solución posible, pues nunca se permitirá que nadie atente contra su estabilidad, todo aquél que lo haga será “fascista”, de ahí el creciente poder de los partidos así calificados en toda Europa.

Pero como en el caso apuntado antes de Jesús Suevos, es de destacar que todos los “viejos” fascistas de cualquier nación —los que sobrevivieron, claro, a la democrática victoria de las fuerzas aliadas en 1945— no quieren ni pretenden ser los “dirigentes”, su verdadero objetivo es procurar que sean jóvenes los que los sustituyan, pues ellos saben perfectamente que sus ideas, por más revolucionarias que sean o hayan sido, se verán afectadas por un proceso biológico incontrovertible; su edad modificará sus conceptos, les hará ser menos audaces y, lo quieran o no, estarán tentados de refugiarse en viejos conceptos que tuvieron su validez en su época, pero que ahora no tienen valor para las fuerzas nacional-revolucionarias. Ellos difícilmente pueden, no sólo reconocer, sino incluso comprender, que lo que hace unos años era algo vital no tiene ahora aplicación práctica alguna, y conscientes de que este hecho es evidente, no dudan en ofrecer su experiencia y sus medios, silos tienen, a los jóvenes, retirándose ellos a una segunda fila. Esto lo comprobamos a cada momento al estudiar los movimientos nacional-revolucionarios actuales. Sus dirigentes son jóvenes, y si bien en algunas ocasiones alguna relevante personalidad ocupa puestos directivos, detrás están los jóvenes que llevan el peso del trabajo. Ahora, cuando ser fascista es ya de por sí un delito, poco cabría esperar de personas de considerable edad, cansadas de luchar y derrotadas; éstos son buenos escritores o geniales periodistas, pero la acción, la revolución socialista, la llevan a cabo los jóvenes que, si bien se inspiran y se entusiasman con las realizaciones que hicieron estos hombres en otra época, tienen su vista puesta en Europa, y si les admira el pasado, les apasiona el futuro, pues saben que si el fascismo fue la solución de la primera mitad de nuestro siglo, el socialismo europeo debe ser la solución definitiva.

Esto es sin lugar a dudas lo que necesita España. No precisa de viejos falangistas que quieran reunir en torno a sí a grupos considerables de personas para intentar hacer una nueva revolución. Precisa sí a viejos falangistas, a viejos combatientes, pero que presten su apoyo a los jóvenes que no deberán ser

necesariamente falangistas, que deberán estudiar estas doctrinas jóvenes, profundizar en ellas, pero, lo que es más importante, caminar hacia el futuro. La revolución socialista podría llegar a hacerse incluso sin esos viejos y heroicos combatientes, pero desde luego ninguna revolución es posible prescindiendo de los jóvenes. Los comunistas disponen en sus filas de elementos jóvenes, pero... ¿quiénes son sus jefes? Siempre vemos detrás de esos exaltados revolucionarios que en la universidad hablan del obrero mientras ellos viven en la opulencia, al venerable anciano que les da las directrices y el dinero. Yo, por mi experiencia personal, puedo decir que la fuerza de las ideas nacional-revolucionarias se halla justamente en lo contrario: las directrices, y lo que es más importante, el dinero, lo dan los jóvenes. Las definiciones son siempre peligrosas: derechas, izquierdas, fascistas, nazis, falangistas... ¿quién sabe como definirlo? Pero creo que si de alguna manera podría calificarse en forma global a todas esas fuerzas europeas inconformistas y enemigas del "establishment" actual, es considerándolas como un Poder Joven, porque, efectivamente, su fuerza está constituida por jóvenes y, precisamente por ello, tienen una fuerza y un poder considerable. Estamos ya cansados de oír hablar de un poder negro, o en ocasiones de un poder blanco, ya que estos conceptos tienen un origen casi exclusivamente cuantitativo, muy distinto es este caso al que me refiero, donde el valor es cualitativo. He conocido, por suerte, gran número de estos jóvenes a los cuales se acusa de fascistas, teniendo que sufrir por ello toda clase de problemas, pérdida de trabajo, expulsión de academias y universidades. Pues a estos jóvenes, considerados las lacras de la humanidad, no les he visto desfallecer jamás, no les ha preocupado en absoluto su futuro ni su situación personal; muchos de ellos han contraído matrimonio y siguen, ambos cónyuges, desarrollando una labor siempre creciente, positiva y fanática. La postura de estos jóvenes europeos y también españoles es fundamentalmente inconformista. No pueden cruzarse de brazos, aceptar lo que les viene dado y quedarse tan tranquilos; muchos de ellos no tienen nada más que dar que sus propias vidas, su propio trabajo personal, o su esfuerzo individual. No estamos hoy en una batalla en la cual el heroísmo es "fácil", por así decirlo. Me decía el General García Rebull en una ocasión que nuestra lucha era más dura todavía que la que había llevado a cabo él; esto dicho por una persona que ha probado su valentía y heroísmo en el frente mereciendo dos medallas militares individuales, tiene gran importancia, y, efectivamente, aunque la lucha es mucho más tranquila y sosegada, y precisa de menos valor y decisión que la que es desarrollada en los campos de batalla, no es por ello menos importante.

En nuestra época, es muy difícil renunciar a una excursión, a un viaje, a cualquier diversión, para poder colaborar de forma modesta pero importante con una contribución económica, al propio tiempo que con el trabajo personal. Poca gente sabe lo que representa para estos jóvenes entusiastas el tener que dedicarse a buscar papel, botellas u otros objetos que vender, el tener que trabajar horas extras para disponer de dinero, el tener que sacrificarse día a día para poder disponer de una miserable cantidad. Sin embargo, estos jóvenes son, a sus 25 años, personas de una experiencia inaudita, de una gravedad insólita, de una formación íntegra, curtidos por la lucha sorda pero difícil de la guerra fría. Es verdaderamente sorprendente comprobar también el papel de las muchachas que obligan a sus maridos, novios o simples camaradas a no desfallecer en la lucha, a esforzarse siempre más; que están dispuestas a renunciar a cualquier diversión si esto puede beneficiar a sus ideas, muchachas que nada tienen que ver con aquellos adefesios con pinta de intelectual que exhibe el comunismo, y cuyo único atractivo se halla en su "liberalidad"; se trata de muchachas de nuestro siglo, femeninas pero luchadoras, conscientes y decididas, fanatizadas por un ideal tan bello como difícil. Esta es la selección que han logrado las democracias vencedoras en 1945, después de 30 años de llamar fascista a cualquier persona que haya querido salirse del redil: una cantidad reducida de jóvenes apasionados que, parodiando a Lope de Vega, podríamos decir que son tan altivos que por los ojos arrojan fuego, conscientes de su siglo, de su época, y dispuestos a darlo todo.

No es casualidad el hecho de que en los enfrentamientos entre comunistas y nacional-revolucionarios en las universidades francesas e italianas, la victoria en igualdad de número esté siempre de parte de los segundos, incluso en muchas ocasiones la victoria también les corresponde aún luchando en inferioridad. He dicho ya que la lucha deberá desarrollarse al final entre comunistas y fascistas, los militantes en

ambas fuerzas son “amateurs”, y sería absurdo pensar que los fascistas son por regla general más fuertes o resistentes que sus oponentes comunistas. Se trata de un simple problema de selección. Los comunistas son siempre los más numerosos, tienen siempre todas las ventajas a su favor. Decidir-se a militar en un grupo nacional-revolucionario significa de buen principio un rostro lleno de cicatrices, unos cuantos juicios, amenazas, tres o cuatro interrogatorios violentos, etc. Algunos desean actuar, pero en la primera derrota se retiran; los que quedan son pues mucho más seleccionados que los comunistas, que saben que siguen siendo más, y que si hoy no ganan, mañana será su día; por otra parte su concepción materialista de la vida debe darles menos fuerza moral que el idealismo de sus oponentes.
Este es el problema fundamental y básico que lleva a una selección muy importante y que convierte a los grupos fascistas en entidades fanatizadas formadas por jóvenes dispuestos a darlo todo a cambio de nada, a luchar y, lo que es frecuente, a perder, a ser siempre derrotado, pero sin transigir, manteniendo su postura inmutable, constante e invariable.

Esta es la situación de Europa, y debe ser necesariamente la de España. La solución se halla entre los comunistas o los nacional-revolucionarios; en el momento en que uno de ellos falte, el otro obtendrá la hegemonía. Mientras se hallan empeñados en luchas entre ellos, gobiernan con relativa tranquilidad los grupos democráticos parlamentarios, pero es una cuestión de tiempo el presenciar el definitivo aniquilamiento de una de esas dos posturas.

En España, y repito por enésima vez, el antecedente más claro y próximo que tenemos es la Falange. La impopularidad en muchas provincias de los falangistas es debida a la presencia en sus filas de elementos poco recomendables, y que han dado un ejemplo pernicioso, siendo causa, en muchas ocasiones, de que algunos buenos falangistas se hayan ido retirando progresivamente. La Falange tiene, por lo menos en teoría, ese contenido social, socialista, que es necesario para hacer frente al comunismo, pero si los falangistas asustados por el término “fascistas” no quieren tomar en sus manos la bandera, aparecerá un grupo de jóvenes caracterizados por ese socialismo europeo que propugno y que la tomará.
He dicho ya que el marxismo y el liberalismo fueron soluciones de su tiempo, y que la solución propia del siglo XX es el fascismo. Sin embargo, no quiero con ello retroceder 30 años en la historia, pues si bien serían pocos en comparación con los 200 que retroceden los regímenes que hoy gobiernan Europa, no dejaría de ser un paso atrás. El fascismo fue una solución de emergencia de carácter nacionalista ante la pérdida de los valores nacionales, y frente a la masificación e internacionalización, frente a la impersonalidad en suma, de las sociedades de aquél entonces. Hoy existe sin embargo un nuevo concepto, Europa, que debe ser tenido en cuenta.

José Antonio, Ramiro Ledesma, Onésimo Redondo, etc. deben ser la fuente en la que nace el río, ese río que va avanzando progresivamente, que va recibiendo agua de otros afluentes que están muy alejados de la fuente original, pero que son también necesarios, imprescindibles. Las aguas siempre corren hacia el mar, el mar es su objetivo, no vuelven la vista atrás, saben cual es su fuente, saben que sin esa fuente que les da origen no existiría el río. Poco importa, cuando el río se acerca a su desembocadura, que esa fuente sea más o menos importante, que tenga más o menos caudal. He visto ríos que en su origen han sido apenas unas gotas, un pedazo de prado húmedo, pero que poco a poco se han convertido en grandes corrientes de agua que han llevado miles de litros al mar. Poco importa el caudal inicial de la fuente, el río existe debido a ella, es su origen, pero su objetivo es el mar, el ancho e inmenso océano. Así pues, no podemos negarnos a recibir aportaciones de otros pequeños ríos que nada o muy poco tienen que ver con la fuente originaria, porque si los rechazamos, el agua que nace en la fuente no será bastante, se secará y no podremos llegar al mar. Esos ríos secundarios son los que engrandecen el caudal principal, son los que hacen posible que el río llegue a su destino arrogante y vigoroso. No hace falta mirar al pasado para saber que existe, todos somos conscientes de que existe un pasado y de que sin él nada representaríamos, pero nuestra vista no debe mirar hacia atrás, nuestra vista debe estar fija siempre hacia adelante, debemos mirar hacia la inmensidad del mar.

El futuro de Europa es decisivo, su decadencia significa el ocaso, el final de una cultura milenaria. No ocurrirá ahora como en el pasado, en que a una gran civilización, sucedía otra. Hoy los medios de comunicación han convertido el mundo en una pequeña nación; la prosperidad y la miseria, la decadencia o la regeneración, alcanza a todos los países de cultura europea del mundo, no podemos confiar en otra civilización que en la nuestra, en otra cultura que en la que representamos, y no podemos negar en estos momentos nuestra responsabilidad, ni podemos ocultar nuestra cabeza como el avestruz y esperar a que sean las generaciones futuras las que nos solucionen nuestros problemas. No podemos dejar a nuestros hijos un mundo rico pero sin cultura, debemos encarnar esta cultura y ofrecérsela a nuestros descendientes. Pueden tomar las riendas de los países europeos jinetes inexpertos, pero en cuanto el caballo se encabrite, en cuanto parta al galope tendido, sin preocuparse de quien lleva encima, será necesaria la presencia de una persona hábil y capacitada, y entonces se librará la última batalla entre comunistas y nacional-revolucionarios. No debe caber a nadie duda de que, como ya ha ocurrido en el pasado, el destino de Europa será decidido en una lucha decisiva, y si debe realizarse una revolución, ésta no será llevada a cabo por un partido burgués conservador, sino por un frente socialista obrero.

SOCIALISMO

«EL COMUNISMO VIVE Y TRIUNFA DE LA MISERIA DEL OBRERO. POR ESO NOS ENCONTRAMOS CON QUE, MIENTRAS EL CAPITALISMO LE LLEVA A LA MISERIA (AUNQUE HOY DÍA LE SALGA MÁS A CUENTA INVERTIR EN ÉL PARA QUE PRODUZCA MÁS), EL SOCIALISMO MATERIALISTA E INTERNACIONAL, SE APORVECHA DE ELLA; DE TAL MANERA, QUE UN SOCIALISMO MATERIALISTA, INDEPENDIENTEMENTE DE UN CAPITALISMO EXPLOTADOR, ES APENAS CONCEBIBLE».

La palabra “amor”, como tantas otras, tiene sentidos diametralmente opuestos, según tenga que enjuiciarla un productor cinematográfico de nuestros días, o un compositor o poeta romántico; o lo que es lo mismo, según el materialismo o el idealismo.
Igual ha ocurrido con el término “socialismo”; e independientemente del enojo que nos produce que una expresión, fuente verdadera de nuestro idealismo, caiga en manos del materialismo que la desvirtúa e interpreta falsamente, nos limitamos a proclamar que nuestro socialismo idealista está totalmente en contra del socialismo materialista y que nos enfrentamos a él hasta las últimas consecuencias, convencidos de que, entre todas las ideologías, es esa la más contrapuesta a nuestro principio y, por tanto, nuestra mayor enemiga. Nos hallamos en los extremos más alejados; por nuestra parte la sublimación del idealismo, por la suya la deificación de lo material. No existe posibilidad de mayor antagonismo; somos, unos y otros, como positivo y negativo de una fotografía y, consecuentemente, ni la casualidad puede hacer que coincidamos en un solo punto. Ese socialismo materialista que se nos enfrenta, es socialismo demagógico, ya que, siendo ante todo el socialismo una cuestión de orden espiritual, de equidad y de justicia, no puede ser utilizado por el materialismo sino con fines evidentemente demagógicos y de interés personal de lucro.

Es muy posible que, en los años setenta, pueda considerarse este concepto idealista como desfasado, superado o imposible, sin embargo es un hecho tangible que el hombre de hoy, que ha soportado una gigantesca campaña de propaganda materialista, aun reúne en sí aquellas características de la raza, internas, que le obligan a anteponer los motivos espirituales a los materiales.
El sentimiento, el honor, la dignidad, la moral en suma —en su amplio y extenso sentido— no puede ser rechazada como algo inexistente. Vemos cómo diariamente, en cualquier parte del mundo, hay hombres que arriesgan sus vidas para salvar a sus semejantes, en un incendio o en muchísimos casos similares, pero en cambio, nadie pone en peligro su vida para salvar un montón de billetes o unas joyas valiosas.
También vemos cómo en Italia, Estados Unidos, Irlanda, etc., donde el nivel de vida es suficiente, se olvida con frecuencia la propia tranquilidad y aburguesamiento en manifestaciones y contramanifestaciones en luchas y más luchas, en las que si bien intervienen los agitadores mercenarios de siempre, se les oponen otros por el simple interés de defender un ideal. Ahí se pone de relieve más y más, que los factores “abstractos” intervienen decisivamente en la vida de los pueblos. El idealismo, los conceptos impalpables, valores morales, nacionales o raciales, son hechos, Y deben serlo aun más si queremos devolver a nuestra raza todo su pleno valor de entrega de sí mismos, apoyo a la comunidad nacional, etc., lo que entraña la realización del verdadero socialismo.

Hasta ahora, el falso socialismo demagógico ha pretendido legislar un sentimiento; ha declarado bravuconamente que los buenos son los proletarios. Todos, absolutamente todos, son buenos por proletarios y se han quedado tan tranquilos. Y como los más desposeídos de la fortuna, hartos de ser explotados, hartos de ser considerados máquinas para las cuales el dinero es el combustible, han querido una situación mejor, no han pensado mucho y se han lanzado en manos del comunismo, convencidos de que, perder no podían perder gran cosa, y ganar era posible que bastante.

El comunismo vive y triunfa de la miseria del obrero. Por eso nos encontramos que mientras el capitalismo lleva a la miseria (aunque hoy le salga más a cuenta invertir en él para que produzca más), el socialismo materialista e internacional, se aprovecha de ella; de tal manera que un socialismo materialista, independientemente de un capitalismo explotador, es apenas concebible; y es eso, precisamente, lo que ha obligado al comunismo a cambiar su táctica, buscando nuevas bases en las que asentarse, ya que el obrero de hoy no es explotado como antaño. En las circunstancias de entonces el obrero podía rebelarse en cualquier momento contra el sistema capitalista mantenido por unos pocos, pero esa revolución justa y justificada del obrero, podía ser también antimarxista (como ocurrió en la época de los treinta en Europa) y para evitarlo hicieron la más acertada inversión de su vida; aburguesaron al obrero, le engañaron y le hicieron creer que él, con su voto, gobernaba la nación y mientras seguían explotándole en beneficio del marxismo, pero ahora no sólo económicamente —pues pese a estar mejor pagado no recibe aún lo proporcional a su trabajo en beneficio de la comunidad— sino también por medio de la degeneración moral que deja también al comunismo sus manos libres para seguir con sus fines de hegemonía mundial.

Por más que se hable hoy de un “humanismo trascendental” o similares, debemos estar convencidos de que en un socialismo materialista, jamás se piensa en los demás; cada uno, en oriente u occidente, va a lo suyo, como corresponde a todo materialista que lo sea de verdad. La situación pues bien definida; el capitalismo prepara al obrero y el comunismo lo ejecuta y todo ello con el beneplácito y agradecimiento de la propia víctima. Han sabido elegir los medios.
Por ello parecerá sorprendente que nosotros con nuestro socialismo idealista antidemagógico nos enfrentemos a esos socialistas de conveniencia argumentando algo muy justo, pero poco agradable a los tibios o mediocres. Con una valentía sin par, nos dirigimos al obrero y le decimos: «Indeseables los hay tanto entre vosotros como entre los otros, lo que ocurre es que ellos pueden ejercer su mala fe y vosotros la sufrís. Consecuentemente estamos dispuestos a acabar con los indeseables, pero no habrá ocupaciones con bula». El que con estos principios podamos enfrentarnos a un socialismo demagógico parecerá imposible a muchos.

El socialismo idealista parte de un único y fundamental principio: la lógica. No hemos descubierto nada, no hemos hecho un nuevo invento, simplemente hemos analizado la vida natural, la situación de una sociedad libre de prejuicios artificiales creados por la prensa, máximo exponente de la corrupción y baluarte infranqueable ante el que se estrellan todos los principios honrados y dignos, y hemos hallado la clara exposición de las soluciones a nuestros problemas.
Esto ha llevado a basar toda nuestra ideología en el principio de la desigualdad, fundamental en todos los campos y principalmente en el socialismo. Hasta hoy hemos tenido que soportar la realidad de unas desigualdades basadas en el dinero, en el lugar de nacimiento o en el parentesco, y frente a ello, la palabrería grosera y absurda de un atajo de subcapaces preconizando la igualdad de todos los hombres, desde el australoide que no ha sabido inventar ni un abanico para mitigar el calor, hasta el científico o el artista que crea y colabora al progreso de la civilización. Entonces... ¿qué preconizamos nosotros? pues simplemente las desigualdades basadas únicamente en la capacidad y en el mérito y no en el dinero. La desigualdad —en una palabra— de los individuos única y exclusivamente.

No existen desigualdades según las profesiones o actividades; todo hombre que labore en pro de la nación y de la comunidad, ya sea esculpiendo, barriendo o proyectando, es un obrero; deben olvidarse los prejuicios de clases defendiendo un socialismo integral que se aplica a todos y no a una determinada parte de la nación; cualquier ramo u organización profesional es igual a los demás, pues las únicas desigualdades naturales, evidentes e innegables, se hallan en los individuos que forman en esas organizaciones, deben desaparecer los prejuicios clasistas que hacen considerar a los padres como más digno para sus hijos una carrera que un oficio, por el simple hecho de que el segundo es manual y está desacreditado. El socialismo quiere, pues, que los capacitados ocupen los puestos dirigentes y, de acuerdo con cada individuo en sí, por su interés en el trabajo, capacidad, moral, etc., ir construyendo una

verdadera jerarquía en la cual tanto el hijo del obrero, como el del burgués, ocupen ni más ni menos que el lugar que les corresponda de acuerdo con su capacidad exclusivamente.
Una conciencia honorable no puede aceptar jamás que los hombres sean medidos por lo que tienen en lugar de por lo que son; una conciencia honorable debe rechazar de plano la igualdad de los hombres que beneficia al incapaz que la preconiza, pero perjudica al hombre de talento que la sufre; una conciencia honorable puede únicamente sentirse solidaria con un sistema que premie a los mejores y castigue a los peores, sin otra regla para proceder así que su propia valía, trabajo y capacidad. A un sistema basado en esas desigualdades naturales, sólo se oponen los que por su propia incapacidad se ven en el fondo de la escala de valores e intentan solucionar por la fuerza lo que no pueden por la inteligencia.

A nadie cabrá duda de que nuestro sistema está basado en la más pura lógica, el decir que es de imposible realización por la razón que sea, no es sino una excusa más de los mediocres; y sin embargo, parece "tabú" en el campo de la política. ¿Por qué? pues simplemente porque la política mundial no está dirigida por los más capacitados sino por aquéllos que, además de poseer dinero y amigos, saben adaptarse y mimetizarse con más acierto que los otros, que como nosotros, siguen imperturbablemente su camino, sin seguir modas ni cambiar de camisas y que por ello, incomprensiblemente, son relegados a segunda fila. Por eso nuestro socialismo basado en la desigualdad, aunque debiera ser algo natural, constituye una gigantesca revolución, por todo lo cual somos revolucionarios.
Otro principio igualmente fundamental del socialismo es el de la totalidad; el totalitarismo verdadero. Una labor socialista no puede ser exclusivista, ni segregacionista en cuanto a clases se refiere. Todos los problemas afectan a la nación, a su totalidad, y deben ser resueltos en comunidad, por todos los que la integran en sus distintos estratos. Consecuentemente ni obreros ni patronos, pueden mantenerse al margen del socialismo; todos se integran en un algo superior que es la comunidad nacional. El Estado es la representación del pueblo y su misión no es la de ser espectador más o menos parcial en los enfrentamientos entre clases, grupos o fracciones; tampoco tiene por misión el constituir un Parlamento ofreciendo a la población un nuevo espectáculo jocoso y ridículo donde 300 ó 400 personas que de hecho son únicamente dos o tres, según los partidos representados, se diviertan organizando multitudinarios debates. La misión fundamental del Estado, es la de dirigir la vida de la nación, pero abarcando todos los problemas, actividades y, naturalmente, individuos. Esto, evidentemente, entraña el principio del derecho de las minorías. Es totalmente absurdo pretender que las minorías carecen de ellos. Con ser típico en el comunismo (que excluye a los patronos que son mayoría) y en las democracias (por el principio mayoritario del voto), constituye una necedad difícilmente concebible.

No hay duda de que el que calla no molesta al que hace ruido, pero sí éste a aquél; el hecho de que los que hagan ruido sean mayoría no tiene nada que ver con la razón o la justicia. Ampararse en la mayoría es cobardía, incapacidad o mala fe. Los problemas que tiene una nación son buenos o malos, puede ser difícil en ocasiones llegar a saber qué es lo más conveniente o justo, en otros casos no habrá problema al respecto, ahora bien, la mayoría o la minoría nada tiene que ver con la verdad en sí. Los principios mayoritarios que se han utilizado siempre para vencer al enemigo (antes con espadas, ahora con votos) no representan la verdad sino la fuerza, y en nuestro caso, habiendo desechado la espada, son también representación de la cobardía. Han pasado muchos siglos desde el tiempo en el cual el que tenía una piedra suficientemente grande, podía vencer al que carecía de ella, pasando a ser poseedor de la verdad por este simple hecho; comprendo que sistemas como el capitalismo o el comunismo, nacidos hace más de 100 años, no vean claro aún este hecho, pero por lo menos la sociedad, repudiándolos, debería haberse presentado como consciente de su siglo.

Un socialismo encaminado hacia la personalidad, su resurgimiento y predominio, no puede rechazar jamás la propiedad privada. Esta entraña en sí la proyección de la propia personalidad sobre la obra realizada por uno mismo. Por otra parte el Estado no puede nunca ser el que recibe la riqueza del pueblo, sino el que la entrega o administra. Todo cuanto existe sobre la tierra, pertenece a los seres que la habitan, que luchan por ella y que edifican su hogar en ella; que entonces venga un pseudo-Estado y

enajene al pueblo lo que le pertenece, constituye delito de lesa humanidad. La propiedad no puede ser a partes iguales porque, como hemos dicho, los hombres no son iguales. Cada cual debe poseer lo que con su trabajo ha adquirido, ése es su verdadero premio. La posibilidad de enriquecerse con trabajo honrado no puede ser jamás restringida, muy al contrario, fomentada. Lo que ocurre es que en un mundo materialista como el que hoy padecemos, la honradez y la riqueza están en muchas ocasiones reñidas; no porque falten personas dispuestas a colaborar al progreso de la nación, sino porque los grandes medios mundiales de comunicación, han hecho de la dignidad el deshecho de siglos pasados y del materialismo, o del oro en sí, un nuevo Dios que debe ser adorado por todos.

Por eso la labor de un partido político que realice en el terreno de la práctica ese socialismo y esa colaboración, es fundamental. El obrero que puede ser el más insignificante representante de una fábrica, puede muy bien ser relevante personalidad en el partido, y viceversa. Esto trae consigo una mayor compenetración, un perfecto conocimiento de la función a desarrollar por cada cual. Uno deberá obedecer por la mañana y el otro por la tarde, pero ambos se sentirán unidos en una misma tarea que será el progreso común y de todos, no ya en un orden meramente económico, sino también cultural, artístico, moral...

Obedecer, ser el que se halla más abajo, no debe entristecemos. Cada cual debe estar consciente de su capacidad y no aspirar sino a cumplir con su propio deber. Sería necio que los médicos sintieran envidia de Fleming o los escritores de Calderón. Nosotros vivimos de gozar o disfrutar las obras de los que pueden superarnos en capacidad o, en ocasiones, en un determinado campo solamente. Con nuestro esfuerzo contribuimos al propio tiempo a que otros puedan mejorar siempre más; no puede tener envidia jamás el albañil del arquitecto, ni tampoco éste de aquél, porque en distintos lugares ambos se complementan, a ambos necesita la nación y consecuentemente los dos son moralmente iguales e imprescindibles. Si hoy día se piensa de otra manera es debido al clasismo decimonónico que, como ya he dicho, hace considerar las carreras como dignas y los oficios como de segunda categoría.
El partido, precisamente, debe cuidar que, aunque se funde una nueva sociedad basada en la desigualdad, esas, llamémosle, “clases” que surjan de las diferenciaciones naturales, no se transformen en las típicas clases con una conciencia propia e independiente. Esto podría darse de limitar la labor socialista al campo laboral (lo que equivaldría a dar a la economía ese falso predominio sobre los hombres y las cosas); entonces, cada cual, en su actividad, iría formando un nuevo espíritu de independencia y exclusivismo. Sin embargo, la labor socialista del partido, continua a lo largo de toda la actividad diaria. ¿De qué sirve un Sindicato si sólo se va allí para discutir y solucionar problemas administrativos? El Sindicato, como uno de los organismos ejecutivos del socialismo, tiene su razón de ser; como medio, pero jamás como fin. El socialismo no tiene una jornada de ocho ni nueve ni diez horas. Es total y absoluto y esencia misma de la nación. Abarca el todo, pero no significa un control sobre la iniciativa del individuo; se pretende simplemente que la nación se constituya en unidad y no en superindividualismos. Al igual que en las montañas personas que no se conocen, se saludan y ayudan, ese mismo sentimiento debe llegar a todas las capas de la nación. Pero la realización de todo esto exige la existencia de un organismo vivo y honorario que sea su expresión práctica, y ése es el cometido del partido.

Lógicamente, y aunque esto esté en pugna con todo lo hoy imperante, ese cambio, esa evolución hacia una nueva forma de concebir la vida, de sentir, de trabajar y de comportarse, tiene una repercusión directa en la economía, ya que el trabajo pasa de ser una penosa obligación a un alegre privilegio.
Ahora bien, fin primordial de la economía es el progreso de la nación, para el aumento del nivel de vida; en el campo de la actividad económica concreta, es justo que uno procure enriquecerse, pero no, como hasta ahora, a base de empobrecer a los demás. La economía a omnipotente del comunismo o del capitalismo están basadas más en aumentar los propios beneficios como consecuencia de restárselos a los demás, que en intentar mejorar la nación para que de tal forma ese beneficio se vuelva sobre uno mismo.

El estado socialista revolucionario no debe aspirar en absoluto a disminuir los ingresos de los que con una actividad honrada los obtengan en considerables cantidades, sino que debe pretender que aquéllos que menos posean vean incrementada la cantidad de los suyos. No impide esto que el Estado, aun permitiendo la riqueza y el enriquecimiento honrado, ejerza un control sobre la manera en que es utilizado ese beneficio, de tal manera que lo sea en provecho de la comunidad, ya sea en forma directa (invirtiéndolo en nuevas empresas o haciendo obras de carácter público) o también de forma indirecta (con la adquisición de obras de arte, que ayudan al artista, etc.).Lo que no puede consentir el Estado es que este producto del trabajo propio, con los amplios márgenes necesarios, se gaste en ostentación desmesurada, como ocurre en los países capitalistas o con muchos dirigentes soviéticos, que llegan a poseer terrenos inmensos improductivos, cotos de caza donde encierran a los animales que después han de matar, y todo ello complementado con numerosos automóviles, aviones o yates, distintos para cada día de la semana (Piénsese sino en Breznev, que posee una importante colección de automóviles, entre los que se cuentan los más lujosos del mundo).

Evidentemente, el socialismo se extiende a todos los puntos y es casi imposible pretender en unas pocas líneas condensar todo aquello que debe actuar de acuerdo con el estado socialista, así como para apuntar todas las medidas necesarias para conseguir una completa identificación del pueblo con el ideal; la protección al obrero, quien debe contar con las garantías necesarias para no tener que recurrir al pluriempleo; el apoyo a las pequeñas empresas; la supresión o considerable reducción de los impuestos indirectos; la mejora de las condiciones de trabajo, salubridad, luz, maquinaria, etc.; la atención primordial a los sectores donde el trabajo representa un desgaste excesivo; la prohibición de la especulación para acabar, entre otras cosas, con el problema de la vivienda que por ser de primera necesidad debe merecer especial atención; la mejora de las viviendas para obreros, evitando conglomerados informes sin zonas verdes ni jardines; la libertad en la elección de trabajo que no se da en el comunismo; la obligación de que las plazas vacantes en las empresas se cubran con los más capacitados independientemente de su edad; la mejora de las pensiones de vejez; la reducción de la jornada laboral en lo posible y la más pronta edad para la jubilación; la educación, no sólo obligatoria, sino en las mismas condiciones para todos, tengan o no tengan dinero; el exterminio de aquellos que con sus cargos públicos obtengan beneficios particulares; la protección a los artistas, tanto directa del estado como por medio de seguros sociales, etc.; el procurar que cada cual pueda trabajar en aquello para lo que mejor ha sido dotado o por lo cual se inclina; el acabar con los agitadores profesionales que perjudican a la economía, a la nación, y, consecuentemente, al obrero; la responsabilidad en todos los grados de la vida laboral y política; la mecanización que sirva para hacer más fácil el trabajo y no para suprimir obreros; deben ser complemento del socialismo revolucionario para llegar a un verdadero estado de justicia. Todas estas medidas apuntadas arriba son sin duda de primer orden, pero deben ser consideradas de segundo orden por cuanto su realización no depende de una teoría, sino de unos medios. Para no caer en la demagogia, es necesario tener presente qué es lo que forma parte de la teoría y qué lo que corresponde a la práctica. Es muy fácil decir que se debe hacer tal o cual cosa, lo verdaderamente difícil está después en llevar a la práctica lo que se ha dicho a los demás que debe hacerse. Todo movimiento demagógico habla de aumentos de salarios, de vacaciones largas y muy bien pagadas, pero cuando ellos consiguen el poder, ocurre como en Rusia, donde los obreros cayeron en la mortal trampa del comunismo, hallándose con que nada de lo prometido o de lo que se ha exigido al gobierno de los zares, pudo llevarse a la realidad.
Punto también fundamental en lo que a labor socialista se refiere, es hacer llegar ésta, en plano de total plenitud, al campo, a los campesinos y obreros agrícolas; éste es sin duda un capítulo aparte y trascendental que debe abordar, con consciencia de su importancia, el socialismo.

La labor del campo tiene, tanto en el terreno de lo material, como en el de lo espiritual, mayor valor que otra actividad de la nación. En el terreno de lo material, es la que abastece de alimentos, es decir, la base indispensable del subsistir de un pueblo; en el terreno de lo puramente espiritual, su trabajo, desarrollado al aire libre, en contacto directo con la naturaleza, libre de la degeneración de la ciudad, en medio de sentimientos más puros y más sinceros, es el que une de forma verdadera al hombre con su tierra, el que

verdaderamente le hace amar a su patria, a su pueblo y a su raza, debido a ese contacto vivo, desprovisto de la artificialidad y de la industria en las ciudades.
Por otra parte, el campo ha sido siempre el desecho de todos los sistemas políticos. El campesino o el obrero agrícola está siempre expuesto a eventuales crisis que en muy poca medida compensa el estado en ninguna nación.
Para crear, para albergar sentimientos y ponerse al servicio de la comunidad, un hombre primero debe subsistir, tiene que poseer las bases mínimas de un sustento constante y las garantías de que la comunidad es consciente de su labor. Es fundamental asegurar al obrero agrícola y al campesino, ingresos suficientes para su manutención, incluso o principalmente en períodos de cosechas perdidas; ahora bien, como contrapartida, el campesino debe asegurar con su trabajo el abastecimiento de la nación.

Los medios extraordinarios de la técnica hoy día, deben hacer posible llevar al campo todo cuanto se pueda envidiar de una ciudad.
La política de vivienda debe llegar también al campesinado. En España, por ejemplo, la mayoría de las casas en el campo son miserables, oscuras y antihigiénicas. Es preciso infundir en ellas un sentimiento de salubridad y belleza; hacerlas armonizar con el paisaje hasta que formen parte de él (tal como ocurre en algunos lugares, y muy concretamente en el Valle de Arán). El campo tiene la ventaja de disponer de grandes extensiones de terreno para construir espaciosas casas; esto debe ser aprovechado, construyendo nuevas viviendas y acondicionando las antiguas. Todo ello debe ir unido a una política que se cuide de mantener el paisaje en su estado original, donde la repoblación forestal tome gran importancia, procurando que la replantación no ofrezca la imagen de una figura geométrica, y todo ello no exclusivamente por razones económicas sino principalmente para hacer más agradable la vida campesina.
En el campo, además, se hace patente de forma indispensable la propiedad privada más que en otro sector. La tierra que uno tiene está unida a él, arranca de ella sus frutos, y sufren ambos, tierra y campesino, las mismas inclemencias climatológicas. Suprimir la propiedad privada es en ese terreno un verdadero y horrendo crimen contra la libertad, la libertad individual y la personalidad, y consecuentemente contra la nación, sólo comparable al extremo más opuesto, es decir, a las grandes propiedades improductivas en manos de grandes terratenientes que las utilizan a su antojo y sin tener en cuenta los intereses de la nación.

La propiedad no sólo no debe ser restringida (en tanto se trabaje en ella), sino incrementada, consiguiendo que nuevos propietarias puedan disponer de su propio terreno y evitando, por otro lado, la parcelación. Un país con tantas posibilidades como España, debe poner su plena atención para sacar un máximo provecho nacional, procurando también adecuar los cultivos a las necesidades.
No puede seguir la situación actual, en la que el campo es un lugar a donde van los “ciudadanos” a pasar los domingos y ver estampas típicas y tipos humanos. Las aldeas, sin medios de vida y distracción, sin poder disfrutar de las ventajas de la ciudad, no son atractivas para los jóvenes que, además, consideran, y con razón hasta ahora, su trabajo poco retribuido, muy penoso y aburrido. Difícil es que conciertos y re presentaciones teatrales de valor lleguen al campo en la actualidad, cuando ni tan siquiera llegan a la ciudad, pero deben tomarse cuantas medidas sean necesarias, aun en detrimento de las ciudades, para contribuir a esa modificación general del concepto campo. Los medios extraordinarios de que hoy se dispone, tales como la televisión en circuitos cerrados o nacionales, tanto para enseñanza como para educación a través del arte, la televisión en color con pantallas gigantes en los pueblos de menor número de habitantes, los programas especiales para el campo, los cursillos de capacitación, la utilización de helicópteros u otros medios para atender casos de gravedad en granjas alejadas, etc., deben multiplicarse para mejorar las condiciones generales. Por otra parte, la instrucción y la enseñanza deben estar en los pueblos al nivel de la mayor escuela de la ciudad: no es ningún perjuicio para los niños o adolescentes tener que recorrer grandes distancias andando, con esquís o en bicicleta, para poder ir a la escuela; todo ello es en beneficio de su salud y de una mejor formación de amor a la naturaleza, pero deben adecuarse

los centros de enseñanza para que no desdigan en absoluto de los de las ciudades. Debe también concederse importantes primas a las maestros que desarrollen su función en el campo, también permitir que los médicos se hallen al corriente de los más modernos adelantos técnicos y procurar que los mejores sacerdotes, que marchan a la selva para enseñar a los salvajes, se queden cumpliendo su labor en las aldeas, sustituyendo a todos los que, cuando cometen delitos de tipo civil, político o religioso, son destinados a pequeñas pueblos como... ¡castigo!.

Debe apoyarse igualmente todo aquello que despierte el alma campesina. Algunas fiestas —como en parte ya existen— que muestran el tipismo campesino, deben contribuir a que en la ciudad se aprecien las bellezas de la vida con la naturaleza, la pureza y espontaneidad del comportamiento de sus habitantes, y el aprecio para con su labor, fundamental en la nación. El culto pues, a las tradiciones campesinas, que, por otra parte, constituyen esencia de la historia de la patria, deben ser fomentadas en el mayor grado posible, y, principalmente, liberadas del contacto racial que los años de dominación musulmana han impreso en algunos lugares y que no representan en absoluto los valores tradicionales, ni campesinos ni hispánicos.

Deben promoverse igualmente los deportes propios y particulares de las poblaciones del campo, que tan arraigados están en el país vasco, y en el norte en general, y que tanto se han ido perdiendo en otras lugares. Estos deportes, algunos de tipo competitivo entre las faenas propias del campo, y otros complementarios de estas tareas, han de constituir primordialmente la base de formación deportiva, no obstando para que el estado contribuya a la edificación de instalaciones deportivas, dando cabida también a deportes como el judo, esgrima, submarinismo, etc., que son totalmente desconocidas en el campo, y aportando los conocimientos técnicos para que otros como escalada, montañismo, etc., posean una sólida base sobre la que se ejerciten.

Una adecuada política de créditos del Estado y otras medidas proteccionistas puede apoyar toda la labor mencionada antes, y conseguir que el campesinado y el obrero agrícola sientan apego a su tierra y no deseen abandonarla.

La protección a la mujer, y, sobre todo, a la madre, deben extremarse en este terreno, donde se hace muy precisa, no sólo porque el trabajo se desarrolla en ambiente familiar muy intenso, correspondiendo en buena parte a la mujer, sino porque, en cuanto a las madres se refiere, un desconocimiento de los necesarios cuidados o una falta de higiene puede perjudicar a la descendencia.

El campesino debe llegar a conocer un nuevo mundo, en el que existan las jornadas de trabajo reducidas, las mejoras de acuerdo con los adelantos técnicos, las vacaciones, las fiestas, los seguros sociales, las retribuciones garantizadas, y en el que su trabajo se valore en la nación como debe ser, de acuerdo con su primordial importancia.

Es muy sencillo hablar y escribir, y muy difícil realizar. Por eso he procurado ocuparme más bien de los aspectos de transformación de forma de ser y comportarse, que, en definitiva, son los que marcan el camino a unas soluciones viables en un terreno de colaboración, antes que exigir aumentos de salarios desmesurados u otros argumentos demagógicos del socialismo materialista. Cada cual debe comprender que nadie en el mundo puede realizar ningún programa de prosperidad nacional si no cuenta por una parte con la labor y colaboración de todos los ciudadanos y, por la otra, y principal, la voluntad inquebrantable, firme, y honrada de una organización política en la que la más leve falta a la dignidad que significa la función de miembro ejecutivo del estado, sea sancionada con la mayor dureza, siendo su cargo político un agravante y jamás un atenuante a la hora de juzgar el delito.

Todo esto es socialismo. Ya sea en el campo o en la ciudad, en definitiva en toda la nación, el socialismo es la savia de la vida que debe permitir transformar a una nación, considerada hoy así en razón a sus fronteras geográficas únicamente, en un pueblo intensamente unido a ella, donde el pueblo configure a la nación, y no la nación al pueblo y donde se tenga que no todos los que viven en España son españoles, pero que si hay españoles que viven fuera de ella. Estos vínculos de unión del campesino con su familia,

con su tierra y región, y con los camaradas de trabajo en las ciudades, y con todos los demás compatriotas, deben preparar el sentimiento de unidad con toda la raza en que se integran.
En la labor gigantesca de devolver a la raza su primitivo valor en toda Europa, América, Sudáfrica, Australia, etc., a cada cual le corresponde un poco: su patria. Debe darle confianza en si misma, para en el futuro estar dispuestos a integrarse en una verdadera Europa unida, en la que cada cual haya cuidado de su propio perfeccionamiento moral y racial. Dejando a un lado las guerras, producto de ideologías contrarias a los valores raciales, que pretenden, para vencer, dividir, deben prevalecer las premisas que hagan comprender que existen gobiernos extranjeros que pueden atacar duramente a España durante años, pero que ello no representa que los hombres que integran esas naciones, de características raciales afines, sean solidarios de los sistemas que, dirigidos por minorías étnicas extrañas, les embrutecen y engañan con fines de enfrentamiento racial. Jamás podrá existir paz entre las razas, mientras cada cual no tenga conciencia de su propia idiosincrasia. Defender lo propio no significa condenar lo ajeno. Penetrados de este convencimiento, el sentimiento socialista “mutatis mutandis” deberá extenderse a todas las razas para concienciarías de su propio valor.
Nosotros no hemos creado el mundo, pero es también nuestro deber mantener a cada raza en su ámbito según disposición divina, mejorando siempre el valor sustancial de cada una. Con estos principios, nuestro socialismo llegará a ser en el futuro un socialismo verdaderamente internacional, entre las naciones, no como el comunismo, que no es sino un socialismo extranacional.

Así pues, los principios del socialismo quedan resumidos en:

—Responsabilidad, que obliga al Estado a garantizar a los trabajadores de la ciudad o del campo unos ingresos fijos suficientes, pero que exige al mismo tiempo un trabajo correspondiente y un castigo a quien olvide su deber para con la nación, representado en su actividad diaria. La responsabilidad existe en todos los órdenes, jerarquías y estratos de la nación.

—Desigualdad, según la cual triunfa la capacidad; a cada cual le corresponde el puesto que ha merecido por su trabajo y dedicación.

—Concepción humana del trabajo, por la que se representa la verdadera esencia del trabajo realizado; no es ya una actividad física retribuida físicamente con dinero, sino que entraña la realización de una actividad, de acuerdo con las posibilidades y preferencias de cada uno, para servir a la comunidad.

—Totalitarismo, que exige la atención a todos los problemas e individuos, sin otro elemento de juicio que la justicia, se trate de mayorías o minorías, pobres o ricos, políticos o civiles.

El socialismo es, pues, un sentimiento que no tiene otro fin, ni pretende otra cosa, que la de restituir a la sociedad de nuestro siglo su verdadera imagen de acuerdo con la tradición de toda una historia y devolver a España su coherencia racial y su unidad histórica de acuerdo con el principio de solidaridad entre todos los hombres que la integran, para poder formar parte en el futuro de la gran comunidad europea, en la cual cada nación habrá realizado su labor socialista, dirigida por la juventud que en todos los países despierta ante la degeneración comunista-capitalista.

Proclamamos la igualdad en las desigualdades, el triunfo de la capacidad frente al dinero, el del idealismo frente al materialismo, el del valor frente a la cobardía, pero jamás la victoria de los más sobre los menos, ni de los ricos sobre los pobres, porque la decisión, la voluntad, el trabajo y el esfuerzo, unidos al honor, la dignidad y el sacrificio, son valores de un verdadero socialismo capaz de detener toda degeneración imperante; ahora bien, querer simplemente que el dinero sea el que dirija, es antisocialista, y esto, ni más ni menos, propugnan los falsos socialistas; para ellos, justicia es quitar el dinero a quien lo utilizaba para su provecho y quedárselo para utilizarlo en el suyo. Su justicia es pasar de esclavos a negreros, y ésta es la negación del socialismo.

FINANZA Y SOCIALISMO

«HE AQUÍ LA OBRA MAESTRA DEL CAPITALISMO FINANCIERO: HA CONVERTIDO AL EMPRESARIO O A LA EMPRESA EN UN INTERMEDIARIO-EXPLOTADOR, INTERMEDIARIO ENTRE EL OBRERO, QUE ES EL MÁS VILMENTE EXPLOTADO, Y LA BANCA, QUE ES LA MÁS VIL EXPLOTADORA».

-En la foto: La Bolsa de París

Las ideas expuestas en el capítulo precedente pueden parecer muy idealizadas, románticas y “poco prácticas”, pero son desde luego mis ideas al respecto. He procurado en todo momento exponer en este libro lo que pienso y tal como lo pienso; es muy posible que haya otras mil maneras de decirlo que lo hagan más atractivo, pero no constituye mi objetivo convencer a nadie, sino que lo principal que quiero es aclarar unas ideas que, estoy convencido, se hallan en una gran mayoría de gente que, por razones diversas, no lo manifiestan, una mayoría silenciosa a la que se obliga, contra su voluntad, a guardar silencio.

El comunismo, desde sus teóricos a sus prácticos, ha desarrollado una labor muy interesante desde el punto de vista demagógico; si el pueblo quiere “pan y circo” tenemos que hablarle de pan y circo. Esta es, resumiendo, la postura del comunismo.

Lo fácil, lo sencillo, es dirigirse al obrero y decirle: “El Sr. Pérez, que es el propietario de tu empresa, te explota, debes levantarte contra él, debes tomar lo que él tiene y quedártelo tú”. Este es un argumento convincente y evidente. Si a ese mismo individuo se le dice después que el Sr. Pérez es a su vez brutalmente explotado por el Sr. Samuel, propietario de 40 bancos y 30 financieras, esto no puede ser jamás un argumento de “interés político”; lo inmediato, lo palpable, lo tangible, es el Sr. Pérez, él explota y contra él tiene que ir dirigida toda acción.
No hay ninguna duda de que, desde un punto de vista meramente político, esta postura es muy interesante, y —lo que es mejor— muy fácil y especialmente cómoda, tanto más si el que la preconiza está al servicio de la alta finanza. Lo fundamental y básico es destruir las causas y no los efectos, y en este caso la causa es la finanza y los efectos son los empresarios.

No quiero decir, Dios me libre de ello, que los empresarios son personas de una intachable moral que ponen todo su interés al servicio de sus trabajadores. Al contrario, la inmensa mayoría de empresarios, directores, o presidentes de consejos de administración, que son todavía peores, lo único que buscan es el justo equilibrio entre lo que podríamos llamar la “tranquilidad” y la “producción”. En épocas precedentes, cuando el mundo vivía en fundamental estado de miseria y donde vivir constituía una lucha a todos los niveles, el empresario estaba interesado exclusivamente en la producción y la venta, es decir se preocupaba de su beneficio exclusivo y personal. Pero vivimos hoy en plena época burguesa en la cual la “tranquilidad” vale bien su peso en oro, y consecuentemente la producción, el beneficio, las ventas, etc, son importantes, pero lo es mucho más la “tranquilidad” y la mejor forma de garantizarla es ir aumentando los salarios cuando la presión que hacen los trabajadores, con amenazas de huelga, etc., constituye ya un liso y llano atentado a la sagrada tranquilidad; entonces se tiene que hacer un ligero cálculo, ver lo que piden los trabajadores, y calcular si en el supuesto de no hacerles caso las pérdidas y la intranquilidad lo compensarían, y una vez todo estudiado, se procede a llegar a un arreglo de acuerdo con estas principios. Esta es fundamentalmente la postura del empresario actual. No se interesa en absoluto en saber si sus trabajadores necesitan más o menos, o si se les debe aumentar el sueldo, debido al aumento

del coste de la vida. Lo único que hace es esperar que las presiones le obliguen a hacer lo que él sabe que en justicia tendría que haber hecho con anterioridad.

Sin embargo el empresario es también víctima de una explotación por parte de la alta finanza, pero carece de medios para defenderse. El obrero dispone de la huelga. Desde cualquier punto de vista, la huelga es censurable. Lo que debe liberar a los pueblos de la opresión debe ser la acción política, por ello los obreros deben militar en uno u otro partido. Esto sí es comprensible. Se busca una solución total y global a unos determinados problemas y por ello se milita en una institución que tiene por objeto la solución a nivel nacional de estos problemas. La huelga, sin embargo, no tiene por objeto acabar con la "explotación" —en abstracto— para conseguir una solución más justa y liberar de la explotación a los oprimidos. La huelga sirve para que un grupo de personas intenten beneficiarse personalmente de unas mejoras salariales. En la acción política se lucha por la solución de unos problemas a nivel nacional, pero no ocurre así con la huelga. Lo que ocurre es que "unos" señores quieren obtener un mayor beneficio, y por ello presionan a otros señores a los que quieren reducir "sus" beneficios para conseguirlos ellos. Pero el objetivo verdadero no debe ser éste. Este es el objetivo que persigue la huelga, no el que debe perseguir la acción política. La acción política debe tender a que esos determinados señores —los propietarios— no vean reducidos sus beneficios en favor de unas determinadas personas, sino exclusivamente en beneficio de la nación.

La huelga es fundamentalmente egoista, persigue un objetivo de lucro y es un medio de presión. La huelga de marcha lenta de los conductores de autobús no perjudica a los propietarios de las empresas municipales o privadas, perjudica al usuario que por regla general no es ningún potentado y que debe sufrir los inconvenientes de llegar tarde al trabajo. La huelga de electricidad, y esto es evidente, perjudica al pueblo en general, es decir, las huelgas, en mayor o menor escala, son un instrumento en manos de una parte del pueblo que utiliza al resto de ese mismo pueblo para conseguir unos objetivos absolutamente personales. Una huelga hecha por los trabajadores de Gijón para pedir una mejora salarial para los trabajadores de Jaén sería algo insólito, pero lo que ocurre siempre es que lo que se busca es un exclusivo e inmediato beneficio personal.

Así pues la huelga no puede ser aceptada en tanto constituye un instrumento de una minoría que para beneficiarse perjudica la economía del país y por ende a sus conciudadanos. Sin embargo, si la huelga deja de ser un instrumento individual para convertirse en un instrumento político puede ser aceptada y tiene su justificación aunque, quede claro, no se trata en este caso de aprovecharse de un interés individual para un objetivo político —ejemplo de metodología comunista—, sólo en muy pocas ocasiones la huelga se convierte en sí misma en un instrumento político, y en este caso puede apoyarse. Aunque para que se de una circunstancia de este tipo, la situación económica y social del país tiene que ser caótica, y es poco probable que en Europa lleguemos a ver en breve problemas de este tipo.

No hay ninguna duda de que con las huelgas se consiguen resultados. Este es un hecho lamentable pero cierto, y aunque estos resultados sean personales, se van convirtiendo en generales por el creciente número de ellas. Pero mientras al obrero se le brinda, en el capitalismo, esta posibilidad de mejorar su situación personal, no ha tenido lugar todavía una huelga de empresarios; posiblemente una huelga bien organizada de ellos tendría una fuerza mucho mayor que la de los obreros. Si todas las empresas se determinasen a retirar todo su efectivo de los bancos de un mismo día, o pusiesen en circulación papel sin justificación real, es posible que pudiésemos observar algo nuevo: La finanza en peligro. Pero sin duda este hecho es poco probable.

He ahí la obra maestra del gran capitalismo financiero. Ha convertido al Empresario o a la empresa en un intermediario-explotador, intermediario entre el obrero que es el más vilmente explotado y la banca que es la más vil explotadora.

Este hecho no podía escapar al análisis de Marx, pero él se limitó al problema falso, buscando causas donde solo había efectos, y mientras aseguraba que con la concentración se llegaría a que una única

empresa controlase toda una nación, se daba ya entonces, en ese mismo momento, el hecho de que la banca ya la controlaba; pero Marx no podía denunciar esta circunstancia porque él mismo se hallaba en manos de esa banca, era financiado por ella y era un simple lacayo del más repugnante capitalismo financiero.

Alguien puede creer que al referirme a las “empresas” en plural y a la “banca” en singular, pretendo crear confusionismo, pero ocurre que la realidad nos demuestra que mientras las empresas, industrias o comercios, están sujetos a la competencia que en ocasiones llega a la autodestrucción, este fenómeno no ocurre en los bancos. Existe, por ejemplo, un interés para todos igual, ni mayor ni menor, sujeto a unas estrictas leyes, algo que no ocurre en otros campos de la economía de los pueblos. Creo firmemente, por ejemplo, que al igual que existen unos precios máximos en determinados productos, se deberían estipular otros precios mínimos, a fin de que no ocurriesen fenómenos como los acontecidos frecuentemente en que por un exceso de producción ésta se desvaloriza totalmente. Debería existir un precio mínimo, pero no ocurre así: al campesino se le pueden pagar productos cien veces por debajo de lo que valen. Pero esto no ocurre con los bancos, ellos tienen unas tarifas estipuladas e inmutables que al ser comunes les salvaguarda de cualquier competencia. No existen diversos bancos, existe una única banca explotadora, un único alto capitalismo financiero internacional en manos del cual se hallan obreros y patronos como marionetas dirigidas por hilos.

El banco tiene el poder inmenso de crear prosperidad y miseria, de producir inflación y deflación, de crear y destruir empresas. Los beneficios que obtienen son de todo punto abusivos. A este respecto es extraordinariamente clara la obra de Joaquín Bochaca “La finanza y el poder”, pero bastará para ilustrar este hecho hacer ver que el banco toma dinero prestado pagando por él el medio por ciento y lo deja a terceros cobrando el 8, es decir, obtiene como intermediario en mil seiscientos por cien de beneficio, dado que el dinero que deja no es suyo.

En un principio era costumbre guardar el dinero en grandes y pesadas cajas de caudales, donde grandes cantidades en efectivo servían para pagar una inmensa mayoría de cosas al contado. Entonces los bancos se asemejaban más a empresas, pero en la actualidad, en medio de la dictadura financiera, los bancos son los señores, y como señores se comportan. Ellos eligen los clientes, cuando conceden un crédito hacen notar la confianza que depositan en el que lo recibe, dando la impresión de que el favor —como de hecho es en la actualidad— se lo hace el banco a la persona que solicita el crédito. Ejercen una dictadura despótica, no sólo pueden aumentar artificialmente la circulación de moneda de un país —como se indica y detalla en la obra mencionada— sino que al conceder un crédito exigen garantías mientras que por su parte no ofrecen ninguna. Si el dinero, por cualquier motivo, pierde su valor, no puede exigirse al Banco que pague en valores efectivos, muebles o fincas, la cantidad estipulada, pero sí, contrariamente, la persona a la que ha sido concedido el crédito se ve obligada a cerrar el negocio, o —al perder su valor el dinero— no puede devolverlo, el banco entra en posesión de garantías tangibles y reales. Los bancos hacen buenos negocios en la prosperidad y mejores en la miseria. Un banco, por ejemplo, no concedería jamás un crédito a un campesino teniendo como garantía la futura cosecha, es decir, un banco no acepta como garantía para un crédito el trabajo; para el banco, entidad especialmente negativa, improductiva y perniciosa, símbolo del capitalismo, la vagancia, la indolencia y la perfidia, el trabajo de un hombre —es decir, lo único que tiene verdadero valor— para él no importa nada. Justamente eso, lo único que de valor se conoce en la tierra, es lo único que para el banco no lo tiene. Si tenemos en cuenta que toda la humanidad gira en torno al ser humano, al hombre, toda actividad le tiene a él como centro, así pues debe reconocerse detestable la postura de una entidad a la que no le importa en absoluto que una persona honrada y trabajadora le pida un crédito, que lo único que le interesa del hombre son sus posesiones, su oro. Si él como persona es detestable o incluso criminal, eso al banco no le importa, lo que el banco quiere son grandes sumas de dinero amontonadas a las que poder contemplar una y otra vez.

Pero... ¿Por qué son tan importantes y bien considerados los bancos? Si podemos tener por cierto que la banca es la institución materialista por excelencia, también podemos estar seguros que han conseguido convertir a la humanidad en su visión del mundo; por ello, porque todos los demás sustentan sus mismas teorías —aunque por razones circunstanciales no pueden ejercer su misma despótica tiranía— es por lo que los bancos tienen importancia. Ellos tienen el dinero, y el dinero es hoy lo único que vale.
Pero lo más peligroso de la banca no son sus beneficios, sino su poder. El poder que tienen es inconmensurablemente enorme. La banca, como símbolo del alto capitalismo financiero, es el verdadero enemigo del socialismo.

Claro que decirle al obrero todo esto, explicarle que la lucha debe dirigirse contra la causa de todo, aunque directamente a ellos no les afecte, no contará nunca con los mismos atractivos que señalar con el dedo a una determinada persona y asegurar que ella es la responsable de todo, absolutamente de todo lo que le pasa a uno. Por eso Marx, rey, caudillo y César de la hipocresía y de la mentira, y maestro de la demagogia, buscó argumentos demagógicos y olvidó a los verdaderos culpables. Mencionar a la banca y la bolsa hubiese sido poco interesante. Aquel trabajador que después de muchos años de esfuerzo, sacrificándose desde la mañana hasta la noche, consigue, pagando un traspaso y un crecido alquiler, establecerse, poner un bar —donde está desde las 6 de la mañana atendiendo a los primeros desayunos hasta la 1 de la madrugada cuando se marchan los últimos clientes—, ése es, según la demagogia marxista, un burgués, un ser despreciable por el simple hecho de que “tiene”, de que “posee”, como aquel otro que sucio y lleno de grasa adquiere un camión y se dedica a transportar malolientes, pesados y sucios bultos, que debe marchar de un lado al otro de una provincia o de una nación para poder vivir, ese es también un asqueroso burgués.

Pues ése, pues ésos, son para mí las personas más dignas de admiración y respeto, son aquellos que nacidos en el arroyo tienden hacia arriba. Es posible que a ellos les podamos echar en cara lo mismo que en general a todos: un sentido materialista de la vida, se les podrá decir que sólo piensan en incrementar sus ingresos, que no tienden hacia arriba sino hacia la riqueza, que despreocupan su cultura y viven una existencia vulgar, pero lo que esas personas buscan con su esfuerzo no es amasar una cantidad inmensa de dinero que dejar a sus hijos para que la dilapiden, lo que buscan es conseguir que sus próximas generaciones, que sus hijos y nietos, puedan tener acceso a una mejor educación, a una mejor formación, a esa mejor formación a la que en el mundo capitalista sólo se tiene acceso por medio del dinero.

Esos trabajadores que no se contentan con un trabajo por cuenta ajena, sino que quieren saber si son capaces de conducir su propio navío, deben merecer la mayor admiración, son los guerreros que aunque pueden beneficiarse de la victoria marchando en la última fila, quieren estar en la primera. No saben el porqué pero tienden siempre hacia adelante.
Para esta gente, incluso el comunismo utópico carece de atractivo. Una ciudad, como la Jauja que menciona Schopenhauer, donde las alondras vuelan asadas y todo lo tenemos al alcance de la mano, no es sólo una mala historia de ciencia-ficción, sino una deleznable realidad de existir de verdad. La burguesía no es un criterio económico, sino moral. No es necesario ser rico para ser burgués, la burguesía es el deseo de vivir en la utópica Jauja, la burguesía es sentir placer en llegar a una cumbre dentro de un vehículo en cuyo interior se mantiene una temperatura primaveral y contemplar el paisaje sin salir al exterior para no sentir ninguna sensación desagradable. Lo más importante de la vida es la lucha, el obtener una victoria después de haber luchado por conseguirla, el admirar un paisaje después de haber avanzado sobre la nieve y el hielo.

El clasismo es algo superado. En nuestros tiempos, más que en ningún otro, se ha conseguido una auténtica “igualdad” entre las clases, no hay ninguna que en forma global pueda aspirar a ser mejor o peor que las demás. Todas las clases están imbuidas de un profundo sentido burgués y materialista, siendo los más desposeídos de la fortuna los que, en ocasiones tienen mayores ambiciones de poseer

riqueza. La riqueza es el objetivo y final de todos y, lo que es más curioso, no existe un límite para esa riqueza, podemos contemplar en cada momento como personas que disponen de cantidades fabulosas de dinero, ya muy entradas en edad, siguen sin embargo al pie del cañón para incrementar día a día sus bienes y posesiones. Hay casos insólitos de "pluriempleo" que no dejan de sorprender, y una hojeada al "Directorio de Consejeros y Directores" nos dará una clara visión de ello; hay algunas personas, como por ejemplo los que supongo hermanos Llopis, que entre los tres tienen 9 Presidencias, 10 Vicepresidencias, 22 puestos de Consejero, 4 de Vocales y 1 de Administrador, lo que supone 12 empleos para cada uno, es decir, que trabajando 12 horas diarias pueden únicamente dedicar una a cada uno de ellos. O los cuatro Barreiros Rodríguez, con 21 Presidencias, 8 Vicepresidencias, 5 puestos de Vocal y 4 de Consejero, para no hablar de Aznar y Coste, con 8 Presidencias, 6 puestos de Vocal y 4 de Consejero, o de Ventosa Despujol con 20 cargos, 7 de Presidente, 4 de Vicepresidente, 6 de Vocal y 3 de Consejero. No dudo de que todas estas personas deben poseer una inteligencia extraordinaria. A mí me resultaría difícil hasta recordar los nombres de todas las empresas y sus direcciones, para no hablar de sus teléfonos, pero parece ser que hay quien puede desempeñar 20 empleos con eficacia, por lo menos con la eficacia que se necesita para estos empleos. Hassan de Marruecos en una ocasión, después de uno de los muchos atentados que han intentado acabar con su vida, tomó en sus manos 4 ministerios, es decir, lo que antes hacían cuatro ministros, pasó a hacerlo él solo, prueba de lo poco que trabajaban los ministros. Algo similar debe pasar con estos cargos mencionados, eso imagino por lo menos.
Pero lo que me sorprende no es el hedió mismo deque haya quien esté dispuesto a ocupar 20 cargos, sino que lo que me asombra son las ocultas razones que impulsan a esas personas a ello, ¿qué desean? ¿Poder? ¿Dinero?, ¿Influencia? ... ¿Es acaso su hobby? Desgraciadamente me inclino por lo último. Estas personas que podrían vivir "sin trabajar" —no pudiendo determinar hasta qué grado es trabajar lo que alguno de ellos hacen—, objetivo anhelado —por lo menos en teoría— por todos los humanos, prefieren sin embargo unas ocupaciones a las que se dedican porque en otro caso se aburrirían. Decía Schopenhauer que el mayor problema de los mortales es el de ocupar el ocio. Este problema cobra mayor importancia cuanto más materialista es un individuo. Las ocupaciones materiales, los placeres físicos, tienen como constante su poca duración y la imposibilidad asimismo física de prolongarlos; tal ocurre con la comida, la bebida, etc. Hay también una serie de distracciones, juegos, deportes, etc., que entretienen durante periodos de tiempo prolongados, pero sin duda la ocupación más duradera y que más interesa al género humano actual es el hacer negocios —en cuanto a los ricos— y el trabajar, en lo referente a los menos favorecidos por la fortuna. El querer aparentar que se trata de una necesidad en lugar de un hobby —en especial en los primeros— es simplemente una elegante justificación. Estas personas que carecen de la posibilidad de llevar a cabo empresas positivas, idealistas y sacrificadas, han convertido los "negocios" en la meta de su vida y demuestran en ocasiones una sagacidad y habilidad tales que el "arte" de hacer negocios debería ser considerado un deporte al nivel del ajedrez, donde se producen jugadas magistrales, donde también existen los peones, aunque en este caso sean de carne y hueso, y dónde, igualmente, carecen apenas de importancia; peones hay muchos y valen poco, son susceptibles de ser sacrificados, son figuras inanimadas con las cuales ni se cuenta. Los "negocios" como el ajedrez son juegos de cálculo, fríos e insensibles a todo. No se trata de aumentar el nivel económico de la nación, se trata de demostrar la sagacidad, de juzgar a las empresas por su razón social, por su capital, por su rentabilidad, pero sin tener en cuenta en absoluto los valores humanos que se hallan detrás de toda esa apariencia administrativa. Cuando los señores de la banca y la bolsa preparan una buena jugada, no les importa hacer aparecer o desaparecer empresas, lo importante es obtener grandes beneficios que puedan después ser mostrados como ejemplo de la sagacidad del financiero, personaje peculiar de nuestro tiempo, elemento híbrido entre tunante y estafador, egocéntrico y narcisista, pero con aires paternales y que intenta hacer creer que sus jugadas bolsísticas son un beneficio para el pueblo, gente que tiene su templo en Wall-Street.

El dinero en sí carece de valor, el valor se halla en la riqueza de la tierra, en lo que podríamos llamar "renta nacional". El papel moneda es simplemente un medio de intercambio. El error de nuestra época es haber confundido el medio con el fin. El dinero en sí carece de valor, la peseta tiene un valor porque

representa la “renta nacional” de España, pues si España se hunde en un cataclismo gigantesco, aunque dispongamos de millones y millones de pesetas, no valdrán nada, serán papel viejo y mojado. Esto es algo evidente e indudable, y todo el mundo lo sabe, pero lo que parece absurdo es que nadie obre en consecuencia. Todas las empresas, explotaciones forestales, minas, etc., son convenientes para la nación, a fin de aumentar su riqueza; pero algo que carece de valor no puede producir beneficios, y sin embargo las entidades que mayores dividendos obtienen son justamente aquéllas que hacen producir beneficios a algo que no tiene valor como es el dinero. Ahí reside el error básico y grave de los bancos, financieras, etc. Estas entidades consiguen obtener beneficios del dinero, quieren hacer producir dinero al dinero, y esto es imposible. Si un bando presta un dinero y exige por él un interés, se supone que este interés será una participación del banco en los beneficios que obtenga la persona que ha recibido el dinero al invertirlo en determinado negocio efectivamente productivo. El banco espera que por mil pesetas se le devuelvan 1100 al cabo de un año, inhibiéndose del hecho concreto de si esas mil pesetas han producido efectivamente por lo menos 100 más de beneficio, o lo que es lo mismo, si la renta nacional se ha incrementado en esas 100 pesetas más. Esto es injusto, no puede permitirse que si un campesino tiene una mala cosecha deba pese a todo trance devolver el crédito, y aportando además unos beneficios que no ha obtenido, beneficiándose así el que ha aportado lo menos importante —el dinero—, y habiéndose visto perjudicado el que ha aportado lo más valioso —el trabajo—.

Es muy fácil pedir la nacionalización de la banca. No hay duda que los servicios públicos deberían ser nacionales, y desde luego La banca es un servicio público. Pero si además de teóricos queremos ser prácticos tendremos que reconocer que las nacionalizaciones no son generalmente ninguna solución óptima. Sí creo que es necesario nacionalizar el crédito y ejercer un control considerable sobre los bancos para reducir no tanto sus beneficios como su poder, pero en todo caso no creo que el problema resida en la legislación concreta y precisa sino en el espíritu de esa legislación. Si los bancos son nacionalizados, pero se permite seguir en sus puestos a las mismas personas que hasta el momento, seguirán siendo tan nefastos como antes, y si —por el contrario— son sustituidas esas personas y cambiadas por otras que tengan por objeto el bien común y no el particular, entonces no tendrá importancia el que se nacionalicen. El problema es de personas y de concepciones. En tanto el mundo actual esté dominado por las corrientes materialistas, superindividualistas, egoístas, y egocéntricas, de marxistas y liberales, todo sistema jurídico deberá tender a poner un bozal a los más poderosos y evitar que —como decía Quevedo— “Porque con logro prestan seis reales / nos mandan y rigen nuestros tribunales”.
Cualquier legislación, cualquier normativa, y cualquier disposición, carecerá de valor si no se ha barrido antes ese sentido materialista de nuestro mundo. Por tanto, el objetivo de un estado con respecto a los bancos es ser consciente de que existen para servir al pueblo, no para servirse de él. Los medios para llevarlo a cabo serán los más idóneos en el momento dado.

Lo que no puede considerarse lícito, es la especulación, en cualquiera de sus múltiples facetas, y en especial en la del dinero o las tierras. La especulación es el paraíso del capitalismo. Los bancos ofrecen un interés del 6 por ciento a plazo fijo (que puede ser aumentado con las cuentas de extratipos), y que consigue como mucho que la persona propietaria del dinero mantenga siempre el mismo poder adquisitivo de su dinero, pudiendo hacer frente a la progresiva desvalorización. No hay opción posible, o no se tiene dinero o, si se tiene, es necesario invertirlo (en Empresas que se lo invierten a los demás) o dejarlos en un banco. Con ese dinero, bancos y financieras se enriquecen pagando como compensación al propietario del dinero ese interés mencionado. Y esas empresas que juegan con el dinero de los demás, esas empresas que viven del aire, son las más “rentables”. Las empresas que viven del aire son típicas de nuestro tiempo. Los cupones ahorro del hogar o similares, el diners-club, etc., son sin duda cargas para la sociedad, pues hacen elevar los precios, pero son sistemas prácticos. Para suprimir esas entidades, es necesario una medida oficial, pues el particular nada puede hacer, y por ello, se quiera o no, corresponde al Estado y no al particular el solucionar estos problemas. Así pues, la labor del Estado no debe limitarse a evitar que los bancos consigan adquirir prácticamente toda la nación, sino que debe exigírseles que devuelvan lo que ilegalmente han obtenido.

REGIONALISMO

«LOS JÓVENES CATALANISTAS, IDEALISTAS Y SACRIFICADOS, HAN SERVIDO DE MARIONETAS EN MANOS DE AGITADORES POLÍTICOS DE PROFESIÓN, QUE NO SÓLO LOS HAN UTILIZADO PARA SU PROPIO BENEFICIO, SINO QUE INCLUSO HAN INTENTADO DESVIRTUAR SU EN PRINCIPIO NOBLE POSTURA REGIONALISTA».

-En la foto: Las banderas de Castilla y Cataluña presiden el acto fundacional de CEDADE en Madrid (III-1973).

Al hablar del regionalismo voy a referirme principalmente al problema catalán que “mutatis mutandis” puede ser aplicado al país Vasco, Galicia y también otras regiones de España. La razón de centrar el tema en Cataluña se debe al mayor conocimiento que tengo de los problemas en esta región, pues, aunque me he interesado vivamente siempre por el problema vasco, especialmente, me ha sido imposible conocer a distancia los pormenores del separatismo vasco. Ello me ha llevado a suponer que al igual que yo —pese a mi interés— desconozco los problemas de otras regiones, también el problema del separatismo será desconocido y en ocasiones insospechado para la mayoría de españoles que, por razones geográficas, se hallan alejados de las regiones en cuestión. Este desconocimiento que existe del problema en muchas partes de España es lo que me hace considerar importante el mencionarlo en esta pequeña obra.

¿Cuál es la diferencia entre colonia y provincia? El no haberse planteado esta pregunta en 1939 es lo que ha llevado a profundas, dolorosas y gravísimas situaciones desde aquella lejana fecha.
En 1936 los catalanes se hallaron ante una alternativa similar a la que actualmente tienen planteada los irlandeses. Para todo catalán más o menos decente y amante de su tierra, era imposible prestar su apoyo, llegando a ofrendar su vida, por el bando “republicano”, “rojo” o como quiera llamársele, dado que el mismo estaba notoriamente influenciado por doctrinas izquierdistas de carácter internacional. Para aquellos que defendían un regionalismo, incluso separatismo, era imposible dejarse caer en las manos de un bando que por su propia y peculiar idiosincrasia política, era un enemigo irreductible de toda unidad geográfica inferior al globo terrestre. Así pues, descartada la posibilidad de apoyar a un bando internacionalista que provocaba y era causa de una situación crítica en la cual la sangre corría abundantemente, solo les quedaba la opción de apoyar al otro bando y éste prometía, en caso de triunfar, acabar con el idioma catalán, considerar a la “dança mes bella” como un acto subversivo y, en definitiva, no deja rastro de todo lo que para Cataluña y para los catalanes era digno de ser respetado. ¿Qué decisión tomar? Los hubo que apoyaron incondicionalmente a los de aquí, creyendo que era lo menos malo, otros en cambio apoyaron a los de allí, convencidos de que era lo mejor; pero la mayoría procuraron ocultarse, busca excusas y no ir al frente. Cataluña, más que cualquier otra región española, tuvo que utilizar toda clase de medios coactivos para obligar a los que se hallaban ocultos a salir a la luz e integrarse en el Ejército. De estos, una buena parte se pasaron a la primera oportunidad que tuvieron, pero no para defender los ideales del otro bando sino simplemente para pasar a ser cautivos y evitarse la engorrosa molestia de matar a unos u otros soldados que, en lo referente a Cataluña, iban a actuar igual.
He ahí el profundo abismo abierto ya en las postrimerías de la guerra y que no ha sido cerrado aún. ¿Podía concebirse más absurda decisión que “invadir” una región que se suponía debía ser “liberada”? ¿Podía haber medida más absurda que prohibir aquello que se llevaba dentro? Estas absurdas y, lo que es peor, innecesarias medidas, trajeron consigo la constitución —por lo menos por convencimiento de los catalanes— de una “colonia”. Cataluña había sido ocupada y vencida por las armas y tenía que pagar tributo a los vencedores y someterse a sus leyes. Los catalanes eran los vencidos y, lo que es peor, vencidos en una guerra en la que no habían tomado parte, ya que la mayoría de los que por convicciones

políticas habían participado en aquellas sangrientas batallas desde 1936 a 1939, pronto hallaron la excusa de continuar una resistencia más allá de las fronteras españolas y, normalmente con gran provecho económico, marcharon a formar sus gobiernos en el exilio, mientras que la población por la que se supone luchaban, tenía que padecer las consecuencias de una derrota, sin el alivio de ver que sus dirigentes habían caído en heroica lucha frente al enemigo. Así pues, desengañados y amargados, esperaban las fatales consecuencias.

Fue prohibido el catalán; el "perro, habla el idioma del Imperio" se hizo tristemente célebre, y el aceite de ricino compitió con esa frase el premio a la popularidad de 1939. Es innecesario decir que el catalán que llegaba a casa o se reunía con sus amigos seguía utilizando el catalán, así pues... ¿Cuando dejaba de utilizarlo? pues, simplemente, cuando hablaba con las "tropas de ocupación", ésa era la impresión que se tenía. ¿Podía acentuase más el sentimiento de estar dominado? Una música popular, la sardana, a la que muchos no prestaban atención antes, dada la reiteración con que se oía, se convirtió en un símbolo, y la juventud tuvo algo por lo que luchar. Poco después se dijo: "Catalanes, ya podéis hablar catalán". ¡Pues vaya solución! ¡Como si los catalanes para hablar su idioma necesitasen que se lo autorizase alguien! Esa especie de condescendencia fue todavía perjudicial. Poco a poco se ha ido permitiendo todo y las manifestaciones catalanas han vuelto casi a su antiguo esplendor, pero... ¿todo sigue igual? Los ingleses en la India y en otros lugares dejaron un amargo recuerdo de su estancia y sin embargo, aún en los períodos más duros de su dominio, el indio seguía hablando hindú y los encantadores de serpientes seguían soplando encantadoras melodías sin que a ello se opusieran los ingleses. La pregunta estaba en el aire: ¿Era acaso la India una provincia inglesa?

Así pues, vemos que lo importante, lo fundamental, no es el que se autorice o se prohíba una determinada cosa, sino las razones sentimentales que presiden tales actos. Si ahora miramos los puntos programáticos de las diversas asociaciones falangistas actuales radicadas en Barcelona, veremos cómo, en lugar destacado, figura en algunas la defensa de los valores regionales, pero cabría preguntarse cuál fue la actitud de esos falangistas en 1939, porque si bien no dudo que muchos de ellos encontraron absurdas las medidas prohibitivas ¿No es acaso lógico, o cuanto menos probable, que alguno de los que ahora hablan de los valores regionales fuese en 1939 uno de aquellos que, con las tijeras en una mano y el aceite de ricino en la otra, sembraban el pánico entre pobres muchachas o jóvenes catalanes?
Es conocida la frase de José Antonio en la que decía que se debe gritar "Visca" o "Gora" España, pero nunca "muera España" aunque sea en perfecto castellano, y es curioso también que frecuentemente al hablar con algunos foribundos catalanistas (ser catalanista nada tiene de malo y sí mucho bueno, no debiendo confundirse con separatistas), nos digan que lo malo no es la Falange, sino los falangistas, y que lo que José Antonio decía era muy distinto, pese a que, muy probablemente, los que tal dicen —y son muchos— no hayan leído ni una sola palabra de la doctrina falangista. Véase la importancia que los hombres tienen en una ideología, y véase también el hecho de que si todos los falangistas que en 1939 dijeron haberlo sido antes de 1936, lo hubiesen sido de verdad, la Falange hubiese sido un partido mayoritario que hubiese accedido al poder en alas de multitudes. Hemos de constatar el peligro que encierran los "advenedizos", esos "perros con distintos collares" que el 25 de enero de 1939 eran funcionarios de la FAI en Barcelona y el 27 se presentaban como de la "Quinta columna", hecho que quizás no ocurrió en forma tan manifiesta, pero que puede ilustrar el espíritu de mis palabras.

Es posible que estas aseveraciones o suposiciones molesten a más de uno, pero no lo es menos el hecho de que aquellos que en 1936, 1939 ó 1974 han actuado como su conciencia les ha dictado, no pueden sentir-se ofendidos. ¿No es acaso en el Ejército el "chusquero" el que más grita y más aires de general se da? Es un fenómeno contra el que nada sirve revelarse que cuanto menor es el coeficiente intelectual de una persona tanto más dura, injusta y brutal se mostrará, La propia inferioridad les hace quererse vengar con su modesta y pasajera autoridad de toda persona que ven por encima de ellos, y líbrenos Dios Todopoderoso de esas personas al término de una guerra entrando como vencedores.
Por eso no es raro que mientras frecuentemente muchos o algunos falangistas fastidian con su famoso

"tú" inquisitivo e imperativo, con el que te interrogan o interrogaban, los más falangistas, aquellos que no dudan en proclamarlo y que tampoco dudaron en hacerlo antes de la guerra, sean personas de una delicadeza y afabilidad incluso sorprendentes y exageradas. Quien conozca al General Tomás García Rebull, miembro de la División Azul, poseedor de dos medallas militares individuales ganadas en combate y no detrás de ningún escritorio, y falangista de primera línea, que es en la actualidad casi el máximo exponente de dicha tendencia política, no podrá por menos que maravillarse por la extremada sencillez de un hombre de su rango, que en todo momento se muestra afable y respetuoso con la persona más insignificante. Se nos aparece como el verdadero héroe, sencillo y amable, y nos es imposible imaginárnoslo cortando el cabello a una muchacha porque se le haya ocurrido decir que tal o cual sardana es una pieza muy armoniosa y bella. Como éste, gracias a Dios, hay otros muchos, aunque menos de los que seria de desear.

Pero habrá quien piense que eso del cabello fue ya superado. Sí, lo fue, pero el problema permanece; se ha superado una etapa, pero no se ha acabado con el absurdo espíritu que presidía aquellos actos. ¿Alguien se imagina la sorpresa de una persona que al llamar a la policía, por ejemplo, oyese al descolgar el teléfono una voz que contestase diciendo "digui"? En un 90 por ciento de los casos responderíamos diciendo: "Perdone, me he equivocado". Y lo mismo ocurriría en Sindicatos, Hacienda, Empresas Nacionales, Instituto Nacional de Previsión, etc. Quizás se arguya que decir "diga" está más de acuerdo con un organismo nacional, pero el catalán, hasta donde sabemos, es un idioma español, como el castellano, y si bien constituye una manifiesta falta de educación contestar en catalán a una persona que nos habla en castellano —lo cual hacen muchos separatistas creyéndose por ese mero hecho una especie de héroes de mazapán— no lo es menos que decir "digui" o "diga" no puede perturbar en nada el armonioso entendimiento entre personas de distintas provincias porque, dejando al margen las diversas fórmulas que se utilizan para responder al teléfono al margen de las citadas, lo lógico sería que este hecho careciese de importancia, pero en Cataluña la tiene ya que la utilización de la palabra catalana o castellana nunca queda al arbitrio de la telefonista sino que, según las características de las entidades respectivas, se toma una manera u otra. En el arte, la industria, el comercio y el deporte, se ha acentuado lo catalán, mientras que en los organismos oficiales —lo cual acentúa de nuevo el sentimiento de estar dominados— teléfonos, correos, policía, etc, se mantiene lo no catalán, y esto lleva, se quiera o no, a mantener las diferencias existentes. Se ha de llegar a comprender que para que los catalanes hablen catalán y lean autores catalanes, se admiren ante obras pictóricas catalanas o ante músicos catalanes no es menester ninguna autorización y que toda prohibición será vana. Lo importante no es que se diga "os permitimos hablar catalán" sino "nos gusta lo catalán". Mientras la sardana siga siendo algo típico de Cataluña y Maragall sea un poeta de allí, de aquella Región del Noreste de España, nada habremos conseguido; en definitiva mientras en Paris se conozca a Clarà más que en Madrid, nada podremos hacer, Cataluña estará al margen.
La jota ha pasado a ser algo de todos, ¿por qué la sardana no puede serlo? ¿Por qué Maragall y Verdaguer no pueden figurar entre Calderón y Bécquer? ¿Por qué Fortuny o Casas no pueden figurar junto a Ribera y Zurbarán? ¿Por qué, en definitiva, lo catalán se deja para Cataluña? ¿Cómo se quiere así que un catalán puede sentir como suyo algo de Castilla, si Castilla no siente como suyo lo catalán, sintiéndose en ocasiones más en Francia, donde también existe una Cataluña que todos parecen haber olvidado?

Naturalmente, este razonamiento podría aplicarse al revés, y surgiría inmediatamente la cuestión de saber quiénes fueron primero, los separatistas o los separadores. En cualquier caso, y por regla general —aunque sea debido a la enseñanza en las escuelas—, incluso los más recalcitrantes catalanistas siguen considerando como algo suyo a los grandes genios castellanos, por lo menos a los poetas, pintores, escultores, etc, es decir, a los artistas, pero, contrariamente —y donde antes era mérito de la enseñanza ahora es culpa— muy defectuosamente es conocido el "siglo de oro" catalán, la "renaixença", en Castilla, donde es prácticamente desconocido.
Pero cometería el mayor error del mundo si me limitara como hasta ahora a exponer los defectos de los

“separadores”, de los vencedores. Creo firmemente que, en principio, el problema separatista en España, y concretamente en Cataluña, se ha acentuado por culpa de los “vencedores”; he mencionado ya a García Rebull, persona que, como otros muchos falangistas, no sólo no tienen ningún recelo especial hacia Cataluña, sino que, contrariamente, se sienten vinculados en forma especial a las tradiciones y costumbres catalanas. Alguien puede pensar que, en el caso citado, ello puede ser debido a su segundo apellido de origen catalán, pero esta circunstancia carece de importancia pues con mucha frecuencia los falangistas con apellidos catalanes son los más anticatalanes. Por lo menos, de lo que no hay duda, es de que es muy diferente el falangista castellano que el catalán, y que si en Cataluña la Falange es y ha sido impopular, se ha debido a sus hombres, los cuales por regla general no se parecen a los de otras provincias, donde se les aprecia una mayor integridad moral y personal; esto no es naturalmente una constante, pero es ciertamente apreciable.

Pero al margen de que una buena parte de la culpa de lo ocurrido en Cataluña no sea propiamente de los catalanes, no podemos olvidar tampoco el papel de los “separatistas”, personas desfasadas de siglo que sustentan esas ideas, no porque consideren que son las lógicas y justas —pues saben perfectamente que cuando se habla de una Europa unida no vamos a fragmentaría todavía más—, sino porque tras su postura existen motivaciones políticas de gran importancia. Este es el famoso caso de la ETA, la cual actúa en el país vasco español y no en el francés, pese a que —y de esto no hay ninguna duda— ha sido precisamente en Francia donde tanto catalanes como vascos han visto desaparecer sus propias peculiaridades y costumbres, barridas por un centralismo mucho más acusado que el que pueda haber en España. Lo que combate la ETA y otros movimientos separatistas de Cataluña y del País vasco es el régimen español, simplemente se aprovecha del separatismo, de las injusticias cometidas, para explotarlas en su propio beneficio e intentar sacarles el máximo provecho. Esta circunstancia, el hecho concreto de que no existan movimientos separatistas en la Cataluña francesa y en el país vasco también francés, son prueba indudable e indiscutible del tendencionalismo político de estos grupos de los que hablamos. La cuestión está clara, pero también lo está el hecho de que fuera de estos grupos mencionados nadie ha hecho nada para solucionar los problemas de Cataluña. Si pensamos, hace algunos años, cuando la “Santa Espina” e incluso la bandera catalana estaban prohibidas, en aquellos jóvenes que se dejaban pegar por grupos falangistas simplemente por defender estos símbolos, veremos que aunque aquellos jóvenes estuviesen engañados por ideas políticas que los utilizaban, pese a todo fue su actitud la que consiguió que hoy todo aquello que antes era subversivo haya dejado de serlo. De no haber existido todos estos grupos, Cataluña todavía se vería privada de muchas costumbres y tradiciones. Es lógico pues que algunos, aún re conociendo que en el fondo eran los comunistas los que se beneficiaban de su actitud, confiaban en que, como ha ocurrido, su labor al fin y a la postre beneficiase a Cataluña. Pero no nos debe caber duda de que todas estas personas se hubiesen unido con más entusiasmo a un movimiento catalanista —no separatista— formado por personas cuya tendencionalidad política quedase descartada. El separatismo en Cataluña ha sido la rampa de lanzamiento de tunantes y bribones, pero también ha servido para reinstaurar las costumbres catalanas. Si hubiese sido la Falange la que se hubiese ocupado de ello en su día, el comunismo no podría haber hecho nada, pero a excepción de algunos casos que conozco, en los cuales se intentó, en el resto de ocasiones la postura falangista favoreció sin duda alguna a sus propios enemigos políticos, quienes encontraron un arma magnífica, cuyo empleo no era peligroso y, lo más importante, que era popular.

En lo referente a Cataluña se puede afirmar, sin peligro a error, que tanto la Falange oficial como la oficiosa, a todos esos grupos y grupúsculos, mantuvieron con respecto a este problema una postura idéntica a lo largo del tiempo y a excepción de los requetés, cuyo tradicionalismo siempre ha defendido el mantenimiento de las costumbres regionales pero cuyo resultado práctico no ha sido notorio, todos los demás han mantenido siempre igual postura negativa.

Los jóvenes catalanistas, idealistas y sacrificados, han servido de marionetas en manos de agitadores políticos de profesión que no sólo los han utilizado para su propio beneficio, sino que incluso han intentado desvirtuar su en principio noble postura regionalista. Esto lo vemos en el poco aprecio que se

muestra frecuentemente por símbolos tan queridos por toda persona amante de su tierra cual es su bandera. Es frecuente ver personas que llevan la bandera catalana como bufanda, queriendo aparecer por ello como los máximos defensores de la cultura catalana; otros llevan las cuatro barras en gorras, corbatas, correas de reloj, camisas, y mil objetos similares. ¿No constituye todo esto una ofensa a cualquier catalanista que sienta un verdadero amor por su bandera? Pero justamente esos políticos que se hallan detrás de los movimientos idealistas, tienen por interés básico el desvirtuar estos símbolos, haciendo perder seriedad a una lucha sacrificada y pudiendo, en su día, sustituirlos por los de la revolución internacional.
En alguna ocasión, yo he llamado la atención a algunas personas que utilizaban la bandera catalana en la forma apuntada, pero al cabo he desistido, pues inmediatamente se ha considerado mi actitud como una provocación. Los jóvenes que llevan esas largas bufandas mantienen un regionalismo folklórico e intrascendente, son personas que leen a Marx, Engels, Marcuse o James Bond en catalán, pero que ni conocen superficialmente las obras de Verdaguer, Maragall, etc., para no hablar de escultores, pintores y músicos que no les interesan en absoluto. Si los "vencedores" se hubiesen ocupado de difundir la cultura catalana e incluso la de otras regiones españolas en catalán, ahora no se verían libros marxistas en catalán, pues a nadie hubiesen interesado, y quizás conoceríamos a poetas, literatos o dramaturgos, vascos o gallegos, que son desconocidos por el resto de sus compatriotas.

Hay una gran cantidad de personas que con la mejor buena voluntad no atinan a dar un paso acertado en el campo del regionalismo, siendo inmediatamente captado por los agitadores profesionales, pero también hay otros cuyo postura queda siempre clara y cuya labor es perjudicial en grado sumo. Tal es el caso del "Omnium Cultural". Frecuentemente actos o proyectos de dicha asociación son boicoteados por las autoridades o por grupos políticos de otro signo pero... ¿acaso no se busca el escándalo con tales actos? Si en lugar de Serrat, Raimón, Tapies o Miró, se organizasen veladas con Montserrat Caballé, Jaime Aragall, Cañas o Mestres Cabanes, nada ocurriría y en cambio se defendería, igualmente o más, lo catalán. El "Omnium" apoya exclusivamente a pintores de mamarrachadas, mientras que sus inagotables fondos podrían servir maravillosamente para: Apoyar la construcción del Teatro de Agua y Luz; Terminar las obras del Auditorio Manen; Fundar un museo de escultura figurativa en el que se recogiesen las dispersas obras de los magistrales escultores catalanes; subvencionar al Gran Teatro del Liceo de Barcelona; fomentar y divulgar los artistas catalanes de principios de siglo (no únicamente los arquitectos), etc., etc. Pero que no se nos diga que el "Omnium" protege lo catalán, porque lo único que protege es a cuatro de esos desgraciados que tienen tan buenos amigos como poca calidad. Es posible que Serrat o Miró gusten a esos individuos que utilizan la gloriosa bandera catalana, por la que tantos han muerto, como bufanda (En Inglaterra empezó como bufanda y ahora se hacen trajes de baño y pañuelos, entre otras cosas) pero si comparamos a Serrat con Aragall, la elección no tiene color. Es posible que Serrat u otros muchos tengan algunas especiales virtudes que los amantes del gran arte no sepamos desentrañar, pero... ¿Por qué mientras aparecen frecuentemente esas figuras salidas de la nada que cuentan con el apoyo del público, no se dedica el Omnium a proteger a los verdaderos artistas pobres? Lo único que cabe decir en favor del Omnium es que algunos de sus directivos, que conocí en el pasado, son personas de una gran amabilidad y quizás actúen de buena voluntad, en cuyo caso es todavía más lamentable el problema.

Ya he dicho que no conozco el problema del país vasco pero imagino que será algo similar. A los que no sean catalanes ni vascos y lean estas líneas, les ruego consideren todo lo expuesto como un problema serio. Quizás ellos no hayan podido sospechar nunca tales hechos, pero tengan presente que son realidades. Yo mismo, como digo, no conozco el problema vasco suficientemente como para permitirme opinar profundamente, y, sin embargo, siempre he sentido interés por él, debido al paralelismo con lo que ocurre en Cataluña. Por ello, aquellas personas que viven en Castilla, Aragón, Andalucía, u otros lugares, no podrán siquiera imaginar la gravedad del problema separatista ni lo fácil que sería solucionarlo, y más aún, no haberlo provocado en su día. El problema separatista afecta en forma importante solo a dos regiones, pero de influencia decisiva dentro de España y por ello su problema no puede soslayarse.

En otras regiones se producen también sus problemas, y si en Cataluña el más grave es el hecho de que al regionalismo se le ha dado categoría de separatismo y se ha convertido en un arma política, en Castilla, por ejemplo, ocurre justamente lo contrario. El espíritu castellano, austero, fiel, noble, guerrero y caballeroso, inmortalizado tantas veces por famosos escritores nacionales y extranjeros, se ha ido perdiendo. El regionalismo que en Cataluña debe tener por objeto evitar que extralimite su propia naturaleza para convertirse en separatismo, en Castilla tiene justamente la misión contraria, debe despertarlo y conseguir un nuevo y profundo espíritu regional. De hecho el regionalismo no es un problema o una postura catalana o vasca, tiene su razón de ser en todas las regiones, aunque los problemas sean distintos en cada lugar.

Galicia, por ejemplo, es la región más olvidada de España. El hecho de que se halle en un extremo de nuestra geografía ha llevado a que todos se hayan olvidado de ella. Otro tanto ocurre con Extremadura, región por demás de distintas peculiaridades en cada una de sus dos provincias. El solucionar estos “olvidos” corresponde al regionalismo; es pues importante la conciencia regionalista que analice todos estos problemas que son importantes en conjunto, aunque individualmente pueda no parecerlo.

Tenemos constantemente ejemplos de problemas de carácter regional, provincial o comarcal, por ejemplo, las discusiones de capitalidad entre Reus y Tarragona, Barbastro y Huesca, Figueras y Gerona, etc., o los graves problemas comarcales. Cuando se llevó a cabo la partición provincial de España, no se tuvieron en cuenta una serie de importantes factores históricos y culturales, de ahí que La Rioja, La Mancha u otras comarcas, quedasen partidas entre varias y distintas provincias. Se olvidó el tener presente que la comarca es la unidad natural que existe en España, porque, pese a esa absurda partición, los riojanos siguen siendo riojanos independientemente de su provincia respectiva.
Todos estos problemas motivados por una artificial división de España deben ser solucionados atendiendo a los hechos humanos, históricos y culturales que concurran. La comarca y la región son las verdaderas unidades naturales, mientras que las provincias, inventos en ocasiones de trazado curioso, especie de Yugoslavias o Checoslovaquias, producto no de la historia sino del lápiz, no tienen su razón de ser, pues para nada sirven y a nadie interesan.

Desde la unidad más pequeña, la familia, pasando por pueblo o ciudad, comarca, región, nación, hasta la más grande que es la cultura europea, todo tiene su importancia. Un análisis y estudio detallado de estos problemas pondría sin duda ante nuestros ojos gran cantidad de injusticias fáciles de subsanar. Cada uno conoce las suyas, pero ignora las de los demás, por ello es necesario un criterio y espíritu regionalista que lo solucione.

EUROPA

«NO SE HABLA DE 'EUROPA COMÚN', SINO DE 'MERCADO COMÚN', Y AHÍ, EN ESOS INMENSOS ALMACENES QUE CONSTITUYEN EL MERCAADO COMÚN, DONDE LOS MINISTROS DE LOS RESPECTIVOS PAÍSES VAN DE COMPRAS, EN ESE MERCADO REPITO, ES DE FUNDAMENTAL IMPORTANCIA CONSEGUIR UN SUSTANCIAL BENEFICIO PARA LA 'CESTA NACIONAL DE COMPRA'»

En el acto V de la ópera de Wagner "Rienzi", al serle preguntado a este si alguna vez ha amado a alguien, él responde diciendo: "Yo he amado a la novia más sublime", y después de explicar todas sus virtudes termina diciendo: "Mi novia ha sido Roma". Utilizando una comparación similar, diré que si bien España es nuestra madre, nuestra novia es Europa y también añadiré, como el personaje wagneriano, que es la novia más sublime.

En el pasado cuando Marco Polo, o más recientemente Humbolt, recorrían el mundo o Europa, viajar era una hazaña; la mayoría de los seres humanos conocían la existencia de las otras naciones por relatos que se pasaban de padres a hijos, incluso los grandes ejércitos que dominaron Europa en una u otra época, necesitaban de meses para moverse de un lado al otro y así, de forma anecdótica, refiere Clausewitz, el famoso general alemán, que en un ejército de 100000 hombres que avance por un camino, la cabeza llegará a su destino el día anterior que la retaguardia. Estos fueron sin embargo problemas de otros tiempos; actualmente, no sólo divisiones, sino ejércitos y grupos de ejércitos, son movidos y transportados, no ya de un frente a otro, sino de un continente a otro, en espacio de horas y además de no muchas horas. Anteriormente, los problemas que tenía Inglaterra eran fundamentalmente "sus" problemas, pues sólo afectaban a las demás naciones en casos de guerra, pero aun así las guerras eran de unas proporciones ridículas si las comparamos con las actuales. Una guerra era sólo hasta cierto punto un problema nacional ya que había gran cantidad de personas que sólo se enteraban de ella por referencias de terceros. En esas condiciones no era muy importante el pensar en una unidad europea. A la decadencia de un imperio europeo, sucedía el resplandor de un nuevo imperio igualmente europeo.

En la actualidad, el problema es fundamentalmente distinto. Lo que ocurre en cualquier nación europea es inmediatamente un problema que nos afecta a todos, absolutamente a todos, y si en otra época seguir los acontecimientos que ocurrían en uno u otro país era una simple curiosidad, actualmente el destino de la más pequeña nación europea es fundamental y básico para el futuro de las demás. Hoy ya no existen decadencias nacionales, la decadencia acompaña a bloques enteros de naciones, y el peligro no lo constituye una determinada nación europea que reemplace a otra en su poder y predominio, el peligro actualmente es extraeuropeo, el peligro se halla en África, en Asia, y también, desde luego, en América.

Sin embargo, podríamos decir que estas consideraciones son en su totalidad de orden práctico, que se busca una cooperación europea para hacer frente a los peligros que amenazan en bloque a todas las naciones de nuestro continente, pero aunque, también por este motivo sería la unidad de Europa interesante, no es fundamentalmente el que debe prevalecer.

A mi entender, y sin duda alguna, es más perjudicial la unidad europea basada en intereses y conveniencias, que el mantenimiento de pequeños ultranacionalismos que tienden a ignorar el futuro de Europa. No creo en la Europa de los mercaderes, que quieren convertir nuestro continente en un gran bazar donde "fenicios y judíos" se enriquecen con un mal entendido comercio. Europa es mucho más que esto, mejor dicho, nada tiene que ver con esto. La unidad europea de la que hoy se habla con el "Mercado" común, no significa un sentimiento de verdadera unidad, sino una empresa comercial a nivel continental donde poder exponer las mercancías los diversos fabricantes, no ya representados por importantes industriales, sino por Ministros que van a las reuniones para "vender" o "comprar", pero en las cuales la unidad nada juega y nada importa.

El problema fundamental que debe presentarse al hablar de la unidad de Europa es el de que los problemas económicos son absolutamente secundarios. ¿Cuántas veces no hemos visto, en periódicos o por TV, noticias y más noticias en las cuales toda una nación, con todo lo que esto representa, amenazaba con tales o cuales represalias si no era concedido un especial trato al queso, a la mantequilla o, en lo que a nosotros respecta, a las naranjas? ¿Qué importancia puede tener el queso o las naranjas para la unidad europea en una "Europa común"? Pero no, no se habla de "Europa común", sino de "Mercado común", y ahí, en esos inmensos almacenes que constituyen el Mercado Común, donde los Ministros de los respectivos países van de compras, en ese mercado, repito, es de fundamental importancia conseguir un sustancial beneficio para la "cesta nacional de compra", porque aquél Ministro que consiga obtener un trato de deferencia para un determinado producto con lo cual beneficie —o puede hacer creer a la gente que se beneficia— a la nación, será recibido con fiestas y felicitaciones, ya que ha conseguido engañar a los demás europeos. Esta es la mentalidad de esa Europa de la que se habla, la Europa apolítica, arreligiosa, amoral, pero, sobre todo, comercial, porque se hallan muy lejos los días en los cuales la dignidad del hombre se juzgaba por sus arriesgadas hazañas o por su heroísmo desinteresado. El héroe de hoy día es el comerciante de las jugadas magistrales, el hombre que hace negocios y más negocios, y con cuyo beneficio se dedica a hacer todavía más negocios, para llegar a una avanzada edad, cansado, fatigado pero con un solo propósito, incrementar sus ingresos todavía más. Ese es la unidad europea de hoy, que tiene también sus héroes y sus monumentos, representados por gigantescos edificios comerciales ante los cuales el hombre se siente empequeñecido. Lo que antes significaban las iglesias, donde los hombres hablaban en voz baja, donde se sentían impresionados por las grandes bóvedas y las dimensiones gigantescas de los tempos, hoy son sustituidos por esos edilicios comerciales, esos bancos, esos almacenes, en los cuales se le pretende decir al hombre, no "aquí es el templo de Dios y tú, ser humano indefenso, eres pequeño e insignificante, y debes guardar respeto al Todopoderoso", sino que lo que se le dice es: "Tú eres un engranaje de la gran máquina, y tu misión es trabajar; si te niegas, o cuando envejezcas, serás sustituido por una nueva pieza que como tu debe callar al entrar en este templo. Aquí no eres nada, pues aquí mora el señor de todo, el combustible que hace funcionar los engranajes: el dinero".

Esta no es nuestra Europa; esto es la degeneración más completa que puede existir, el "Mercado Común" es, ni más ni menos, el separatismo despótico de los fuertes. La unidad de Europa se ha de realizar pese a lo que sea, se ha convertido ya en un imperativo categórico, pero lo que no debe jamás tolerarse es la dictadura de los poderosos. Cuando la unidad de Europa sea llevada a efecto en forma sincera, las naciones más pobres se beneficiarán, y contrariamente, las más ricas se verán perjudicadas, pero nadie se sentirá extrañado de todo esto, nadie se encontrara sorprendido, se tratará de ayudar a los países que menos poseen, y ello lo deben hacer sus hermanos más fuertes; nadie discutirá las ventajas o inconvenientes de esa unidad, porque cuando se pueda realizar tendrá que haber sido barrido previamente el sentido materialista de la vida que, frío y especulador, convierte a los hombres en seres cobardes, asustados y preocupados exclusivamente en "ganar dinero".

Quiero sin embargo decir algo que a muchos sorprenderá, y es el convencimiento que tengo de que la unidad europea es tan importante que no vale la pena regatear esfuerzos por conseguirla. Poco me hubiese importado que esa unidad la hubiese logrado César. Hoy hablaríamos latín, pero Europa estaría unida; poco me hubiese importado que la hubiese logrado Napoleón, sería una Europa con notable influencia francesa, pero sería Europa. Como tampoco me hubiese importado que la lograra Hitler; lo importante a estas alturas es la Europa Unida. Pero premisa fundamental para conseguir esa unidad es una absoluta reforma de los libros de Historia, en los cuales todos los inventos, todos los éxitos, y todos los héroes, son de la propia nación, mientras que los "enemigos" están representados de acuerdo con las conveniencias. Serán muchos, aguerridos y valientes, cuando lo que convenga sea resaltar los valores de los vencedores; serán, contrariamente, cobardes y asustadizos, si la victoria se logró con superioridad numérica. En la historia actual, lo que menos importa es la historia, lo fundamental es "barrer hacia casa", poder convertir en héroes a cuantos más compatriotas podamos, para demostrar las excelencias de

nuestra nación.
Debemos tener presente que todos los europeos tenemos un origen común, que por circunstancias especiales, en un período o en otro, han predominado unos sobre otros, pero que resulta materialmente imposible que unos hayan poseído todas las virtudes y otros todos los defectos. Los españoles hemos sido en la victoria alternativamente arrogantes unas veces y respetuosos otras; en la derrota, por otra parte, hemos sido en ocasiones héroes y en otras cobardes. Todo ello depende de las circunstancias del momento, de la razón por la que se luchaba y en general de una serie de situaciones particulares de cada instante histórico. Este mismo caso ha ocurrido en las demás naciones europeas, en unas u otras circunstancias históricas: españoles, franceses, suecos o noruegos, hemos tenido los mismo defectos y las mismas virtudes a lo largo de la historia. No podemos creer seriamente que los franceses son nuestros enemigos porque el dos de mayo de hace casi dos siglos se comportaron sangrientamente; porque si los franceses fueron en esta ocasión los “enemigos”, los españoles lo son o somos todavía en Flandes, donde iguales prejuicios históricos cierras las puertas a un verdadero entendimiento europeo. El dos de mayo, como en tantas otras ocasiones el heroísmo europeo, resplandeció en su faceta española; esos mismos soldados franceses que eran entonces arrogantes e invencibles, fueron después derrotados y supieron morir con tanto honor como el que habían en múltiples ocasiones sus enemigos, también europeos. No eran huestes salvajes que, en tanto dominan, se ensañan con el vencido, lo torturan o asesinan, y que en cuanto las circunstancias les son adversas huyen despavoridos poniendo de manifiesto su verdadera naturaleza cobarde. Muy contrariamente, lo soldados de cualquier país europeo que han sabido vencer, han sabido también perder con todo heroísmo. Podemos admirar a nuestros héroes porque estén más próximos, porque conocemos mejor sus hazañas, pero no podemos negarnos a la evidencia de que cualquier nación europea tiene en su haber una historia tan hermosa, tan grande y apasionante, como la que podamos tener nosotros.

Esto es para mí, Europa; mi novia, a la que me esfuerzo en conseguir, una novia que tiene sus defectos pero que me obstino en no ver; que tiene sus inconvenientes, pero que los ignoro; sé que me supondrá un gran problema compartir mi existencia con ella, pero que me atrae irresistiblemente porque es excepcionalmente bella. Esta debe ser la visión que es necesario tener de Europa. Y para ello debemos barrer el sentido nacionalista imperialista, y aunque debe conservarse sin duda un amor profundo y primordial hacia lo propio, es precisamente este mismo amor a lo nuestro lo que nos debe hacer comprender lo que para cada cual significa su nación. He visto en ocasiones personas que utilizaban como pañuelo una bandera inglesa y lo he considerado ofensivo. Para mí, que no soy inglés, que ninguna relación profunda he tenido con Inglaterra, nada significa su bandera, pero sé que también por ella han muerto miles de personas, sé que han sido muchos los ingleses que, perdidos en un lugar u otro de cualquier continente, se han sentido emocionados al contemplar su bandera o al escuchar las notas de su himno, por ello, aunque específicamente nada signifique para mí, admiro el heroísmo que hay tras ella, y procuro siempre guardar el máximo respeto, no sólo hacia ésta, sino hacia cualquiera de otro país europeo. No me importa en absoluto que Inglaterra tenga más o menos defectos, también los hemos tenido nosotros y los tenemos, lo importante es que, al margen de los gobiernos, que raramente en ninguna nación representan la verdadera esencia íntima del pueblo, éste está constituido por personas que, con nosotros, tienen un origen común.

Naturalmente, los defectos de las naciones resaltan más cuanto mayor es su preponderancia en el mundo. Ocurre con ellas como con los individuos, que en tanto mayor es su poder más posibilidades tienen de ejercerlo en forma inadecuada. No quiere esto decir que sean los poderosos peor que los que no lo son, digamos simplemente que sus posturas y sus acciones tienen un mayor radio de acción, razón por la cual son más conocidos. Así pues, es siempre normal que la nación europea, que de momento posee mayor poder, sea por naturaleza la que cuente con mayor número de enemigos. Hoy podríamos decir que Alemania, en el último siglo, es la nación que ha marcado y sigue marcando a grandes rasgos el destino de Europa, y de ahí que los alemanes sean entre todos los europeos posiblemente los más arrogantes; tienen una especie de superioridad igual a la que han tenido todas las naciones europeas en

una u otra época.
Cuando en Europa una buena parte de naciones, en especial Italia, contaba con una de las mayores culturas que se han conocido, cuando tenía entre sus habitantes a grandes hombres que inmortalizaron por doquier la grandeza del Imperio romano, en el territorio de la actual Alemania existía un grupo de semisalvajes que se alimentaban de raíces, perdidos en inmensas selvas oscuras e impenetrables. Quizás no sea esta una descripción exacta de los hechos, es desde luego una descripción peyorativa, pero tampoco puede negarse una buena parte de verdad en ello. ¿Cómo iba entonces a mostrarse Alemania soberbia con nadie, si no existía ni parecía posible que existiese en aquel territorio nada importante, a no ser que otra nación europea acudiese en su ayuda? Este es un hecho innegable, pero no lo es menos que en el último siglo el papel de Alemania en Europa ha sido más importante que el de las otras naciones. Pensemos en algunos nombres; en filosofía todos los filósofos, buenos y malos, han sido alemanes: Kant, Schopenhauer, Nietzsche, Fichte, Hegel, Spengler, Heidegger etc.; en música: Beethoven, Mozart, Schumann, Wagner, Schubert, Strauss, Pfitzner, etc.; en literatura: Goethe, Schiller, Kleist... Cada nación ha tenido su siglo de oro, y Alemania ha sido cronológicamente la que lo ha tenido más cerca de nuestra época.

¿Quién tendrá el siglo de oro en el siglo XXI? Es una incógnita interesante, pero entre tanto, existe este hecho evidente. Si hubiese sido España la que lo hubiese tenido, también seria posiblemente la más arrogante, como lo fue en su día. Lo que es preciso es que los alemanes, y en general todas las naciones europeas, se den cuenta de que aunque ellas en un momento determinado sean las portadoras de la cultura, lo serán después. Se debe pues vivir no en un presente inmediato, sino en la historia, en el gran ámbito de la historia, y no sentirse jamás superiores, pues basta entrar en una biblioteca, en un museo, o recorrer cualquier nación, para darse cuenta de que la cultura europea ha sido hecha paso a paso por todos los europeos, y aunque el factor tiempo sea determinante —y una visita a Grecia puede parecernos menos interesante que a otras naciones, cuyo siglo de oro se halla más cerca del nuestro— debemos admiramos y contemplar la fuerza arrolladora de las culturas y su condición hereditaria.
Siempre, indefectiblemente, se sigue una línea “hereditaria” y, los grandes hombres de una nación se nutren de los de otra para desarrollar su cultura. He ahí el punto básico en el que se demuestra en forma manifiesta que esa unidad europea exista ya de hecho desde hace años y siglos, y que ha quedado especialmente patentizada en el hecho de que Francia, nación enemiga secular de Alemania, y cuyos ciudadanos aun hoy se desprecian en forma ostensible, fue la que se nutrió de forma más profunda del romanticismo alemán; fueron innumerables los artistas franceses que, al margen de críticas y censuras, estudiaron y admiraron la obra de los grandes genios alemanes del siglo pasado, lo cual —durante las tres grandes guerras de 1870, 1914 y 1939— les creó muy serios problemas por parte de los “politiquillos” que no poseían más que reducidas miras económicas o geográficas.

Pero el factor a mi entender determinante de esa unidad, y que no puede olvidarse, es la raza. Poco importa que a lo largo de la historia esta conciencia racial, este interés incluso subjetivo de pertenecer a una raza, estirpe, o como quiera llamársele, haya sido fundamental en todas las naciones, poco importa, repito, porque la moderna propaganda ha desvirtuado hasta tal punto esta mentalidad y este concepto, que hablar de raza, aunque no se profundice en ello, constituye ya, según parece, un delito. Un falso sentido de la equidad ha sido el motivo creador de un fuerte problema racial en el mundo.

Pude advertir en una ocasión, viajando en un autobús, cómo un niño miraba extrañado a un negro, y la madre, dándose cuenta de ello, le dio un bofetón para que se comportase “dignamente”. He ahí un error básico de falsa “misericordia”. Existe la tendencia que intenta que los negros no se den cuenta de que lo son, lo cual, la mayor parte de las veces, constituye un rotundo fracaso. Existen, y han existido siempre, unas normas de educación que obligan en ocasiones a expresar las cosas de forma distinta a la realidad para no herir la susceptibilidad de algunas personas. Esto es hasta ahí tolerable, lo que resulta ya absurdo es que, como bien muestra Rostand en su “Cyrano”, digamos a una persona con enorme nariz que consideramos su nariz muy pequeña. Esto deja de ser educación para convertirse en burla y por

tanto ofende. Esto es lo que ocurre cuando se pretende decir al negro que no lo es y se procura evitar el tema.
Si un blanco viaja por una ciudad africana y los niños le miran y le señalan con el dedo, no se extrañará en absoluto, pues comprenderá que al ver a una persona distinta de ellos se sorprendan y lo comenten, pero en Europa, según se desprende de la escena descrita, pequeña e intrascendente pero altamente ilustrativa, lo fundamental es que nadie se extrañe de que un negro viaje en un autobús y que todo el mundo disimule su color o lo ignore. Ahora bien, en la época de la desmitificación, cuando todo tiende a demostrar que los grandes hombres no eran tan grandes, cuando todo tiene por objeto demostrar que la raza blanca no es tan perfecta y pura como se pretende, entonces, sorprendentemente, empieza una campaña inmensa de "mitificación" de la raza negra, aunque no, desde luego, de la amarilla ni de ninguna otra. Los japoneses siguen siendo los "malos" perversos y asesinos y lo mismo ocurre con los árabes, mientras que en revistas juveniles, periódicos, radio, cine y TV, no hay ninguna obra en la que aparezca un negro en la cual éste no sea un dechado de perfecciones. Las estadísticas publicadas cada año por el FBI demuestran el mayor grado de criminalidad de los negros sobre los blancos. ¿Demuestra eso acaso que todos los negros sean asesinos? No, en absoluto, pero tampoco demuestra ni mucho menos que todos sean buenos, puros y perfectos. ¿Por qué no dejar las cosas en su sitio y no preocuparse más? Si, como se ha demostrado recientemente, los marroquíes, negros, etc., han dado un alto porcentaje de criminalidad, en Francia por ejemplo, y también en España, es absurdo tratarlos de acuerdo con otra forma de pensar. Sabemos que entre todos estos hay personas de moral intachable; pues bien, obremos en consecuencia, la justicia verdadera debe residir en distinguir a estas personas de las otras, pero no pretender que todas son buenas, justas y perfectas, debido exclusivamente al color de su piel. Esto sí que sería verdadero racismo, un racismo antiblanco, pero racismo al fin y al cabo.

Las películas nos muestran innumerables escenas de mezcla racial. ¿Es acaso esto un reflejo de la realidad? No, es simplemente una política destinada a disminuir cuantitativa y cualitativamente a los europeos, pero no creamos ni por un momento que aquellas personas que en principio no desean contraer matrimonio con negros o seres de otras razas, son racistas fanáticos y criminales. A todas estas personas jamás se les ha ocurrido pensar en nada relacionado con el racismo, se trata simplemente de que son de otra raza e igual que el niño que en tiempo de Navidad se asusta del rey "negro", simplemente porque es de otra raza, sin tener prejuicios de ninguna especie, igualmente es lo más lógico y natural que un negro contraiga matrimonio con una negra y un blanco con una blanca.

¿Cómo no va a ser así, si comprobamos que en Cataluña, por ejemplo, donde hay más castellanos o andaluces que catalanes, la mayor parte de apellidos tienen también un segundo apellido catalán y los castellanos tienen también dos apellidos castellanos? Vemos igualmente la numerosa colonia alemana en España que se casa con gran frecuencia entre ellos —pese a su proporcionalmente reducido número— y comprobamos como sus hijos van al colegio alemán, se reúnen en círculos alemanes, los envían a pasar sus vacaciones en Alemania, etc. ¿Es esto menosprecio, odio, rencor, insulto o algo parecido? No, se trata simplemente de lo más natural del mundo, algo tan natural como el mundo mismo. Y si vemos que los catalanes se casan entre ellos, y los andaluces también, y los alemanes igualmente, ¿cómo vamos a pensar que todas estas personas los primero que piensen al ver un negro es que tienen que ofrecerle a la más bella de sus hijas? No seamos impertinentes y no humillemos a los negros, no les digamos como hasta ahora: "Hermanos negros, venid a nuestros colegios que os trataremos como si fueseis blancos, venid a trabajar con nosotros, que daremos órdenes de que nadie os mire de forma distinta y de que todos os consideren como blancos". ¿No tendría complejo de inferioridad cualquier persona que fuese tratada así?

Algo muy distinto es el explotar o tratar inhumanamente a los negros, pero tengamos presente que los que tal hacen, los que también en España ofrecen salarios más reducidos y someten a una explotación desalmada a algunos negros o moros que se hallan aquí ilegalmente, no son racistas, no hacen esto porque se trate de personas de otra raza, sino que los explotan como explotarían a un obrero blanco o,

más claro todavía, como lo explotaron en su día, o quizás como lo explotan en la actualidad. Son gente que debe ser eliminada por una revolución socialista al margen del color de su piel.
Esta forma de tratar a los negros, insistiendo una y otra vez en que son iguales a los blancos, es en ocasiones detestada por los mismos negros, un número crecido de los cuales no tiene ningún interés en ser, o parecer, o ser tratados como blancos. Ahí lo tenemos en los diversos movimientos multitudinarios de negros y blancos americanos que conjuntamente han pedido el retomo a África de la mayoría de negros de Estados Unidos, los cuales al solicitar su admisión en diversos países africanos han sido aceptados inmediatamente. Pero, pese a todo ello, el gobierno norteamericano no ha hecho nada para llegar a una solución tan fácil como ésta, y que acabaría con el grave problema racial en América. ¿Cuáles son las razones ocultas que han boicoteado un proyecto aparentemente tan interesante? Pues las razones han sido, una vez más, políticas; los disturbios raciales sirven a los intereses antieuropeos, y su supresión podría significar un nuevo curso de la política americana.

Los negros, en muchas ocasiones, no están de acuerdo con la vida blanca, ellos tienen su propia mística, lo que se desprende de una bella poesía atribuida a un niño negro que dice:

Señor, yo no quiero volver a la escuela;
haz, te lo ruego, que no tenga que ir más veces a la escuela.
Quiero seguir a mi padre por los torrentes frescos
cuando la noche flota en el misterio del bosque, donde habitan los espíritus
que ahuyentará el alba.
Quiero andar descalzo por los rojos senderos abrasados por las llamas del mediodía.
Dicen que el niño negro debe ir a la escuela, para llegar a ser un día
como los señores de la ciudad, los señores bien instruidos...
Yo no quiero ser, como dicen, un señor de la ciudad, un señor instruido muy bien, quiero despertarme
cuando allá lejos suenan las sirenas de los blancos y la fábrica
sobre el océano de cañas vomita en la campiña
como vapor anclado su negro equipaje...
Señor, yo no quiero volver a la escuela. Además, tu escuela es demasiado triste, triste como esos hombres de la ciudad, esos señores bien instruidos
que no saben danzas a la luz de la luna, que no saben andar sobre la carne de sus pies.
poniendo de manifiesto que los modos de vida son distintos, ni mejores ni peores, pero que obligar al negro a que sea blanco es más una ofensa para él que una deferencia.

El problema racial llegará a sus extremos si no se toman medidas. Los negros son, cada día más, los niños traviesos que hacen lo que quieren, pues todo les está permitido. Si en una tienda o en unos almacenes del país vasco, se pide que el dependiente hable vasco, pues por su relación con el público así se necesita, nadie encontrará la medida absurda; silo que se pide es que hable francés, por ser un lugar próximo a la frontera por ejemplo, también todo el mundo lo comprenderá; si se pide que sea una mujer, pues por la naturaleza del trabajo así conviene, nadie dirá nada; si se piensa que debe ser joven por el público que debe tratar, parecerá igualmente lógico. Ahora bien, si se pide que sea blanco pues debe tratar fundamentalmente con blancos, entonces es un descarado y abyecto racismo. ¡Absurdo!
Se está creando un culto al negro que no puede beneficiar a nadie.

En cada olimpiada hemos de escuchar por doquier los éxitos negros cien veces repetidos; ¿por qué no mencionar únicamente la nacionalidad? ¿Por qué cuando un negro gana una carrera se dice que era negro? ¿Por qué no se hace hincapié en que eran blancos los ganadores de esgrima, natación, ajedrez, tiro, tiro con arco, martillo, altura, ciclismo, esquí, escalada, automovilismo, etc., etc., donde los negros apenas participan. Pero si cuando son blancos nadie dice nada, en cuanto un nadador judío gana en las olimpiadas, ya deja inmediatamente de ser americano para pasar a ser judío, y cuando en un propagandístico campeonato de ajedrez se enfrentan dos judíos, dejan de ser ruso y americano para

pasar a ser judíos.
Lo que hoy estamos viviendo no es una campaña integracionista, sino una campaña racista antiblanca, y lo que parece imposible es que nadie se de cuenta de ello, denunciándolo. Un caso concreto lo tenemos en la guerra árabe-israelí. En tres ocasiones los judíos han invadido, contra la opinión de la ONU, territorios árabes, todas las naciones han sido conscientes de que la razón está fundamentalmente de parte de los árabes, a ellos pertenecía aquel territorio anteriormente, fueron arrojados de él miles y miles de hombres que aún hoy viven amontonados en tiendas de campaña, y todo esto se hizo sin su consentimiento y por imposición de las grandes potencias.

Podrían haber buscado para los judíos un territorio en otro lugar del mundo, pero no, los judíos reivindicaron un territorio en el que habían estado hace nada menos que dos mil años, aunque en la actualidad posean tierras que en ninguna época anterior habían tenido, —algo así como si los árabes nos exigiesen Granada en la cual estuvieron hace mucho menos tiempo—. Después de ser introducidos en ese territorio por la fuerza, los judíos invaden violenta y periódicamente los países vecinos, se muestran orgullosos y soberbios, no hacen caso de la ONU ni de los "alto el fuego", y cuando por fin los árabes descubren un arma poderosa, el petróleo, el pueblo americano prefiere pasar frío, someterse a privaciones, y sufrir las consecuencias, antes que retirar la ayuda inmensa y desproporcional a Israel. ¿Efectivamente es eso lo que piensa el pueblo americano? El pueblo americano pasaría quizás frío para ayudar a los árabes expulsados e invadidos impunemente, pero ocurre casualmente que en el gobierno americano el número de judíos es inmenso, mientras que los árabes no figuran en tal gobierno. Cabe entonces preguntarse: ¿Estos judíos, que son tratados por los norteamericanos como si lo fuesen también, cuando se trata de un problema entre Israel y EEUU, cómo reaccionan, como americanos o como judíos? Se ha demostrado perfectamente que, llegado el caso, ellos son ante todo judíos, sin importarles que Estados Unidos se vea afectado por el racionamiento de combustible, y esto creo que es intolerable.

Preguntaba una revista inglesa, a la vista del creciente número de judíos en el parlamento inglés, que cuántos ingleses había en el parlamento israelí. Ante todo debemos ser consecuentes, y si se apoya como se hace, a un estado fantasma cual es el de Israel, por lo menos debería exigirse que fuesen a él todos los judíos; lo que es incomprensible es que sólo en Nueva York haya prácticamente tantos judíos como en Israel. Una vez más, tenemos que asistir al racismo antiblanco, y también anti otras razas, a excepción de negros y judíos. Mientras la prensa nos habla del "vergel" israelí —realidad gracias a los cientos de miles de millones dados por Estados Unidos, por los judíos del mundo y por Alemania en concepto de indemnización—, nadie habla de Kuwalt, nación mucho más pequeña y cuya vida es verdaderamente excepcional, donde los seguros, la política social y la protección del ciudadano por el estado lo convierten en un paraíso más que en un vergel. Si allí estuviesen los judíos, sí se hablaría de ello, pero en tanto no sea así, nadie sabrá nada, porque no interesa que se sepa nada.
De otra manera, no se explica el hecho de que, cuando fue advertido por la prensa que, en Las Ramblas de Barcelona, 19 tiendas (creo recordar) habían sido compradas por hindúes, empezaron comentarios y protestas por este hecho anómalo, pues suponía un peligro la intromisión de los hindúes en Barcelona, mientras que hay en la Ciudad Condal unos 3.000 judíos que, desde luego, no son agricultores ni se dedican a barrer las calles, y nadie cree que pueda tratarse de ningún peligro, ni mucho menos de una intromisión. Este trato deferente a otras razas en menosprecio de la nuestra, tiene un: RACISMO.

Y precisamente porque tengo un concepto racial de Europa, es por lo que mi europeísmo llega a ser extraeuropeo. Para mí, Europa es también América, países blancos del sur de África y Australia. En definitiva mi concepto de Europa llega a todas partes donde está nuestra cultura. Allí donde llegaron los europeos y fundaron una cultura europea debe ser para nosotros como la misma Europa. Este concepto es también el de la mayoría de europeos. Toda persona que viaja a cualquiera de es-tos países de otros continentes, se siente como parte de esas naciones; así por ejemplo, no es lo mismo el Congo que Rhodesia: el Congo es algo exótico, mientras que Rhodesia es un pedazo de Europa en África, lo que

ocurre es que actualmente la gente teme a las palabras, y tiene un tremendo miedo a decir que admira las gestas de su “raza”. Raza es una palabra “tabú” que nadie osa pronunciar. Espero que llegue un día en que las palabras sea sólo eso, y que la gente tema las realidades y no las palabras. Que considere mucho más humano el imperialismo de cualquier nación en África que una independencia que trae consigo guerras, muertes de hambre, etc., y que entonces obliga a recaudar limosnas entre los países para socorrer a todos aquellos negros moribundos.

El capitalismo y el comunismo son en este punto idénticos, absolutamente idénticos, rinden culto a la limosna, a las ayudas económicas, a todo aquello que pueden proclamar que “DAN” a los demás pueblos. Sería muy justa una legislación que procurase evitar excesos o injusticias, por parte de las naciones que poseen colonias, para con los habitantes de ellas, pero lo que es absurdo e intolerable es el proclamar la libertad de todas las naciones sin ver que no son capaces de organizarse por sí solas. La ayuda que se debe dar a un pobre que pide limosna en cualquier parte es trabajo, para que sea él quien se salve de su miseria, no basta dar una exigua cantidad y así poder dormir tranquilos. El mismo caso puede aplicarse a las colonias: lo que debe hacerse es que los blancos o los europeos, o llámeseles como quiera, organicen y dirijan la vida de esas naciones hasta que lleguen a estar preparadas para un gobierno autónomo —si es que ese caso llega— y entonces que se retiren, pero no dándoles la bendición y las fábricas, hospitales, carreteras, etc., sino exigiendo que también ellos contribuyan a devolver toda esa riqueza que deben a los que les han dirigido, de otra manera siguen siendo limosnas. Las cosas deben otorgarse si a ellas hay derecho, no deben regalarse como favor. Las consecuencias de la política anticolonialista son nefastas y aunque intenta paliarlas un organismo internacional de limosnas llamado Unicef —organismo cuyos fondos por otra parte nunca se sabe a quien van a parar— los resultados son ridículos pues en realidad para lo único que sirve dicha institución, es para organizar veladas de gala en las cuales el más alto capitalismo otorgue sus limosnas a unos cuantos ni-nos negros.

Se ha llegado en este camino a tales extremos que a Luthuli le fue concedido el Premio Nobel de la Paz por su incitación a la rebelión contra el Gobierno Sudafricano. Cualquier que conozca, aunque sea superficialmente, la historia de Sudáfrica, sabrá también que a los europeos que allí viven nadie les regaló nada, lucharon día a día y formaron una nación en un territorio donde antes no había nada, ni apenas habitantes; es perfectamente comprensible que esos hombres no estén dispuestos a abandonar todo aquello por lo que murieron miles de hombres, para regalarlo a unos hombres que no son ni siquiera los primitivos habitantes. Y si se considera injusto que los negros vivan separados, debe verse también que éste es el caso de los demás países africanos donde los blancos están sujetos a segregación.
Queda muy bonito y democrático pedir la “libertad” para los negros, pero lo que nunca comprenderán los ricos y los poderosos, los que tienen de todo y en abundancia, es que lo que quieren los humildes, que lo que quieren los negros, no es sólo libertad, sino trabajo y comida. No basta con sentirse paladines de la libertad, sino que se tiene que facilitar también la comida a esos hombres, y no precisamente a base de limosnas internacionales o de donativos de excedentes, sino por medio de trabajo; se tiene que organizar su vida y sanear su economía, y puesto que los europeos tienen muchos más siglos de experiencia que los negros, ellos deben hacerlo y aunque la incongruencia demagógica de las palabras califique tal proceder de “intolerable imperialismo colonialista” no debe hacerse caso.

Son muchos, y eso resulta ya hoy día innegable, los negros que atraviesan la frontera sudafricana para buscar trabajo, para poder sobrevivir ya que sus otros gobiernos, dirigidos por hechiceros, no son capaces de mantener una organización social y política. Pero lo peor es que, como en todos los problemas actuales, hay razas o naciones de segunda clase, porque mientras se combate en forma brutal la postura de Sudáfrica, Rhodesia o se combatía a Portugal (y de momento nada se dice de Australia, pero todo se andará), nadie osa denunciar el imperialismo soviético sobre las naciones del Este, imperialismo mantenido con carros de combate y cañones. Este parece ser un imperialismo tolerable, justo o libre, pues nadie pronuncia palabra contra él, con el agravante de que todas esas naciones, mejor dicho, colonias de la URSS, sí sabían organizarse solas y podrían justamente ser libres. Pero ni a

Alemania, ni a Hungría, ni a Checoslovaquia, se les ha permitido, pese a que lo han proclamado violentamente. Nadie se escandaliza de que exista una nación que construya un muro, cerque con alambradas y nidos de ametralladoras sus fronteras, y convierta a todo un pueblo en un inmenso campo de concentración; eso, según parece, es lógico, justo y natural.

El mundo, mejor dicho, los directores del mundo, que frecuentemente no son de nuestra raza, se han propuesto acabar con nosotros y esto supone sin duda un problema grave para ese mundo. Si el nivel de vida y de cultura que existe en Europa existiese también en todas las naciones del mundo, cabría ver este problema desde un punto de vista exclusivamente europeo, pero no hay ninguna duda de que el mundo sigue necesitando de los europeos para lograr su desarrollo y de su organización para acabar en definitiva con el hambre; echarlos de todos los países es un suicidio.

Sólo de suicidio cabe calificar de alarmista propaganda de “explosión demográfica”. No existe tal “explosión” o, mejor dicho, sólo existe en unos pocos lugares de la India, China y eventualmente algún otro lugar, pero no en Europa, donde países con gran densidad de población tienen un nivel de vida muy superior a otros con un promedio notablemente inferior (por ejemplo, Alemania y España). Han sido ya varios los científicos que han asegurado que, —por lo menos desde un punto de vista económico—, las naciones con elevada densidad de población son las más ricas, mientras que las despobladas —todo ello entre las civilizadas— procuran aumentar su densidad por medio de la concentración en ciudades. Pero este no es el aspecto más importante del problema, lo peligroso es comprobar que, día a día, la propaganda alarmista sobre la “explosión demográfica” tiene resultados exclusivamente con los blancos, que por medio del aborto y de la cada vez más frecuente esterilización voluntaria, limitan sus nacimientos hasta grados verdaderamente alarmantes que hacen pensar en una regresión de la natalidad. Este problema cobra su importancia máxima en los Estados Unidos, donde mientras las esterilizaciones voluntarias y la píldora afectan a los blancos, los negros mantienen un creciente porcentaje de nacimientos, alentados por agitadores del “Black Power”, única entidad a la que está permitida en América una política racial.

Aun suponiendo que efectivamente el mundo se hallase superpoblado, constituiría una medida absurda limitar los nacimientos de los europeos quienes, en definitiva, son los llamados a resolver todos los problemas trascendentales de la humanidad, cuanto menos por el momento. Pero esta política antiblanca tiene mayor importancia si se tiene en cuenta que el mundo no se halla de ninguna manera superpoblado. Nuestra pequeña Europa, que cuenta pese a todo con uno de los más altos niveles de vida de la tierra, lleva más de 2.000 años explotando sus recursos. Las minas de carbón están agotadas, los bosques han sido talados en centenares de ocasiones, el aprovechamiento del terreno es en algunos casos angustioso, como en Holanda, donde se gana terreno al mar, Europa ha sido arruinada por sucesivas guerras y reconstruida otras tantas veces, es el continente más pequeño de la tierra y, pese a ello, podemos viajar cientos de kilómetros por una carretera tan transitada como la de Madrid-Barcelona, comprobando que la mitad de España está desierta y que, en definitiva, España podría duplicar su población sin problema alguno. Pero pensemos ahora en el mundo, en ese ancho mundo en el cual Europa no es sino una pequeñísima porción sin importancia, y comprobemos los cientos de miles de kilómetros totalmente vírgenes, las grandes selvas del Brasil, las montañas del Canadá, los grandes territorios africanos, todo ello apenas explotado, todo ello sin haber sufrido dos guerras mundiales, todo ello virgen hasta hace 400 años.

Seamos conscientes de que Europa, o los países de cultura europea, son los llamados, como ha ocurrido a lo largo de la historia, a solucionar los graves problemas que se presenten, y que, consecuentemente, toda política antiblanca será siempre nefasta para toda la civilización y para todas las razas. Europa, o mejor dicho los europeos, arrastramos pesadamente 4.000 años de historia, y ni el cerebro más inteligente podría asimilar en cursos intensivos toda esa larga y durísima historia en apenas 100 años, que es lo que media desde que los negros empezaron su civilización. Los alumnos de un colegio pueden

sentirse ofendidos y molestos con sus profesores porque son autoritarios, porque son mejor considerados que ellos, y porque tienen mayores conocimientos, pero si acaban con su profesor nada habrán ganado: acabar con él es lo fácil, lo difícil es intentar aprender y superarlo.

Naturalmente estos problemas, esta decadencia definitiva de Occidente no la viviremos nosotros posiblemente, y por ello el sentido materialista de nuestra sociedad hace que todos se desentiendan de los problemas mediatos, para concentrar su atención en los inmediatos.

Esta es lo que a mi entender debe ser Europa. Una unidad en la cual todas las partes respeten y admiren a las demás, pero sin perder su personalidad propia, en la cual, si se hace preciso un idioma común, sea elegido entre los existentes y no entre otros sin personalidad ni historia, como el Esperanto. Una Europa en la cual se tenga conciencia de que América, Australia y países blancos del Sur de África, son también de nuestra cultura. Una Europa, en definitiva, en la que no se desee la lucha contra otras razas, culturas o continentes, sino en la cual el objetivo fundamental lo constituya la defensa de la propia raza, y cultura, para evitar así esa pérdida progresiva de conciencia europea a la que nos llevan los “mercaderes comunes”.

UN ARTE PARA EL PUEBLO

«EL MAYOR ERROR DE NUESTRA ÉPOCA LO CONSTITUYE LA AUTOSUFICIENCIA DE LOS QUE SE CONSIDERAN LA ELITE INTELECTUAL DE LA HUMANIDAD...
ESTAS CLASES DIRIGENTES HAN QUERIDO CREAR SU PROPIO ARTE, UN ARTE QUE NO ESTUVIERA AL ALCANCE DE NADIE Y, CONSECUENTEMENTE, CUANTO MÁS ABSURDO Y CONFUSO, TANTO MEJOR PARA ELLOS, PUES ASÍ PODRÍAN SER CONSIDERADOS COMO LOS ÚNICOS SERES CAPACES DE ENTENDERLO. SÓLO ASÍ PUEDE EXPLICARSE EL CRECIENTE AUGE DE UNA SERIE DE TENDENCIAS 'VANGUARDISTAS' QUE SON, EN PRINCIPIO, ANTIPOPULARES, TENDENCIAS QUE REPUGNAN AL PUEBLO».
(fragmento Monumento al Dr. Robert).

El arte, para serlo, debe llegar al pueblo, debe ser del pueblo, Esta es la premisa fundamental para que una obra de arte tenga el carácter de tal. Puede parecer incongruente esta afirmación, puede parecer absurda y falsa, pero lo que es evidente es que existe una lucha encarnizada entre la intelectualización del arte y su socialización. No pretendemos aquí convertir el arte en un instrumento de la política, éste es un objetivo manifestado reiteradamente por los comunistas, por el compositor Shostakovitch, por ejemplo, quién afirma que la música debe servir en la lucha contra el capitalismo. No me refiero ya a que el arte deba servir de arma en la lucha política, pero lo que sí es sin duda misión fundamental del arte es el crear una conciencia socialista. Para mí, el arte figura en la cima, es la culminación de la creatividad del hombre, y no debe rebajarse a ser utilizado como simple propaganda electoral; puede reflejar, en ocasiones, hechos políticos y continuar siendo arte, pero fundamentalmente será el artista quien, extrayendo el valor supremo de un acontecimiento político, lo convertirá en arte; lo que es absurdo es pretender que sea el político el que elija el tema. Entonces no pasará de ser un folleto más o menos ilustrado que puede tener un valor publicitario, pero nunca artístico.

Este es el caso de infinidad de producciones artísticas soviéticas, en las cuales se aprecia a simple vista que carecen de toda profundidad. Al artista no se le puede imponer un tema, él elegirá un tema político sólo cuando a su vista éste haya cobrado una significación eterna, cuando haya abandonado el terreno de lo estrictamente actual para pasar al futuro, para entrar en la historia. Quiero, pues, dejar claro que no pretendo que el arte se someta a la dictadura de la política. El arte debe ser ante todo popular, debe llegar del artista al pueblo sin mediar ningún crítico que le explique a éste su significación. Si el gobierno es también popular, el arte servirá a los objetivos del gobierno aún sin ser político, pero si, por el contrario, el estado es clasista, oligárquico o plutocrático, el arte, por su misma naturaleza, estará en oposición, aunque pueda no aparentarlo.
Podríamos decir que el arte “queda”, mientras todo lo demás desaparece. Existe una historia que igualmente permanece, pero lo real, lo tangible, lo palpable que sobrevive al tiempo, es el arte, y su importancia es fundamental, básica y determinante en una revolución socialista europea.

Las distintas épocas de la Humanidad han sido marcadas siempre por el arte que se desarrolló en ellas. Existe un romanticismo, un renacimiento, o un clasicismo, pero no existe ninguna denominación que caracterice a una época y que tenga su origen en la política, el ejército, etc. Podemos, pues, decir que la política, el ejército, y, en definitiva, las demás organizaciones presentes, están destinadas a sentar las bases adecuadas para que el arte se pueda desarrollar en todo su esplendor, y así, como ocurre con Grecia o Roma, se admirarán en el futuro, no sólo del arte producto de esa época, sino también la organización social que lo hizo posible. Eran épocas en las cuales el arte estaba permanentemente identificado con el pueblo.

Este es el fundamento. El arte debe ser popular, debe estar al alcance del pueblo, como ha ocurrido en épocas anteriores. Es curioso constatar que, mientras hace algunos siglos las obras de teatro de los más grandes de la literatura universal eran representadas en los pueblos ante gente que no sabía leer ni escribir, actualmente esas mismas obras, que gozaron en su día del favor de un público popular y mayoritario, han desaparecido de los escenarios y han quedado reservadas a los “intelectuales” especie de plaga que asola el mundo.

El mayor error de nuestra época lo constituye la autosuficiencia de los que se consideran la elite intelectual de la humanidad, de esta gente que por medio del dinero o de su nacimiento, han adquirido una posición preponderante, que dispone de hermosos títulos, y que desea por todos los medios impedir que triunfe la idea socialista revolucionaria, pues sabe que con ella pronto acabaría su predominio. Estas clases dirigentes han querido crear su propio arte, un arte que no estuviera al alcance de nadie y, consecuentemente, cuanto más absurdo y confuso, tanto mejor para ellos, pues así podrían ser consideradas como los únicos seres capaces de entenderlo. Solo así puede explicarse el creciente auge de una serie de tendencias “vanguardistas” que son, por principio, antipopulares, tendencias que repugnan al pueblo.
Decía Quevedo —creo recordar— que los que no saben leer poseen únicamente sus propios errores, mientras que los que si saben, poseen además los de los otros. Esta es sin duda una afirmación auténtica en nuestra época: Se ha dado cultura al pueblo y se ha entendido por tal que supiese leer y escribir, pero no se le ha dado nada bueno para leer ni se ha intentado que escriba nada interesante. Esos grandes señores, los intelectuales, la pretendida elite de la humanidad, miran a sus pobres vasallos, y les dicen: “Rendidnos pleitesía, pues gracias a nosotros sabéis leer”; pero para evitar que el saber leer se pudiese convertir en peligroso, procuran, paralelamente a la enseñanza, irles facilitando lecturas banales y vacías, pues podrían descubrir el gran fraude de que son objeto.

El obrero, el campesino, sabe leer, pero se han acabado ya las representaciones de Calderón, de Lope o de Tirso, y han sido sustituidas por películas de tiros y aventuras, sin contenido y sin valor artístico alguno. Esos señores paternalistas y condescendientes han dicho: “El pueblo pide “panem et circenses”, démosle lo que pide”. Esta es la única mentalidad que prevalece en nuestra época, evitar a toda costa la elevación cultural del pueblo al que se ofrecen muchas carreras profesionales, pero al que se le cierran los caminos hacia la creación artística.

Así pues, no debe sorprendernos la enorme decadencia que acompaña a las producciones artísticas de nuestro tiempo, algo que debería ser tanto más sorprendente por cuanto hoy día se dispone de una mayor riqueza, y la educación está al alcance de un mayor número de personas. Hagamos notar que, mientras la vocación militar o religiosa está al alcance del pueblo, que sabe que en mayor o menor grado tiene la vida asegurada en ambos casos, esto no ocurre en lo que a la vocación de artista se refiere. Hoy día, ser artista exige una voluntad, una vocación y un espíritu de sacrificio mayor que cualquier otra actividad humana, y —de ello no cabe duda alguna— sólo está al alcance de los ricos, y casi siempre de los muy ricos.
Si una persona del “pueblo” desea estudiar una carrera, el esfuerzo realizado por la familia para posibilitárselo será compensado en el futuro por unos mayores ingresos, y aunque no ejerza en su especialidad
—caso muy frecuente entre la gente humilde que estudia carreras—, un titulo de médico, abogado, arquitecto, ingeniero, etc., será siempre lucrativo, pero... ¿Qué conseguirá una persona que asegure ser músico, pintor, escultor o poeta? Si una persona humilde desea realizarse —palabra hoy muy en boga— en el campo de la escultura, su porvenir será incierto, y posiblemente nunca a lo largo de su vida le será posible esculpir sobre mármol, pues muy difícilmente podrá adquirir un bloque para su trabajo; silo que prefiere es dedicarse a la pintura, entonces acabará haciendo retratos —si está facultado para ello— a 500 pesetas cada uno; si su vocación le lleva a la poesía, tendrá inmensas carpetas y libretas llenas de versos, dramas y escritos, pero jamás verán la luz, si no se los edita él mismo; y si es la música el campo

elegido, podrá aspirar, como mucho, a conseguir alguna plaza de instrumentista en alguna de las orquestas españolas, pero tendrá que hacer compatible esta actividad con otra que le permita ganar suficiente para mantener una familia y, desde luego, que no se le ocurra componer nada, pues nunca lo verá estrenado o, en el mejor de los casos, será interpretado una única vez en su vida. No es necesario hablar de escritores o arquitectos, pues éstos, aunque posiblemente encuentren trabajo, no podrán hacer nunca lo que deseen, ni escribir lo que les plazca, siempre estarán condicionados por el editor en un caso o por el cliente en el otro. El que todas estas profesiones exijan —como la música por ejemplo— 10 años de trabajo y estudios, carece, según parece, de la más mínima importancia. Un ingeniero técnico necesitará menos de la mitad de años, pero estará mucho mejor considerado. Este es un problema de nuestro tecnocrático mundo, al que lógicamente sólo interesa la técnica.

Pero ese nuestro mundo actual, pese a la desalmada tiranía que ejerce sobre el pueblo, al que niega toda posible superación, y al que limita sus posibilidades al único y exclusivo campo de la técnica o el comercio, tiene por otra parte la pedantería de hablar del “pueblo”, de alabarle y de admirar sus canciones, costumbres, etc. La palabra “Folk” se ha convertido en un concepto en el que cabe todo: canciones de safari, melodías de encantador de serpientes, ruidos selváticos, o danzas guerreras de los antropófagos. La medida que se utiliza para determinar si una obra es o no “Folk”, es muy sencilla: Si es ruidosa, vulgar, intrascendente, simple, mediocre o, en el mejor de los casos, pasable, entonces es “Folk”; pero una obra de Beethoven ya no puede ser del pueblo, tiene que ser de esa elite que he mencionado, pues es bien sabido —por lo menos eso quieren hacernos creer— que el pueblo es incapaz de concebir nada elevado ni superior.

La realidad está muy distante de esto. Las canciones populares, “Folk”, en ocasiones tienen una riqueza melódica excepcional, son verdaderas obras de arte; su autor, desconocido, podría haber sido un Beethoven o un Mozart, de haber contado con los medios. Esos autores de canciones “Folk” son como la fruta verde de un árbol que nos puede parecer buena, pero que seria mejor si esperásemos a que madurase. Desgraciadamente, la gente que vive de la tierra, que tiene que sacrificarse para subsistir, no dispone ni de tiempo ni de conocimientos, y así pues no puede madurar nunca. Los grandes genios, sin embargo, si pudieron madurar, dispusieron de los medios para poder seguir más adelante, pero, tengámoslo presente, son fruta del mismo árbol, son fruto del mismo pueblo; de no haber dispuesto de los medios, hubiesen sido fruta verde, y se hubiesen tenido que limitar a sus creaciones “Folk”. El arte se asemeja a un río, y los conocimientos técnicos son los afluentes. No hay ninguna duda de que los afluentes aislados carecen de valor: el río, en cambio, sin esos afluentes, sí tiene un valor, pequeño o incluso minúsculo, pero lo tiene. El río que carece de afluentes llega al mar lentamente, sin fuerza y casi seco, pero llega. Esto es la canción “Folk” o el arte “Folk” (el verdadero, se entiende), un río sin afluentes, y por ello de inferior fuerza a otro que si los tiene, pero la genialidad puede hallarse también en él, prueba de ello es que compositores de la talla de Wagner o Weber —entre otros muchos— han tomado en ocasiones temas populares, temas “Folk”, para algunas de sus más geniales óperas o dramas, convirtiendo así a ese río pequeño en uno de mayor caudal. Esos artistas han sabido añadir a esas obras pequeñas lo que les faltaba y elevarías a una mayor categoría.

Tengamos presente siempre que entre las obras populares las hay de gran categoría, no todas lo son, pero si existen algunas excepcionales; también es necesario tener en cuenta en todo momento que contrariamente, entre las obras presentadas como de “arte”, las hay que no lo son. Todos formamos parte del pueblo, y tanto Shakespeare como Beethoven, Rembrandt como Bernini, son parte de ese pueblo.
¿Por qué en Roda de Isábena se enorgullecen de contar con un fragmento de una obra del “maestro” de Tahull? ¿Por qué nos admiramos ante esas docenas de Iglesias románicas del Valle de Arán, distintas todas ellas? Todas esas obras de las que nos admiramos, son obras “Folk”, pero al propio tiempo son obras de arte, y así también las obras de Wagner son obras de arte y, al propio tiempo, son obras “Folk”, por nacidas del pueblo.
Esto no quieren empero verlo los intelectuales de nuestro tiempo, que recogen como música “Folk”

cualquier cosa, a condición de que carezca de calidad; sólo muy de tarde en tarde, podemos escuchar obras de verdadera talla debidas a artistas populares, pero esas obras las encontramos mezcladas entre otras propias de las selvas africanas. Siempre se habla del "pueblo" como algo ajeno a nosotros, como si se tratase de un árbol, como si fuese un elemento estático, sin vida y sin alma, al que debe admirarse, pero del que no formamos parte. Siempre se quiere distinguir una elite y separarla de ese "pueblo", que debe seguir tan ignorante como se pueda.
Ocurre entonces que el pueblo, las clases menos formadas culturalmente, sumamente modestas y sin ambición alguna, reconocen e incluso respetan a todos estos que se vanaglorian de ser los señores del arte, los únicos que aprecian, sienten y comprenden el arte actual.

Esto refleja en sí mismo un verdadero complejo de inferioridad. Los hombres que hoy forman la intelectualidad son conscientes de su inferioridad, de su poca categoría, procuran en todo momento desprestigiar lo pasado, llamar reaccionarios a todos los que admiran las grandes obras de arte anteriores a nuestra época, gente que —incapaz de crear nada propio— se dedica a modificar, arreglar y corregir, las obras de los genios del pasado. ¡Como si Shakespeare, Calderón, Cervantes o el propio Wagner necesitasen a nadie que les corrigiese sus obras! . Pero tal hacen estos presuntuosos sabelotodo: cambiar las obras, retorcerías, suprimir los decorados y hacerlas lo más pesadas posible, y, entre tanto, por otro lado, procurar hacer nuevas creaciones estrambóticas y grotescas, todo ello encaminado a aburrir al público, para ser al fin una minoría inteligente que se precia de entender todas esas barbaridades y formar parte de la santa mafia de los criticuelos del arte.
Cuanto más inferior es un maestro, tanto más evita que sus alumnos puedan aprender. No quieren verse superados por sus discípulos. Contrariamente, aquél que tiene conciencia de su valía, no desea otra cosa que tener la oportunidad de enseñar a los demás todo cuanto él conoce, a fin de que sus alumnos puedan ir más lejos de donde él ha llegado. Así hoy los pseudoartistas del presente tienen dos objetivos fundamentales: Difundir su propio ¿arte?, y evitar que sea conocido el de los que no piensan como ellos; para este fin se han atraído a su lucrativo campo a la mayoría de críticos y comentaristas. Ninguna prueba más palpable de su inferioridad reconocida, que el desprecio con el que tratan a otros artistas de su misma rama profesional, pero que mantienen un concepto distinto de lo que es el arte. Los pseudoartistas de hoy odian cualquier manifestación de arte que pueda abrir los ojos al pueblo, pues saben que si bien éste ha dejado de ir a los museos, a los teatros y a los conciertos, volvería a unos y otros si se comprobara que existe un verdadero arte, propio de nuestro siglo, y que nada tiene que ver con las mamarrachadas de costumbre. Y entonces, dándose cuenta de haber sido miserablemente engañado, tomaría éste las soluciones drásticas oportunas para terminar de una vez para siempre con ese fraude inmenso del arte antipopular, del arte burgués, del arte intelectualizado, o del arte moderno (?), como sorprendentemente se le conoce.

No hay ninguna duda de que nuestra época necesita una revolución cultural, pero no como la de Mao, que es de hecho una revolución anticultural. La revolución maoísta, que se dedica a quemar los libros del pasado, a destruir monumentos históricos, etc., es igual al pataleo del niño tonto de la clase que no sabe otra forma de ser igual a los de más que destruyendo sus libros para que todos sean necios como él. Muy distinta es la revolución cultural que hay que hacer. Nosotros no queremos destruir nada, lo único que pedimos es una igualdad de oportunidades. Si los compositores ruido-cafónicos desean celebrar sus semanas de Nueva Música, como hacen en Barcelona, no pretendemos que se les prohíba, lo único que pedimos es que las mismas cantidades considerables de dinero que se pierden ahí, sean también invertidas para dar a conocer a los buenos compositores de nuestro siglo, muchas veces injustamente olvidados; no nos oponemos a que los "escritores" actuales representen sus fantasmadas a un público indulgente, tolerante y pacificado por la servil crítica, queremos que las obras de Calderón, Lope y, lo que es muchísimo más importante, las de muchos autores contemporáneos que navegan en otro barco, gocen de la protección y apoyo de que gozan ésas, en su mayoría, necedades, que se representan, o esos bodeviles, o como diablos se diga.

Otro tanto podríamos decir de los demás campos artísticos. La revolución cultural debe existir, pero una verdadera revolución, que no tenga miedo al pasado, que no destruya lo pasado por envidia, una revolución en suma, y no una regresión cultural, a lo comunista o a lo capitalista, donde el resultado que se busca es una pintura de Altamira, o mejor, una mala copia de las pinturas de Altamira y similares.
El conseguir que el arte llegue al pueblo es, para mí, el objetivo más importante de un gobierno y el fin de toda ideología política, pero para conseguirlo, es premisa indispensable solucionar una serie de problemas intermedios de orden práctico que tienen importancia fundamental.
Pero aunque reconozcamos que deben solucionarse antes una serie de problemas básicos, cuales son comida, casa, trabajo, etc., tampoco debemos pretender iniciar el trabajo de una revolución artística una vez terminados y solucionados los otros problemas más acuciantes. Nuestra época está caracterizada por un profundo materialismo. Ciertamente, hay sectores españoles en los cuales su primer objetivo es conseguir el diario sustento, pero, especialmente en las ciudades, se plantea frecuentemente un problema diverso.

Me decían hace algún tiempo que antes de la guerra los trabajadores llevaban alpargatas y trabajaban muchas horas, pero desconocían el pluriempleo. Deseaban disponer de su ocio y, sin televisión ni otros inventos, gustaban de pasear, visitar museos, y escuchar conciertos; ignoro si esto es cierto, pero, de serlo, sería verdaderamente ilustrativo. Este debe ser el objetivo, conseguir que la gente tenga una necesidad espiritual, y que en ocasiones la sobreponga a sus necesidades físicas. Se argumentará que esto es imposible; en primer lugar, actualmente ocurre ya, aunque desgraciadamente no sea el arte, sino el cine de aventuras y las películas de igual tipo, el objetivo, y en segundo, puedo decir que he conocido trabajadores, obreros y peones, que hacían esfuerzos económicos considerables para poder asistir a la ópera, espectáculo que el mundo capitalista ha puesto en manos de la burguesía, pero que en su origen había sido exclusivamente del pueblo. La tecnocratización de nuestra época ha llegado a las capas más humildes, y así se comprende que se emprenda una campaña de alfabetización, aunque suponga un enorme gasto, pero se considera un despilfarro cualquier medida que tienda a difundir entre el pueblo el arte. Personalmente, prefiero mil veces un pueblo que no sepa leer o escribir (el padre de Ricardo Wagner era poeta aunque no sabía escribir), que un pueblo que sabe leer pero que toda su sabiduría se pierde en fotonovelas, periódicos deportivos, y novelas baratas en precio y contenido. Lo importante no es saber leer sino saber qué leer.
Esto puede parecer una herejía, y de hecho lo es para un mundo que juzga todo problema desde el punto de vista materialista, pero no para mí. Puede ser absurdo, pero tengo una inaudita confianza en el pueblo, en ese pueblo al que hoy se llama “base” para no ofenderle, pero al que se trata como la peor chusma de todas las épocas. Tengo una confianza indestructible en ese pueblo, precisamente porque me siento parte integrante de él, porque no lo miro por encima del hombro con desprecio, porque no me dedico a fotografiar rostros curtidos y arrugados para presentarlos en concursos como “tipos humanos”, porque no me contento con mirar las costumbres de ese “pueblo” desde lejos, y escuchar sus canciones “Folk” como si fuesen cosas de otro mundo, sino que creo que cuando se rebele contra las dictaduras que le hacen creer que es él quien gobierna su país, simplemente porque deposita un voto, podrá recuperar su grandeza.

Yo dejé los estudios en el primer curso de bachillerato, y gracias a ello pude conocer un mundo que permanece oculto a los que se someten a un plan de estudios tan extenso como incompleto, pude descubrir el arte a base de hacer un esfuerzo económico y personal extraordinario. Los libros de pintura eran los más caros del mercado, tenía que ir a las bibliotecas públicas para poderlos ver; las exposiciones estaban llenas de aberraciones neolíticas que me causaban tristeza; si quería ver un drama o una comedia de los clásicos españoles, tenía que esperar un año o quizás más —pues con tal periodicidad se representaban en Barcelona en las mejores épocas—, para encontrarme en ocasiones con versiones “actualizadas”; para aficionarme a la ópera, tuve que hacer innumerables colas en la calle San Pablo, para entrar en el Liceo y conseguir, en la mayoría de ocasiones, un lugar sin visibilidad, y pagando por la entrada el doble de la de cualquier cine; para poder ver esculturas —al margen de perseguirlas por

parques y jardines públicos, tarea difícil, pues nunca encontré guía al respecto— me veía en el mismo problema que con la pintura, otro tanto podríamos decir de las obras de los clásicos, que a excepción de las más conocidas no pueden hallarse sino en muy costosos tomos de obras completas encuadernados en piel, para no hablar de las obras de Kleist y Grillparcer, o de Bjönson y Strindberg, Gautier y Villiers, Storm y Keller, o Carossa, Brehm, Grimm, etc., que, o bien deben buscarse en grandes tomos de obras completas, o no se hallan traducidas, o, lo que es peor todavía, existen pero ninguna librería tiene noticia de ello.

Los gastos ocasionados por mis aficiones artísticas fueron muy considerables. Pude pues imaginarme el esfuerzo que debía representar para cualquier persona sin recursos el intentar aficionarse al arte. ¿De qué sirven los costosos gastos de una educación, de un colegio, de los libros necesarios para los estudios? ¿Adónde van a parar esos libros y su contenido, una vez terminados los cursos? Actualmente los estudios son simplemente una inversión. Aquella persona que tiene un título, aunque valga la mitad que otra que carece de él, cobrará siempre el doble. Estudiar hoy día podríamos decir que es “rentable”, pero casi nada más. Se consiguen unos profundos —o no tan profundos— conocimientos de nombres y fechas, pero en lo relativo al arte, en algunas ocasiones, ni tan siquiera eso, pues la música, por ejemplo, carece en la enseñanza española de una mediana importancia. Es cierto que en nuestro mundo el estudiante tiene, pese a todo, más posibilidades de aficionarse, tiene entradas gratis en museos, reducciones de precio en conciertos, etc., mientras que el joven obrero o empleado no se beneficia de ninguna de estas ventajas. Pero precisamente por tenerlas, es tanto más sorprendente la poca afición seria que se aprecia entre los universitarios, mientras que muchos obreros o administrativos ya de bastante edad, que he conocido, han sido durante toda su vida aficionados a uno u otro arte, o en ocasiones a todos.

De todas las actividades humanas, el arte es sin ningún género de dudas la superior. En él el hombre se realiza —para utilizar una vez más la sobada expresión— en forma total. La creación artística no es un hecho pasajero sino un puente sobre el espacio y el tiempo, un reflejo puro del sentimiento de una época a otra, de una nación a otra. La obra de arte es de calidad espiritual, y ello constituye su mayor valor; no está contaminada —en su esencia se entiende, pues actualmente sí— del comercialismo de nuestro mundo. Europa no está unida todavía, ni tan siquiera en cuestiones económicas y financieras, pero los artistas europeos forman ya, como bien decía Wagner, una unidad muy superior a la que buscan los mercaderes europeos.
Dijo Séneca muy juiciosamente que es absurdo hablar de la muerte como algo venidero, pues en gran parte es algo ya pasado, y recomienda por ello aprovechar cada minuto que pasa. Ciertamente, todo día que pasa, toda hora que transcurre, ha pasado ya al dominio de la muerte, no puede volver y es imposible recuperarla. Por ello no puede nadie permitirse el lujo soberano de perder el tiempo. En una época como la nuestra, en la cual el tiempo se dilata por medio del progreso, permitiendo hacer en semanas lo que antaño hubiese necesitado siglos, hemos de poner manos a la obra para detener la decadencia de nuestro mundo y, sacándolo del mercantilismo, elevarlo a las más altas esferas del arte.

El objetivo final de todo estado debe ser, pues, el de elevar el nivel del pueblo y no el de conseguir una igualdad al más bajo nivel posible. El que haya unos pocos hombres geniales que destaquen sobre los demás no puede ser jamás ofensivo, al contrario, pues si admiramos “ese algo superior, nos elevamos hasta él, y al reconocerle demostramos llevar ese mismo espíritu superior dentro de nosotros”, en palabras de Goethe. Si ese espíritu superior crea un arte que es popular, es precisamente porque forma parte del pueblo. Por si solo, desligado de su pueblo y de su historia, hubiese sido incapaz de crear ninguna obra de arte, pues cuanto hace es fiel representación del pueblo al que pertenece, es el “enviado”, el “representante” de ese pueblo. ¿Qué razón podría impulsar a un artista a crear sino el convencimiento de que lega a su pueblo y a la humanidad un tesoro inapreciable? Los artistas de hoy que en lugar de crear obras de arte las fabrican, buscan exclusivamente el lucro y justamente la riqueza no se halla en manos del pueblo sino de una minoría capitalista, por ello su arte (?) no busca al pueblo sino a la

riqueza.

Es fundamental reconocer que tenemos prisa, que la misión que tenemos que realizar es urgente, y por ello debemos poner manos a la obra, teniendo siempre una confianza indestructible en el porvenir y en los pueblos de nuestra misma cultura que deberán hacer todos juntos la revolución artística. Escuchemos apasionados las palabras del genial músico Franz Liszt y compartamos su entusiasmo: “Han muerto los dioses, han muerto los reyes, pero Dios vive eternamente y las naciones resurgen: no desesperemos pues del arte.

“Desterremos toda duda: pronto oiremos sonar en los campos, en los bosques, en los pueblos, en los arrabales, en las salas de trabajo y en las ciudades las canciones nacionales, políticas, melodías e himnos compuestos para el pueblo, enseñados al pueblo y cantados por el pueblo, ¡sí, cantados por los obreros, por los jornaleros, los artesanos, por mozos y mozas, hombres y mujeres del pueblo!

“Todos los grandes artistas, los poetas y los músicos contribuirán a este tesoro popular de armonías que se rejuvenecerá constantemente. Todas las clases se fusionarán al fin en un sentimiento común religioso, admirable y sublime.

“¡Aparece pues, época magnífica, en la que se desarrollarán y se perfeccionarán todas las manifestaciones del arte, en la que el arte se elevará hasta la perfección suprema y como vinculo fraternal unirá a los hombres en un milagro encantador!

“¡Ven, o hora de la salvación! en la que los poetas y los artistas olvidarán al “público” y conocerán la divisa: ¡la nación y Dios!”.

LA MUJER

«LO QUE CONVIENE A LA FUTURA REVOLUCIÓN SOCIALISTA EUROPEA NO ES SÓLO EL VOTO DE LA MAYORÍA DE LAS MUJERES, SINO ANTE TODO LA ADHESIÓN DE UNA MINORÍA COMBATIENTE PERO AL PROPIO TIEMPO FEMENINA».

(fragmento), de Botticelli.

Alguien dijo que si la mujer fuera igual al hombre sería hombre. Considero este simple y jocoso razonamiento como el más válido de los posibles, pues la verdad que encierra es tan sencilla y llana que no es necesario complicarse buscando retorcidas explicaciones.
Es un problema típico de nuestra “discutidora” época, el querer encontrar problemas en todas partes, el discutir cualquier asunto por evidente o intrascendente que sea. Lo importante es intentar mostrar la personalidad por medio de diversas matizaciones para llegar a la discusión, paraíso para los vagos, embaucadores y demás.
Hay épocas en las cuales existen unos principios éticos y morales que son idénticos e indiscutibles para todos. En esos tiempos, con distintas palabras, se quiere decir siempre una misma, única e invariable cosa. La discusión no existe. Nuestra época es justamente la contraria. Una misma palabra indica cosas distintas, así lo vemos con “democracia”, “sindicato”, “pueblo”, etc. Hoy estamos sometidos a la dictadura de las definiciones y las matizaciones. Surgen a nuestro paso movimientos políticos más o menos encubiertos son slogans de un indudable atractivo. “Debemos acabar con la miseria”, dicen u nos, “Pedimos justicia”,dicen otros. ¿Hay alguien que se niegue a apoyar tan justas reivindicaciones?. Y entre estos slogans o movimientos, tiene gran importancia el “movimiento para la liberación de la mujer”; naturalmente un movimiento que persigue por objetivo la liberación de lo que sea, siempre es atractivo, pero en la práctica... ¿qué significa?

Algunos pretenden que los hombres son superiores a las mujeres y, sin lugar a dudas, hay una serie de hombres muy superiores a la mayoría de mujeres, como también hay gran cantidad de mujeres superiores a la mayoría de hombres, pero... ¿qué se pretende con toda esta confusión? Se pide la igualdad pero... ¿a qué? Justamente la igualdad es fácil de lograr, se trata simplemente de buscar un término medio, aunque suficientemente bajo, para que los hombres y mujeres en general puedan acogerse a él; es decir, el objetivo es conseguir una mediocridad estable y duradera de la que no destaque nadie. Esta solución es típica de nuestro tiempo.

Creo firmemente que la esclavitud de la mujer de la que ahora quiere liberarse es un mito. Desde Juana de Arco, muerta a los 16 años, hasta Winifred Wagner, todavía viva, pasando por tantas otras, encontramos en la historia un sin fin de mujeres que han ocupado puestos de importancia dentro de las sociedades de las distintas épocas. Es posible que la mujer en el pasado tuviese más dificultades que el hombre para alcanzar estos puestos relevantes; ello producía de todas formas una selección que siempre es beneficiosa, pero en cualquier caso y en cualquier época la mujer que ha sido verdaderamente valiosa ha destacado, olvidándose la esclavitud, coacción o lo que sea.
La forma en que se trata el problema de la mujer en la actualidad es degradante para ella, es similar al que se emplea con los negros. Se quiere ser igual al hombre como el negro quiere ser igual al blanco, pero no hay duda de que quien pide la igualdad se siente inferior, tiene complejo de inferioridad; por ello, nuestra mediocre época ha convertido la palabra “igualdad” es un talismán. ¿Por qué no se reseñan simplemente los objetivos que se desean? No, lo importante no es conseguir o alcanzar determinados logros concretos, lo importante es ser igual, a lo que sea, pero igual. Juana de Arco o George Sand, nunca se sintieron inferiores a nadie; se sintieron y se sienten inferiores, y por tanto proclaman la igualdad, las que son inferiores, pero de ninguna manera las que poseen personalidad. Cuando

Schopenhauer está hablando durante cientos de páginas del hombre, criticándole en todas sus facetas y maneras, nadie se queja, pero cuando dedica apenas unas páginas a la mujer, ésta enseguida dama al cielo. Una absurda propaganda que persigue atraerse a la masa femenina ha querido convencer a la mujer de su supuesta inferioridad y 1o ha hecho justamente con sus peticiones de igualdad. No hay ninguna duda de que la mejor forma de crear un complejo de inferioridad a una persona es indicarle a otra y conminaría a ser igual a ella, al final acabará creyendo sinceramente que es inferior, aunque sea simplemente distinta.

La sociedad actual debe romper sus prejuicios, y así también los que tiene con la mujer. Pero no basta —para hacerlo— con decir: “las mujeres pueden emborracharse como los hombres”; lo que hay que proclamar es: “los hombres no deben emborracharse, igual que las mujeres no se emborrachan”, pues creo que en muchos casos sería más deseable la igualdad de los hombres a las mujeres, a fin de que el comportamiento grosero y vulgar de ellos les fuese tan censurado como a ellas. Poner como objetivo a alcanzar para las mujeres la igualdad con el hombre, me parece poca aspiración, vista la miserable situación de la sociedad actual. La mujer debería tener objetivos más elevados que la simple igualdad con el hombre.

Sin embargo, la mujer tiene en política un valor concreto: un voto. Esto, y nada más que esto, es lo que interesa a los sistemas democráticos en lo referente a la mujer ¿Acaso se han visto movimientos de liberación del jubilado sujeto a situaciones verdaderamente humillantes en muchas ocasiones? No, y no se han visto por la simple razón de que hay menos jubilados que mujeres. Cualquier grupo mayoritario de la importancia de las mujeres merecería la atención —superficial, se entiende— de los demócratas.
Porque... ¿Cuáles han sido en realidad los logros conseguidos por la democracia para las mujeres? Aparte de haberles concedido la posibilidad de tener los mismos vicios que los hombres, con igual tolerancia, también ha creado la mujer político, grosera, esperpéntica, cruel y despótica. Ahí tenemos a Golda Meir, Indira Gandhi, Rosa Luxemburg o nuestra Dolores Ibárruri, “vieja superlativa en quien la muerte dicen que está viva” en frase de Quevedo. Ha creado a la mujer politiquera, que sabe hacerlo tan mal como el hombre, y por ello vale tan poco como él, pero al margen de esto poco ha hecho en su favor. Hay camioneras femeninas, guardias de tráfico, picapedreras (según un informe de Estados Unidos), y un montón de cosas más. Contrariamente, el Nacionalsocialismo (régimen que según parece formaba parte de un basto complot para terminar con las mujeres o algo parecido), tuvo entre sus celebridades a mujeres de la categoría de la mencionada Winifred Wagner —nuera del compositor—, o Cósima Wagner —hija de Liszt y esposa de Wagner— Hanna Reisch —uno de los más célebres aviadores alemanes que pilotó el último avión que salió de Berlín—, o Leni Riefenstahl —la famosa cineasta de las olimpiadas del 36, cuya celebridad durante aquel régimen todavía está pagando hoy—. Naturalmente, todas estas mujeres que habían conseguido ser célebres en un gobierno tan supuestamente antifeminista, fueron liberadas en 1945 y tratadas igual que los hombres, fueron a parar a campos de concentración aliados, como ellos, y allí pasaron un considerable tiempo.

Estas mujeres eran célebres, pero eran al propio tiempo mujeres; incluso posteriormente Eva Perón logró ser mujer al tiempo que político. Muy distinto es el caso de las democracias y especialmente de la URSS. ¿Quién no ha visto a esas ciclistas soviéticas con piernas como troncos de olivo? ¿Quién no ha admirado a todas esas atletas, gordas y pesadas que son tan iguales al hombre que no es posible distinguir a primera vista en que se diferencian? Todos las hemos visto y... ¿es éste el ideal de la mujer? . Las mujeres varoniles son, a mi entender, tan lamentable como algunos peluqueros o modistos afeminados cuya sola visión nos repugna. No creo que deba prohibirse a la mujer practicar un deporte, al contrario, pero dudo que el lanzamiento de peso, por ejemplo, sea el más recomendable. El patinaje artístico, por ejemplo, es una actividad cien por cien femenina como, en general, la mayoría de deportes, siempre que sean practicados con moderación y en los cuales se persiga formar y no deformar el cuerpo.
El movimiento de liberación de la mujer parece haber considerado que las maneras, formas y costumbres varoniles son las mejores, por lo cual las características femeninas van perdiendo su importancia, postura

que considero absurda. Naturalmente constituye una injusticia el que mientras el hombre tiene una absoluta libertad en muchos aspectos, la mujer esté sometida a un mayor control “horario”. No puede dormir fuera de su domicilio hasta cierta edad, debe llegar temprano a casa, etc. Estas y otras cuestiones intrascendentes por un lado, pero importantes por lo que representan de coacción, son las que en parte han sido combatidas por la actual sociedad pero, como era de esperar, en forma ineficaz.
En Estados Unidos, el “summum” de la democracia, donde la mujer goza de todas esas igualdades que la hacen tan despreciable como el hombre, se calcula que se produce una violación cada cinco minutos. No creo ser ningún puritano si me permito suponer que una situación así no es en absoluto ningún ideal para la mujer. En España —contrariamente— el número de violaciones es inferior, pero aquí la mujer todavía está sujeta a esa serie de convencionalismos que he mencionado. ¿Cuál es la solución? Me parece que a cualquier persona sensata le parecería absurdo, por ejemplo, que para evitar los cada vez más frecuentes talones sin fondos, fuesen suprimidos los talonarios y se obligase a pagarlo todo en efectivo. Esto sin duda sería una solución, pero debería ir acompañada de alguna medida que asegurase que el número de robos no aumentaría y que se podría pasear por una gran ciudad con grandes cantidades de dinero sin arriesgarse a ser robado; si esto no pudiese garantizarse —por lo menos en cierta medida— sería absurda una legislación que prohibiese los talones. Esto mismo cabe decir en el problema que nos ocupa: Si no puede evitarse que una joven que camina tranquilamente por una calle sea objeto de un asalto, deberá reconsiderarse esa “libertad” que se debe conceder. Naturalmente, mi opinión al respecto no es la de mantener la situación actual, sino la de tomar las medidas para que cualquier mujer pueda caminar tranquila por la calle sin correr el riesgo de esos asaltos que bandas de navajeros gustan de realizar. Si lo que impide esa “libertad” que busca la mujer, son determinados hombres, creo que la mejor solución es recluirlos en establecimientos penitenciarios donde no pueden turbar la tranquilidad. Lo que es desde luego absurdo es coartar la libertad de las jóvenes, simplemente porque no se ha querido coartar la de determinados hombres. Mientras el hombre no sea igual a la mujer, es decir, en tanto persista la actual situación en la cual se le permite ser grosero, borracho, ir en bandas de gamberros, etc., significando todo ello —sorprendentemente— una mayor hombría, este problema persistirá. Por tanto, y en este aspecto, el movimiento que debe existir es el de “esclavización” de determinados hombres más que el de libertad de la mujer.

Lo que no puede soslayarse es el hecho incuestionable de que el número de “sietemesinos” está creciendo alarmantemente en los últimos años y que, quien más quien menos, todos conocemos media docena de matrimonios “sorpresa” con sietemesino incluido; el problema es educacional, y en tanto no se pueda convencer a los hombres de que la mujer es algo más que un simple placer físico, nada podrá emprenderse seriamente.
El mundo burgués y capitalista, en medio de su poderío del dinero y de su materialización a ultranza, ha degradado a la mujer. Desde el judío Weiniger hasta nuestros días, el camino seguido por el concepto de la mujer ha sido descendente. Mientras en el romanticismo se la idealizaba, se la consideraba incluso superior al hombre por su espiritualidad, mientras ese romanticismo quería dejar en segundo término la belleza física para resaltar las virtudes espirituales, el materialismo de nuestro tiempo ha hecho exactamente lo contrario; la mujer es hoy un conjunto de elementos físicos, única y exclusivamente, y detrás de esa fachada no hay nada. La mujer de hoy se ha convertido en un simple objeto en manos del hombre, que no ve en ella sino el medio de facilitarle una serie de apetencias físicas. En todas las revistas semanales debe publicarse una fotografía de una mujer “sexy” en portada; en el reclamo ideal y necesario, algo así como la zanahoria del burro de la noria; en el cine es imposible concebir una película sin que aparezcan una serie de mujeres “fáciles”, en todas partes es resaltada y destacada la mujer, peor en forma intrascendente y degradante. Decía Gracián que hay mujeres guapas y mujeres inteligentes, pero que es casi imposible encontrar una que reúna ambas peculiaridades. El romanticismo tuvo justamente por objeto lograr una mujer nueva que fuese una armonía de caracteres físicos y espirituales; contrariamente, nuestro tiempo actual tiende exclusivamente a acentuar la frase de Gracián. Junto a una serie de “chicas de portada” nos encontramos a otras mujeres, acomplejadas solteronas, con moño y gafas de montura negra, que descuidan su aspecto físico, pues saben que el mundo actual sólo abre la

puerta a rostros o cuerpos especialmente agraciados aunque, como ocurre en la mayoría de ocasiones, estén llenos de aire y serrín. La situación en que se ha encontrado la mujer actual es sin duda degradante. La niña tonta, aburguesada e intrascendente con lenguaje cursi y palabrería banal, pero agraciada físicamente, es el prototipo del ideal de nuestro tiempo, una mujer con la que divertirse, pero que debe tirarse después de usada.

No creemos que ningún movimiento serio de mujeres pueda aspirar a esto como un ideal y sin embargo es a lo que se ha llegado, y esa idiotización de la mujer que llega a través de todos los medios de comunicación, es lo que ha movido a los padres a tener una desconfianza tan grande como ofensiva hacia sus hijas, de las que, según piensan —y en muchas ocasiones con fundamento—, a la primera ocasión que tengan procuraran "divertirse" viéndose después abandonadas por sus amantes. Sin embargo, en cualquier caso, el problema es educacional, y el padre que es incapaz de confiar en su hija y que cree que será engañada por el primero que le salga al paso, no debe haberse cuidado mucho de su educación; se habrá limitado, como tantos padres, a trabajar, trabajar, y trabajar, para dar un "porvenir" a sus hijos, los cuales, en la mayoría de ocasiones, preferirían un más incierto porvenir y un presente más concreto, donde fuese posible ver a su familia cada día y no de forma fugaz y esporádica debido al pluriempleo.

La actual sociedad burguesa está llena de prejuicios que deben ser barridos, pero debemos tener muy en cuenta que si queremos acabar con ellos en forma eficaz es necesario buscar sus causas y hallarles solución. Actualmente, y desde un punto de vista legislativo, las mujeres tienen igualdad de derechos y obligaciones con los hombres en casi todos los países, todo lo que deben hacer ahora es ser conscientes de que ser iguales al hombre no es ningún excepcional objetivo a alcanzar. El hombre y la mujer, dentro de sus propias peculiaridades, deben tender a un perfeccionamiento, pero sin comparaciones o paralelismos que no son sino justificaciones de inferioridad.

La mujer debe mantener su feminidad, su propia personalidad e idiosincrasia, y no perderlos para ganar otra personalidad que nadie ha demostrado todavía que sea mejor. El hecho de que el Nacionalsocialismo tuviese en sus filas a importantes mujeres que contribuyeron a su triunfo, debe ser un hecho significativo y digno de tenerse en cuenta, pues si entonces tuvieron su importancia, también es mucha la que tienen dentro de los movimientos actuales.

He mencionado antes en forma resumida las actividades de las muchachas jóvenes militantes en partidos de los llamados nacional-revolucionarios, pero es necesario extenderme en este punto.

No he leído nunca en programas, manifiestos, o puntos programáticos de dichos partidos, mencionar los derechos de la mujer, ni intentar en ellos interesar su atención, simplemente estos movimientos cuentan en sus filas con multitud de militantes femeninas, casi tantas como hombres. Cuando he hablado con unas y con otros nunca ha salido a la conversación el tema de la igualdad, de los derechos, o de nada similar, ni a ningún militante varón se le ocurre pensar que su camarada femenina es inferior ni, contrariamente, a ninguna camarada se le ocurre pensar que es tratada con inferioridad o menosprecio. El polémico tema de los derechos de la mujer ni se discute; simplemente los tiene, tiene los mismos derechos que el hombre y se le exige lo mismo. Ellas se interesan en los mismos problemas sociales y políticos que el hombre. Naturalmente cuando se producen enfrentamientos violentos se mantienen a la expectativa, no se llenan los bolsos con piedras, para utilizarlos posteriormente como mazas, como hacen algunas "muchachas" (?) comunistas en las universidades españolas. Allí el frente de lucha está integrado por los más corpulentos y adiestrados militantes y como sea que las mujeres que militan en esos grupos o partidos "fascistas"no acostumbran a ser corpulentas ni musculosas, no son empleadas en la lucha física, sin embargo su labor es importante y trascendental en otros aspectos. Su trabajo es concreto y su contribución a la causa importante. Pero su mayor importancia creo que reside en su integridad moral y en su constancia. Nunca se aprecia en estas mujeres jóvenes la desmoralización que hace presa de algunos militantes en tiempos adversos, su postura sigue siendo inmutable y su comportamiento es ejemplar, dando ánimos y exhortando a todos a mantenerse en sus puestos hasta donde sea necesario. El carácter de la mujer, menos preocupado quizás por el futuro que el del hombre, hace que siempre

ponga todo su entusiasmo en la actuación presente, sin pensar siquiera que este comportamiento de hoy puede granjearle problemas para toda la vida. El idealismo, el sacrificio desinteresado, las campañas de calumnias contra ellos, y la lucha constante, es justamente lo que atrae a la mujer a estos grupos. Muchas de ellas carecen de un sentido “político” concreto, no les preocupan los medios, no se interesan por las tácticas o estrategas de lucha, simplemente se interesan por el sentido idealista que propugna la revolución defendida por todos estos partidos europeos; ve que sus militantes son jóvenes, como son jóvenes sus dirigentes, y por ello se siente integrada en un movimiento que sabe no arrastra el lastre de ideas de siglos pasados.

He dicho anteriormente que el joven es fundamentalmente idealista y que su militancia en el partido comunista obedece a su postura contra el capitalismo; este hecho —el idealismo incuestionable de los jóvenes— y el hecho importante de que sean los “nacional-revolucionarios” los únicos grupos jóvenes, íntegramente jóvenes, son los que determinan a mi entender la militancia en ellos de muchas jóvenes atractivas y femeninas, pero al propio tiempo inteligentes e instruidas, que no necesitan complicarse su existencia por medio de una actuación política tan impopular en el mundo cual es la que defienden, pero que sienten que deben actuar para defender así la cultura occidental de su progresiva decadencia.
La diferencia fundamental entre comunistas y demócratas por un lado y nacional-revolucionarios por el otro, es que mientras los primeros intentan ganar el voto de la mujer, a los segundos lo que interesa es su militancia. No hay duda de que la postura más práctica y cómoda es la primera, pues con cualquier manifiesto demagógicamente redactado se puede conseguir su voto, pero la otra postura es más auténtica y más sincera y, a mi entender, mucho más valiosa a la larga. El sentido totalitario que tienen todos estos partidos ante cualquier problema, hace que también en este aspecto no exista discriminación: la mujer que vale tanto como un hombre, es igual al hombre; la que vale más, es superior a él, y la que vale menos, inferior. Este es un hecho tangible e indiscutible, y toda la demás palabrería fácil es vulgar e inoperante; al final esto debe prevalecer.

La mujer, resumiendo, está afectada por los mismos problemas que el hombre. Trabaja, estudia, y vive en la misma sociedad burguesa que el hombre, e igual que el hombre tiene que luchar por la que podríamos llamar “redención” de esa sociedad, por su eliminación o sustitución por otra que se ajuste a los valores humanos, fundamentalmente humanos, que encierra nuestra naturaleza. La mujer tiene a su cargo en gran parte la educación de los hijos, y ya, solo por ello, su valor dentro de una revolución que desea justamente educar a las nuevas generaciones, es vital y fundamental, pero su papel va más allá de esto. Porque la mujer no es únicamente la madre, como se quiere presentar en muchos movimientos conservadores, es también la esposa, la amiga, la compañera y la camarada, la camarada que carga el fusil o que lo dispara cuando ello es necesario. No debe buscarse una mujer politiquera que grite, amenace o se comporte como tantas otras en tiempos pasados, en forma masculina, pero sí una que trabaje y se esfuerce como cualquier otro militante. Lo que conviene a la futura revolución socialista europeo no es sólo el voto de la mayoría de las mujeres, sino ante todo la adhesión de una minoría combatiente pero al propio tiempo femenina.

EL EJÉRCITO

Podrá parecer exagerado el dedicar todo un capítulo de esta sucinta obra dedicada a los principales puntos de la revolución socialista europea, al Ejército. Teóricamente, es ésta una institución consagrada, estable, y que no tiene crisis ni “aggiornamentos”; consecuentemente, nada hay que decir de él. Pero yo estoy firmemente convencido de que el papel “práctico” del Ejército en el nuevo socialismo europeo es fundamental, aunque creo deben modificarse algunos de esos conceptos hasta hoy inmutables.

Desde siempre, las razones que han sido principal causa de las guerras, han sido de orden geopolítico; se trataba casi exclusivamente de aumentar los territorios, de recuperar extensiones de terreno, y, en definitiva, de reivindicaciones de uno u otro tipo. El ejército servía también para las grandes hazañas de conquista de nuevas tierras, y, aunque el objetivo político o incluso personal de un monarca se hallase también presente, los objetivos de la guerra eran siempre limitados y, desde luego, exclusivamente nacionales.
Ya comentando la guerra franco-alemana de 1870, el conocido general alemán Moltke aseguraba que en aquel tiempo eran las finanzas y la bolsa las causantes de las guerras, y también el excepcional general Clausewitz afirmaba que la guerra era la continuación de la política por otros medios, idea muy difundida, y que el general expone y desarrolla a lo largo del primer capítulo del libro 1 de su obra “De la guerra”. Es, pues, una realidad y un hecho innegable, que la política y la guerra —o, lo que es lo mismo, el Ejército— están íntimamente relacionadas.

No podemos, pues, hablar jamás de un Ejército apolítico, pues si bien en un principio éste estaba al servicio del Gobierno, fuese éste el que fuese, no tardó mucho tiempo en darse cuenta de que ese Gobierno sin su apoyo no tenía un porvenir muy claro, y que en todo momento el que dispusiese de los blindados, seria el dueño de la situación. Poco a poco, el concepto de la misión apolítica del Ejército ha dado paso a otro muy distinto. El Ejército no actúa en política porque no se considera apto ni dispuesto a ello, pero sin embargo es el árbitro que tolera a una serie de gobiernos, quizá porque, no entendiendo o no queriendo entender de política, no se atreve a determinar el grado de valor o de beneficio que pueda proporcionar a la nación. Pero lo que sí es cierto es que hay una serie de gobiernos o regímenes a los que el Ejército no tolera, y cuando éstos aparecen, se convierte en un instrumento político, dando un golpe e instaurando un gobierno militar. Querer negar esto, cuando medio mundo está gobernado por dictaduras o gobiernos militares, constituye un absurdo.

Lo que no es posible es pretender politizar a una nación, y al mismo tiempo exigir de los militares una “despolitización”. Incluso las naciones más democráticas, en las que se supone que los militares tienen un poder secundario, han tenido en la presidencia de sus gobiernos a importantes militares: ahí tenemos a De Gaulle o Eisenhower, por ejemplo. Estos dos hombres ganaron su fama en la guerra mundial, pero aunque la lograron como militares, la continuaron como políticos. El militar y el político no pueden separarse, sería ilógico, y un suicidio, querer intentarlo. Los militares están sujetos —igual ocurre con los sacerdotes— a la misma propaganda que los demás mortales, y son tan sensibles a ella como cualquiera. Los religiosos, debido a su misión espiritual, pueden tal vez perder un poco de interés por las cosas de este mundo —lo cual sería en cierta forma normal, aunque la experiencia demuestra que no ocurre tal—, pero el militar, contrariamente, tiene por misión básica e indiscutible el permanecer alerta, considerar y estudiar, con más detenimiento que cualquier otra persona, las circunstancias políticas del momento, no sólo en su país, sino en todos los del globo; su labor exige, por su propia naturaleza, una atención extraordinaria para los sucesos de este mundo. Creo que fue Franco quien dijo que la victoria está en la mano de Dios el otorgarla, pero deja a la nuestra el merecerla. Estas palabras ilustrarían acertadamente la forma de pensar de un gran sector de militares que, pese a una arraigada idea espiritual, saben

que deben contar con elementos concretos y materiales para obtener la victoria. El militar, pues, tiene sus propias convicciones políticas, y el Ejército también las tiene.
Aunque el Ejército se considere o califique de “salvaguarda de la Patria”, el concepto no deja por ello de ser confuso. Se defiende y guarda a la patria, pero... ¿de qué?. Antaño podía encontrarse una justificación en el peligro extranjero, pero cualquier observador medianamente ilustrado podrá constatar sin duda que difícilmente puede hablarse hoy de un peligro exterior. El ejército español, más que ningún otro, pero en general todos los ejércitos europeos, son incapaces de repeler una agresión de cualquiera de las grandes potencias, y todo lo más a que pueden aspirar es a una unión de todos los ejércitos nacionales para formar un frente común. Pero aun así, el peligro no es inminente. Respecto a las amenazas entre las distintas naciones europeas, considero utópico poder siquiera imaginarlas. Mucho han de cambiar las cosas para que, volviendo sobre nuestros pasos en la historia, empiecen de nuevo los enfrentamientos entre naciones europeas. En todo caso, frente a una seria amenaza exterior, la única posibilidad de España se hallaría —e igual ocurre en otros países— en dejarse invadir, y organizar una resistencia eficaz y constante. Esta es la única manera juiciosa de evitar, en su caso, una guerra atómica. Frente a una guerra convencional, exceptuando el que ésta partiese de naciones con ejércitos de reducidas dimensiones, como países africanos, por ejemplo, muy difícil sería la defensa.

Así pues, el Ejército tiene por fundamental misión defender a la Patria, pero no de sus enemigos exteriores, sino de los interiores, y, se quiera reconocer o no, los enemigos interiores no son nunca fuerzas regulares, sino formaciones políticas de subversión. La misión del Ejército es la de combatir esa guerra revolucionaria interior que es la que actualmente existe, combatir la guerrilla urbana y rural cuando llega a producirse, y sustituir a las fuerzas policiales cuando las dimensiones del conflicto rebasan el control de las fuerzas regulares de orden. Si descartamos absolutamente la posibilidad de una amenaza exterior, y si en cambio consideramos como posible la guerrilla a la que va encaminada la actividad comunista, debemos tener desde ahora el convencimiento de que, igual que después de la guerra española el ejército tuvo que seguir combatiendo al “maquis” —fuerzas exclusivamente políticas—, deberá volverlo a hacer si la ocasión se presenta.

Consecuencia lógica de todo ello es el constatar que cualquier ideología política que contase entre sus principios básicos, y fundamentales acabar con el Ejército, podría despedirse de un porvenir político más o menos constante. Constituye un hecho innegable que el Ejército puede acabar, cuando lo desee, con cualquier gobierno, puede hacer desaparecer el régimen que sea, y sustituirlo por otro, mientras que un gobierno no tiene, ni muchísimo menos, un poder tal, debiendo aceptar el Ejército que ya previamente existe, puesto que es una constante a través del tiempo.
Así pues, el punto fundamental para conseguir una estabilidad en el poder, es contar con el apoyo del Ejército, y, para ello, es necesario politizarlo, o, cuando menos, ser consciente de que no existe en ninguna parte del mundo un ejército apolítico.

Cabría ahora preguntarse dos cosas:

1- ¿Tiene el Ejército otra función que la de asegurar el poder y mantener el orden?.

2- ¿Tiene el Ejército, por su propia naturaleza, una ideología política determinada?

A la primera de estas preguntas, es necesario responder diciendo que el papel del Ejército en una nación tiene que ser mucho más importante que el de simple vigilancia. Dije en una ocasión —lo cual me acarreó algunos problemas— que si el Ejército se limitaba a vigilar las fronteras, se convertiría en un simple guardián de parques y jardines, muy estimable, pero que no pasaría de ser eso, y que, si llegada la ocasión, un militar era muerto en combate, habría sufrido un accidente de trabajo, como el del albañil que cae del andamio, muy digno de respeto, pero exento del calificativo de “heroísmo”. Y añadí en esa misma ocasión que héroe sería el que al margen de un sueldo y una profesión luchase por unas convicciones

ideológicas, sacrificando su vida en aras de un ideal, y que, para tener un ideal definido, era menester tener también unas convicciones políticas.

El papel del Ejército es, a mi entender, muy importante dentro de una nación, pues, al margen de las detestables recomendaciones que invaden toda la península, y también consecuentemente al ejército, el servicio militar puede ser de importancia vital para el socialismo. Escribía Goethe: “El hombre debe llevar uniforme desde su juventud, para acostumbrarse a obrar en común, a considerarse igual entre sus iguales, a obedecer en masa, y trabajar dentro de un todo”. Estas palabras del genial escritor alemán resumen de forma bastante clara la labor del Ejército dentro del socialismo, pues, como bien dice, al margen —repito— de los errores que entraña siempre la práctica —mucho menos hermosa que la teoría—, los hombres, al ser vestidos de forma idéntica y ser considerados iguales, quedan sujetos exclusivamente a su valía personal. Ni dinero, ni origen, ni familia, ni trabajo, constituyen un valor apreciable, y se ven obligados a barrer igual el hijo de un millonario que el de un campesino, no existiendo trabajos dignos e indignos, y estando sujetos todos, por turno rotativo, a los mismos servicios sin que nadie se avergüence de llevarlos a cabo. Aquél que en la vida civil mandaba, ahora tiene que obedecer, y el que obedecía puede también mandar. El Ejército se convierte en un mundo aislado y separado del resto, donde nada importan las riquezas, y donde todo se juzga con igual medida, y aunque puedan existir numerosas injusticias, éstas afectan igualmente a los ricos que a los pobres, a los estudiantes que a los obreros.

Es innecesario decir que el tiempo que se permanece en filas puede servir para la educación de los menos instruidos —como ya se hace hoy— o para formar profesionalmente jóvenes obreros. Son muchos los terrenos en que se puede desarrollar una actividad eficaz, y en la actualidad son ya muchas las actividades de gran interés que funcionan, pero la labor fundamental del Ejército, además de la de mantener en el poder a los gobiernos honestos, es la de la educación socialista, faceta ésta que, por el momento, sólo puede encontrarse en dicha institución.
El Ejército, desde el punto de vista político, constituye una unidad, y así como las divisiones deben bastarse a sí mismas en una guerra y contar con todo lo necesario, incluso lo más trivial, para poder combatir durante un determinado periodo de tiempo, así también el Ejército en conjunto debe tener una amplia visión y organizarse en la paz con los elementos que en esa paz son indispensables. Debe atender a una formación militar técnica, pero acentuar también la ideológica, considerablemente olvidada últimamente, y no limitarse a los tópicos de costumbre, sino profundizar en las medidas sociales y políticas de la nación. Algunos militares españoles incluyen en diversos tratados alusiones y comentarios de carácter ideológico; tal es el caso de Díaz de Villegas, en “La guerra revolucionaria”, o de Carlos de Echevarría, en “La lucha callejera”, pero no existe ninguna obra, por lo menos que yo conozca, en la cual se aborde el tema directamente, algo así como “La guerra total” de Ludendorff, pero menos exaltada y adaptada a nuestros días.

Desde que, en 1732, Mauricio de Sajonia proponía el servicio militar obligatorio, se ha discutido mucho sobre este asunto. Existen diversas teorías, desde quienes creen que debe volverse al ejército de mercenarios y profesionales, del soldado al general, hasta los que exigen el servicio obligatorio de todos los ciudadanos, pasando por los que creen que debería echarse a suertes y cumplir el servicio militar sólo una parte de los ciudadanos. El problema tiene también, un carácter político. Si el Ejército debe convertirse, como hemos dicho antes, en una Guardia de Parques y Jardines, entonces sin lugar a dudas el sistema mercenario es el mejor, pero si, contrariamente, el Ejército sirve también al espíritu socialista revolucionario, y atiende a una formación ideológica, en ese caso el servicio militar tiene que ser obligatorio y, es más, deberían extremarse las precauciones para que nadie pudiese beneficiarse de pretendidas inutilidades. Incluso, algunos de los afectados por esas previstas inutilidades, deberían servir, si bien con especiales condiciones, durante un tiempo, aunque fuera corto, y aunque tuviera lugar en los diversos servicios.

Respecto a la segunda pregunta, relativa a la posible ideología ‘del Ejército, creo que, como he dicho antes, por su naturaleza, está más inclinado a repudiar determinadas ideologías que no a apoyar una concreta. Es posible que el Ejército acepte un gobierno democrático en tiempo de paz, pues en tiempo de no beligerancia, incluso la anarquía puede servir, pero lo cierto es que tal situación no puede durar mucho. El Ejército está organizado de forma jerárquica, todo dentro de él obedece a una jerarquía, existe constantemente un orden y una disciplina, y ello incluso en tiempos de tranquilidad. Ciertamente, durante una guerra dicha disciplina se acentúa más todavía, pero, fundamentalmente, el orden, la jerarquía y la organización, existen también en tiempo de paz; por ello creo que el Ejército sólo puede simpatizar temporalmente con un gobierno democrático, debido a la falta de responsabilidad de éste y a su procedimiento lento y pesado, siempre perjudicial en los asuntos importantes. El Ejército —como se ha demostrado en infinidad de ocasiones— simpatiza con las ideologías calificadas “de derechas”: nacionales, religiosas y conservadoras, pero creo que las inquietudes de las jóvenes promociones les llevan a interesarse también por los problemas sociales, y siendo el Ejército, como he dicho, una pieza fundamental en lo que a tarea educativa se refiere dentro del socialismo, estoy convencido de que, de una manera u otra, poco a poco, se irá acentuando su carácter revolucionario, ideológico y, en definitiva, político, aumentando considerablemente su valor, para hacer frente a las dos epidemias que asolan la humanidad: democracia parlamentaria capitalista, y democracia popular soviética, es decir, para hacer frente a la plutocracia, peligro secular de nuestra civilización.

Esta politización, que creo es fundamental en el Ejército, tiene todavía una mayor ‘justificación en la policía, pues, se quiera o no, no puede bastar la simple frase de “mantenimiento de la ley y el orden”. Si un grupo de habitantes de un pueblo pide agua —como ha ocurrido recientemente—, la forma de mantener el orden no consiste en disolver la manifestación, sino en darles agua. Sé perfectamente que los agitadores profesionales se aprovechan inmediatamente de tales manifestaciones, pero quiero decir con esto que la simple normativa del mantenimiento de la ley y el orden es una frase vacía si carece de un fondo determinado.

Mientras el Ejército y la Guardia Civil —ésta última sobre todo en las ciudades— son populares, la policía frecuentemente no lo es. ¿Por qué? Pues simplemente porque al limitarse a disolver manifestaciones de cualquier signo, sin profundizar más, y sin hacer distinciones entre una manifestación política, violenta, justa o injusta, aparecen como mercenarios al servicio del mejor postor, pues unas veces se mantienen al margen de una manifestación política violenta, y otras actúan con durísima violencia en un partido de fútbol, por ejemplo.

La policía, como cuerpo organizado jerárquicamente, debe obedecer, sin discutirías, las órdenes de sus superiores, y si en su opinión dichas órdenes son reiteradamente injustas o contrarias a sus principios, deberá abandonar el cuerpo o arriesgarse a permanecer en él desarrollando una labor en el sentido que él cree justo; pero dentro de la policía debe existir también una formación ideológica que haga comprender, a los agentes y miembros de la Policía Urbana., que si es necesario disolver una manifestación de vecinos que reclaman unos justos derechos, esta acción debe desarrollarse con un máximo de corrección, mientras que a otras actividades violentas debe responderse violentamente. La policía debe ser consciente de que está al servicio del pueblo, de que todo ciudadano merece un especial respeto y consideración, y que ningún policía puede mostrarse soberbio con una persona honesta. La formación política de la policía es indispensable, pues entonces, sea del bando que sea, se convierten los agentes en personas dignas de respeto y admiración, respeto y admiración que pierden si lo único que les mueve a actuar de tal o cual manera es su profesionalidad, es decir, el sueldo que cobran a fin de mes. En la URSS, la policía es política, y, consecuentemente, si algún día se produjese un cambio de gobierno en aquel país, la policía cambiaría también. Lo que constituye un absurdo sin precedentes es que pueda cambiar un gobierno y continuar la mayor parte de la plantilla de la policía, persiguiendo, a partir de ese momento, a los que hasta entonces eran perseguidos. Actuando así, sin distinciones ideológicas, la policía se convierte en una especie de verdugos, que, como éstos, pueden resultar necesarios, pero

siempre serán impopulares.
La policía, como ya he dicho del Ejército, debe tener sus propias convicciones políticas y actuar en consecuencia. Su labor es cuanto menos necesaria, y en muchos casos conveniente, y por ello, siendo una fuerza dentro de la nación, debe poseer unos principios políticos e ideológicos perfectamente claros. No seré yo quien pretenda decirles cuáles deban ser esos principios, pero sí puedo asegurar que es necesario que los tengan. De otra forma, caminaríamos hacia la anarquía.

LA IGLESIA

«LA IGLESIA, COMO ENTIDAD DE CARÁCTER ESPIRITUAL, DEFENSORA DE UNA MORALIDAD Y DE UNA ÉTICA, DEBERÍA DEDICAR SU LUCHA A COMBATIR LAS TENDENCIAS ATEÍSTAS, BIEN SEA POLÍTICAS, ARTÍSTICAS O CULTURALES. PERO NO PACTAR CON PAÍSES CUYAS IDEOLOGÍAS SON ANTAGÓNICAS, POR PRINCIPIO IDEOLÓGICO, CON LAS QUE LA IGLESIA SUSTENTA»

La situación actual de la Iglesia, en especial la católica, es en España de verdadera decadencia. No se trata ya de una falta de vocaciones. Pese a esta falta, sigue siendo la Iglesia católica mucho más fuerte, numerosa, potente e influyente, que cualquier otra secta religiosa de las que actúan en España, pero... ¿Cuántas veces ha llamado a la puerta de nuestra casa algún sacerdote católico con afán proselitista? Por el contrario, casi a diario invaden los domicilios particulares un sin fin de personas que sustentan ideas religiosas de dudosa popularidad y, sin embargo, una y otra vez, siguen, pese a los fracasos, insultos y chascos, insistiendo e intentando convencer — ¡y convenciendo! — a gran número de personas.

La Iglesia católica es en la actualidad un cuerpo muerto, un organismo sin vida, convertido en una oficina burocrática administrativa, dispuesta a poner cuantos más impedimentos para cualquier solicitud que se le haga. Su finalidad es la de ofrecer a los creyentes —que lo son pese a los sacerdotes actuales— misas, bodas, bautizos, comuniones, confirmaciones, etc., y alrededor de todo esto montar un interesante tinglado administrativo. Si en la parroquia, barrio o distrito, un matrimonio tiene un hijo, ningún sacerdote se preocupará de saber si se le ha bautizado o no. El niño puede estar diez años sin ser bautizado, sin que ningún miembro de la parroquia tenga conocimiento de ello. Si dos personas de distinto sexo habitan un mismo piso, realizando vida matrimonial, será la parroquia la última en enterarse, todo el barrio lo sabrá menos ella, y, cuando se entere, simplemente dirá: "una oveja descarriada", y se despreocupará. Si una persona va a Misa, pero al cabo del tiempo se cansa de las bodas que con frecuencia se dicen desde el púlpito, o le fastidia que se hagan misas con conjuntos "pop", o cualquier otro motivo similar, y deja de asistir, nadie se entera de ello, nadie irá a su casa para intentar convencerle de que vuelva a la iglesia, nadie querrá conocer sus opiniones, nadie se preocupará de sus problemas, nadie querrá siquiera intentar conseguir un respeto para con la recién abandonada religión.

Los confesionarios se convierten en máquinas de confesar, donde no existe relación alguna entre el sacerdote y el fiel que acude a él: hay unos horarios para las confesiones, otros para las misas, unas disposiciones para las bodas, etc. Si alguien desea contraer matrimonio, le basta con presentar varios testigos. Naturalmente, estos testigos no tienen que acreditar nada, simplemente tienen que ir allí y declarar lo que quieran. En la propia parroquia, nadie conoce a quienes van a casarse; por otra parte, casi nadie se casa en su parroquia. Los sacerdotes viven su vida al margen de la sociedad, hacen misas para los convencidos, hablan a los convencidos, piensan sólo en los convencidos, y como sea que a la Misa van sólo los convencidos, no pueden conseguir nuevos prosélitos. Lo que sí puede ocurrir es que algunos de los asistentes, escuchando alguno de estos absurdos y politizados discursos, decida retirarse. Las Misas son monótonas, pesadas, siempre iguales. El sacerdote, en castellano, vascuence o latín, arrastra las palabras, parece tener prisa por acabar. Las grandes misas de Beethoven, Bruckner, Mozart o cualquier otro músico, pensadas precisamente para dar realce a las ceremonias religiosas, se conservan para las salas de concierto. De vez en cuando alguien dice:
"... yo conozco a un sacerdote muy bueno...", "...Mosen tal, ése sí que es un sacerdote como deberían ser todos...", etc., etc.

En todas partes, los religiosos se asemejan a esos funcionarios tan temidos y criticados, que por suerte cada vez abundan menos, antipáticos y no dispuestos a complacer a nadie. Yo mismo, en una ocasión, para asistir a un concierto de órgano que se celebraba en una iglesia de Barcelona —Nuestra Señora de Pompeya, concretamente—, y sin saber el nombre, y no hallándola en la guía telefónica, efectué cinco distintas llamadas al obispado para preguntar el nombre, dándoles la situación y pidiéndoles el teléfono. Cinco números distintos tuve que marcar, sin que nadie me supiese dar razón ni tan siquiera se mostrase amable. Tuve que preguntárselo a un guardia urbano, quien mostró una solicitud mucho mayor, y que me facilitó el nombre de la mencionada iglesia.

Cuando en ocasiones se celebran ceremonias religiosas por las almas de Hitler o Mussolini, la Iglesia se apresura a prohibirías o a restringir su asistencia. Es decir, cuando tiene la oportunidad de reunir en una celebración religiosa a algunas de esas personas que, según la propaganda, detestan y persiguen a la iglesia, cuando pueden convencerles, aprovechando la celebración,. prefieren sin embargo no celebrar la ceremonia.
Un muy buen camarada, persona creyente y practicante, me explicaba que hace algún tiempo, el día de Navidad, mientras se hallaba rezando en una iglesia del barrio antiguo, un sacerdote se le acercó para decirle que debería marcharse porque tenía que cerrar la puerta. ¡Una iglesia sujeta a un horario, como un colmado o una peluquería!. ¿No sería más lógico que las iglesias permaneciesen abiertas día y noche, con una vigilancia, si fuera necesario, para evitar hurtos, pero a disposición de los creyentes? Cada vez aumenta más el número de creyentes que prefieren ir a la iglesia en las horas en que no se celebra ceremonia alguna; sin embargo, es frecuente que a uno le llamen la atención si está paseando o leyendo en un claustro, por ejemplo.

Esta es la situación de una Iglesia decadente, que ha perdido su afán proselitista, prueba evidente e indiscutible de su decadencia. Si la Iglesia, no corrige este ya casi irreversible proceso, desaparecerá. Mientras se limite a ser un edificio donde un grupo de personas creyentes encuentra en forma organizada y cómoda lo que busca, nada podrá hacerse.
Puede parecer absurdo que sea yo quien diga a la Iglesia lo que debe hacer, pero no quiero convencer, sino simplemente exponer un hecho que está en la mente de muchos. Si la Iglesia católica quiere, por lo menos, mantener su vigencia, ser un organismo vivo, numeroso o minoritario, no importa, pero por lo menos vivo, debe organizarse como la “competencia”, cuidarse cada cual de su parroquia, visitar a las personas que viven en su ámbito, organizar actos, conciertos, funciones de teatro, o lo que convenga —como hacen otras sectas—, y, sobre todo, preocuparse verdaderamente por los feligreses. Esta manera de actuar sacrificada y sincera, quizá no reportará beneficios ostensibles, pero por lo menos sacaría a la Iglesia católica de su actual situación de inutilidad absoluta, y podría convertirla en un organismo vivo, criticado tal vez, pero respetado.

Esta visión de la Iglesia que acabo de exponer creo que está en la mente de la mayoría y en el corazón de una considerable parte de esa mayoría. Que una institución que pierde su vitalidad está condenada a la muerte, es algo evidente e innecesario de discutir. No he querido descubrir nada, pero creo sinceramente que pese al hecho de que, hoy por hoy, persona por persona, y humanamente hablando, las iglesias protestantes y otras sectas disponen de un mejor material humano, la Iglesia que más conviene a España es la Católica. Sus principios inmutables, su disciplina, su moral, y otros dogmas, se ajustan más a la idiosincrasia de nuestra nación, a la que no convienen las posturas anárquicas, pacifistas y decadentes, de otras confesiones. Ahora bien, el hecho concreto de que la unidad religiosa sea siempre beneficiosa para un país, al evitar los enfrentamientos y divisiones confesionales, el hecho también de que la Iglesia Católica pueda aproximarse más a la naturaleza propia de los españoles, no puede ni debe significar un proteccionismo oficial que garantice, podríamos decir por la fuerza, su supervivencia. Precisamente al haber dado a la Iglesia católica el monopolio religioso en España, es lo que la ha llevado en parte a su decadencia. Creo firmemente que las creencias religiosas están tan arraigadas en el pueblo —no ya en la intelectualidad—, pero sí en el pueblo, que es lo fundamental, que ni tan siquiera en la

URSS o países dominados por su imperialismo, ha sido posible desarraigarías, pese a más de cincuenta años de propaganda y persecución. Las ideas religiosas, al tener un contenido espiritual e idealista, constituyen un beneficio indudable para los pueblos. Creo que la Iglesia católica puede ser la más conveniente para España, pero afirmo reiteradamente que este predominio debe lograrse por la lucha, por el proselitismo y por sus propios medios; tiene, en definitiva, que demostrarlo. Por ello, en este momento, para probar verdaderamente la consistencia de la idea católica, debería ser principal misión del Estado suprimir toda ayuda a la confesión católica, y sumiría así en un estado de igualdad con las otras confesiones, situación que sin duda la vivificaría y sanearía. La Iglesia Católica, en España, debido al proteccionismo estatal, se ha aburguesado. Por inercia, España es católica; todos sus grandes hombres, o la inmensa mayoría, han sido religiosos o personas de profundas creencias: Calderón, Gracián, Quevedo, Tirso, Zurbarán, Tomás Luis de Victoria, Murillo, Cortés.., pero, en la actualidad, y en líneas generales, España sólo es católica por inercia.

Esta es la postura absurda de la Iglesia actual, y la única manera de hacérsela abandonar es permitiendo a las demás confesiones —que disponen de hombres de gran humanidad— que luchen en igualdad de condiciones.

Si anteriormente he dicho que los fascistas (debido a ser grupos perseguidos) seleccionan más a sus miembros, esto mismo podría aplicarse a las diversas confesiones religiosas españolas, a excepción de la oficial, pues disponen en sus filas de fanáticos, palabra que hace ya muchos años ha abandonado la Iglesia católica. Un concepto absurdo de universalismo hace que una cantidad considerable de muy buenos sacerdotes pierda el tiempo convenciendo a salvajes, mientras que en España hay pandillas de sacerdotes cuyo carácter de tal no se demuestra en sus actos ni en sus palabras, y de los que simplemente tenemos que creer que lo sean porque tal afirman.
Mientras los negros tienen unas creencias, unos ritos, y una mística propios de su forma de ser, que les hace adoptar su propia religiosidad, los misioneros quieren hacerles cambiar su visión del mundo, e intentan que puedan emocionarse ante la visión de una catedral gótica y la música de Bach. Mientras esos sacerdotes, excelentes y sacrificados, dando sellos, comidas o regalos, consiguen atraerse a unos pocos nativos a los que civilizan —única labor efectiva y provechosa que realizan—, las iglesias españolas se convierten en locales políticos, y las ceremonias religiosas son "meetings" en los que se intenta obtener el poder político sirviéndose de la Iglesia.

El problema religioso tiene en España una vital importancia. El comunismo utiliza las iglesias para sus reuniones. Cualquier problema de reunión se soluciona siempre en una iglesia, mientras se desarrolla una propaganda continua desde el púlpito, y se va obteniendo cada día más la hegemonía, ante la inactividad delos llamados religiosos conservadores. Por otra parte, la importancia del problema religioso puede desprenderse de la especial característica de nuestro país. El Gobierno español es confesional, y la influencia vaticana es en ocasiones notoria. Como he dicho, la oposición marxista tiene en la Iglesia un elemento importante para su organización, y respecto a la oposición nacional, o anticomunista de derechas, puede apreciarse algo similar; esta última tendencia está representada en España por revistas como "Maestrazgo", "¿Qué Pasa? ", "Roca Viva", "El Cruzado Español", "Dios lo quiere", "Cruz Ibérica", y "Fuerza Nueva". De éstas —por otra parte las únicas que dentro de esta tendencia existen en España en forma legal y periódica—, todas son exclusivamente religiosas, a excepción de la primera y la última, que lo son en un cincuenta por ciento. Así pues, el problema religioso tiene en España una importancia básica, ya que todas las fuerzas en juego dentro de la política española procuran atraerse a la Iglesia hacia sus fines. Su importancia es, pues, evidentemente manifiesta, y pretender, como solución fácil, la independencia de la Iglesia y el Estado, es algo problemático y confuso, ya que siendo en la actualidad la Iglesia una fuerza política —pues como ente religioso va perdiendo fuerza— el desvincularía del Estado supone permitir que la misma se convierta en un nuevo poder autónomo y poderosísimo.

La Iglesia, como organismo que tiene como misión fundamental el cuidado de las almas, debe una

obediencia absoluta y total al Estado. No ya a un Estado concreto, sino en general al Estado como concepto abstracto. No puede ni debe permitirse la intromisión de la Iglesia en el política. De otro modo, la única solución —que ha sido duramente criticada cuando la he manifestado— sería la de considerar al Vaticano como una nación independiente, que tiene unos intereses políticos concretos, y que desarrolla una política exterior como cualquier otro país; partiendo de este postulado, debería darse pasaporte-Vaticano a todos los sacerdotes, y sujetarlos a las leyes propias de extranjeros. Creo que esta solución, con ser lógica, no interesaría en principio a ninguna de las partes comprometidas en las diversas naciones, pero llegaría a ser la única posible si la Iglesia, o algunos de sus dignatarios, pretenden seguir con su postura política claramente partidista.

En la actualidad, este proceder no sería empero desencaminado, ya que el Vaticano actúa en este momento como una nación con organización política y social. Las visitas de diversas personalidades de los países del Este al Papa, son sumamente ilustrativas, pues nunca pueden ser sinceras, dado el antagonismo ideológico entre Iglesia Católica y Comunismo. La postura de la Iglesia debería ser siempre inmutable, declarando públicamente su postura, y absteniéndose de enjuiciar problemas políticos. Pero esto no es lo que ocurre. El Papa se apresura a enviar telegramas solicitando indulgencias para procesados políticos de un determinada tendencia, pero no para los de otras, algunos de ellos perseguidos por supuestos crímenes cometidos hace ya más de un cuarto de siglo. Su actuación es casi siempre partidista y sujeta a conveniencias que no deberían afectar a la Iglesia.

La Iglesia, como entidad de carácter espiritual, defensora de una moralidad y una ética, debería dedicar su lucha a combatir las tendencias ateístas, bien sea políticas, artísticas o culturales. Pero no pactar con países cuyas ideologías son antagónicas, por principio ideológico, con las que la Iglesia sustenta.
La sumisión absoluta de la Iglesia al Estado es la única postura que debe presidir las relaciones Iglesia-Estado; sin embargo, a éste último corresponde la protección de las Iglesias y las garantías necesarias para desarrollar su labor. Si el Estado actúa de forma tendenciosa con la Iglesia, a ésta deberá corresponder pasar al plano subversivo y desarrollar una lucha —siempre religiosa— en favor de sus fines; pero en tanto el Estado garantice la celebración de cultos y el libre desarrollo de todas sus actividades, incluso la enseñanza religiosa en los colegios, ésta deberá someterse totalmente al Estado, aceptar sus leyes, respetarías, y defenderlas. Cualquier participación subversiva de un religioso en la vida política, debe ser doblemente castigada, teniendo y considerando como agravante su condición de religioso, y no —como hasta ahora— considerarla como atenuante.

LA NUEVA MORAL

«EL ESTADO NO TIENE POR MISIÓN CONTENTAR AL PUEBLO, SINO EDUCARLO, Y DEBE PROCURAR ELEVAR SU NIVEL... EL ESTADO TIENE QUE REALIZAR UNA POLÍTICA QUE TIENDA A ELEVAR AL HOMBRE EN LUGAR DE DEGRADARLO A LA BESTIALIDAD. DONDE LA NOBLEZA OCUPE LA CIMA EN LUGAR DE SER EL DESECHO».

Decía José Antonio que amamos a España porque no nos gusta. Creo que esta frase podría aplicarse, por lo menos en lo que a mí respecta, en lo referente a la política. Es muy exagerada la palabra "amar" en este caso, pero lo que sí puedo afirmar es que la política no me gusta, y que precisamente participo en ella, opino sobre ella y me intereso en ella, porque no me gusta, o, más honestamente, porque la detesto.
Los que detestan la guerra se niegan a empuñar las armas pero... ¿Acaso con ello logran sus objetivos? ¡al contrario! favorecen a los belicistas. Este sencillo razonamiento me fue imposible hacérselo comprender a un Testigo de Jehová. Le argumenté que si él deponía las armas y que si su idea religiosa se difundía en determinados países (occidentales) y no en otros (orientales), ésta era una postura claramente partidista, ya que favorecía a los que carecían de ideas religiosas semejantes. Es fácil imaginar que a los países del Este convienen los Testigos de Jehová, y no sería aventurado imaginar un apoyo moral y económico, pues la labor de los testigos o de otros similares —al margen de que tengan o no razón, de que sea una idea justa o injusta— es, desde luego, una labor subterránea de subversión en beneficio de quienes no deponen las armas.

El cristianismo, por ejemplo, fue en un principio dócil y sumiso, Cristo se dejó crucificar convirtiéndose entonces en mártir. A partir de entonces hubieron otros muchos mártires, pero más adelante, cuando contaban en sus filas con un número suficiente de seguidores que habían admirado el heroísmo hasta el sacrificio de muchos cristianos, empezó la verdadera fase que dio el triunfo al cristianismo: la espada. Se detestaban las guerras y precisamente porque se detestaban había que participar en ellas, pues si nadie hacia nada para derrotar a los belicistas, éstos impondrían su hegemonía del terror. Los cuáqueros en Estados Unidos fueron fácil presa de los pieles rojas, hasta que tuvo que reconsiderarse su postura. La actitud antibelicista era perfectamente comprendida por todos, pero hubo quien consideró que el primer paso para conseguir imponerla era acabar con los que no la compartían; por otra parte, ellos podían luchar en forma mucho más noble, dado que sus vidas no les importaban y, en todo caso, el resultado sería mayor que dejándose matar inútilmente por unos salvajes.

Quizás esta realidad sea triste, pero es realidad. Y si en el campo de la guerra es así, en el de la política ocurre lo mismo. Hoy la cuestión belicista tiene importancia secundaria, pero también vivimos una guerra, aunque sea una guerra fría; y, aunque la guerra fría no la hagan las espadas sino las plumas, las heridas que causan son tan profundas como en una guerra convencional. La guerra, pues, existe; pero —también en este caso— sus enemigos, los enemigos de la política, que es el campo en el que se desarrolla la guerra fría, se limitan a soslayaría, a criticaría y, desde luego, a mantenerse lo más apartados posibles de ella. Contemplan el panorama político como un mal necesario que consideran imposible de suprimir porque creen —muy juiciosamente además— que a su supresión sucedería el caos que deberían arreglar los "políticos", esa clase detestable que conoce simplemente trucos y recursos para acceder al poder, mcta anhelada de toda persona que actúa en política.

Sin duda yo me acogería gustoso a esta corriente y la seguirla hasta el fin. La postura es cómoda, y como sea que además es positivamente auténtica, es fácil participar en ella. La Política, la actividad más noble que existe en la humanidad, la única actividad que permite elevar a pueblos enteros a categorías más altas, que permite difundir la cultura y la moral a niveles superiores, que permite llegar a todas las

clases, que hace posible la riqueza general y la prosperidad, esa actividad en la cual tendrían que participar únicamente unas pocas personas de indiscutible moralidad, capaces y sobre todo nobles, ha sido prostituida, como tantos otros campos, o quizás más, por el materialismo, manifestado no solo en la ambición económica, sino en la de poder, que es sin duda la más detestable de todas las ambiciones. La política se ha visto prostituida por la infiltración de personas mediocres y ladinas y por el alejamiento de las que deberían haber participado en ella. Toda persona decente y honrada detesta en la actualidad la actividad política. La tecnocracia ha llegado a su máximo apogeo, y la tecnocracia es sinónimo de materialismo. La tecnocracia en política consigue beneficios económicos, pero siempre desproporcionados. Si las capas más abandonadas por la fortuna se benefician de un incremento de un cinco por ciento en sus ingresos, las clases más altas aumentan los suyos por lo menos en un 20; pero, mírese como se mire, en el aspecto económico, el capitalismo tecnocrático es en la actualidad el más beneficioso de los sistemas económicos, pues las naciones que se apartan de él no pueden lograr ni ese 5 por ciento. Ello no quiere decir, sin embargo, que sea imposible sustituirlo por otro que, sea o no sea tan eficaz, sea por lo menos equitativo. Pero en el aspecto económico siempre obtendrán los mayores beneficios los países gobernados por tecnócratas materialistas, lo cual, en el fondo no es tampoco ningún excepcional beneficio si lleva implícita la pérdida de todos los valores morales y eternos del ser humano.
Esta carrera en la cual se hallan embarcadas las naciones para conseguir el primer puesto en el concierto de las naciones, está integrada por sistemas políticos que se "dopan", que no atienden a un juego noble, sino que persiguen un objetivo de índole económica que será el que les permitirá estar entre los grandes. La realidad, sin embargo, es muy distinta. Se puede afirmar que, hoy por hoy, la riqueza que existe en occidente —y concretamente en España— es más que suficiente para todos los españoles, y que, consecuentemente, no sería incluso necesario incrementarla más; el problema es de distribución. Desaparecidas las financieras, simplificada la burocracia, y limitado el funcionariado oficial y oficioso (gestorías, notarías etc.), suprimidas las recomendaciones, eliminados los parásitos, controlados los bancos y las inversoras, etc., es decir, limitando a su mínima expresión a todas esas empresas o entidades que viven del aire, que son intermediarias, y que se nutren de hacer trabajar en su beneficio a algo que en sí carece de valor —cual es el dinero— entonces se podría examinar o replantear la posibilidad de conseguir un reparto equitativo, no igual —porque los hombres no son iguales— pero sí honesto, entregando a cada cual lo que justamente le corresponde.

Naturalmente que esto es factible, no se trata de un sueño. Se trata simplemente de hacer una revolución en la cual para beneficiar a los honrados se tendrá que buscar el perjuicio de los que no lo son. Decía Gracián que para ser uno feliz es menester que otro sea desdichado. Lo que se trata en este caso es lograr que sea feliz el que se lo merezca y no el que es indeseable.

He calificado de revolución el llevar las aguas a su cauce tranquilo y sosegado, y quizás me he excedido. Es una revolución porque los políticos o politiqueros han conseguido subvertir y cambiar el sentido lógico de la vida de los pueblos, en otro caso deberla decirse que se trata únicamente de un retorno a la lógica de la cual se ha arrancado a los pueblos por medio de una propaganda constante y sin fin. Por ello podemos afirmar que la situación que impera en el mundo es culpa de los políticos, no de unos o de otros, no de los de aquí o de los de allí, sino de todos, de todos los partidos sean de un matiz o de otro.
En un principio, la política fue invadida por Consejeros y aduladores que empezaron a gobernar a los gobernantes, la política fue perdiendo su elevado y alto sentido, y al fin los consejeros y aduladores se convirtieron en gobernantes. Esta es la política de hoy, de los mediocres, de los inferiores, de los ladinos y bribones. Son muchos los que piensan como yo, son muchos los que opinan lo mismo pero... ¿Cuántos hablan con conocimiento de causa?. Yo puedo hacerlo; puedo decir que me intereso en la política porque creo necesario en ella un saneamiento absoluto. Siempre oímos en las familias decir a sus hijos: "no te metas en política", y lo dice aquél cuyos padres fueron asesinados por las fuerzas comunistas, y lo dice el otro que cayeron victimas del otro bando. Todos repiten lo mismo, no hablan de odio, ni de venganza, lo único que han llegado a comprender es que en las altas esferas de los gobiernos no luchan entre si los representantes del pueblo, sino los representantes de distintas fracciones políticas (frecuentemente

grupos de presión económica) que buscan el poder para sí, sin preocuparse por nada más. En los parlamentos, 200 diputados de un determinado partido votan al unísono en interés de su partido: ¿Por qué entonces 200 diputados cobrando cantidades fabulosas del gobierno, es decir, pagándolas el pueblo? ¿Por qué no un solo diputado con 200 votos? ¿Por qué la política no la entiende el pueblo? Pues simplemente porque el pueblo está al margen de toda la vida política, no tiene un representante, los diversos partidos representan sus propios intereses y defienden los del pueblo únicamente cuando pueden aprovecharlos para ellos. Poder, Poder, ésa es la clave de la política.

Yo he conocido de cerca, muy de cerca, los problemas políticos, y ello me ha servido para comprender el carácter indeseable de cada uno de los grupos políticos que he conocido. Son agrupaciones de taimados movidos por intereses, tácticas, estrategias, conveniencias, etc. Siempre se ha de hablar de lo que conviene decir no de lo que se debe decir, hay cosas ciertas que conviene ocultar y otras falsas a las que conviene dar publicidad. Esta es la imagen de la política: arreglos, amaños, trucos, amenazas, coacciones, violencias, palizas, etc.

¿Pero existe en política una moral? Desde luego, una moral que incluso parece extraña, una moral que nos sorprende. Es la moral de los chulos y matones, de los gangsters y asesinos: Al camarada se le tiene que apoyar, no importa lo que haya hecho, es un camarada, y eso basta y es suficiente; si ha matado se le ha de disculpar; si ha robado, antes es camarada que ladrón; si es inmoral, se ha de disimular su inmoralidad porque es ante todo un camarada. Esa es la moral absurda que reina en la política. Los defectos de los "nuestros" deben ser disimulados y los de los "otros" denunciados, o, si se puede, "inventados". Lo importante es el triunfo, sea como sea. Es la moralidad de los inmorales. ¿Cuántas veces no habremos oído hablar de criminales que se ayudan, que no se denuncian, que se apoyan? ¿Cuántas veces no nos hemos extrañado de este raro sentido de la honestidad que tienen los que no son honestos? Al camarada se le tiene que apoyar, pero si en un determinado momento conviene denunciarlo, ello es lícito. Los camaradas no lo son por su ideología, sino por su presencia física en el partido, sea el que sea. Alguien podría pensar que una persona que roba, asesina, estafa, etc., no puede ser camarada, ideológicamente hablando, de ningún partido de los conocidos, pero no ocurre así, eso no importa. Esta es la situación que el mundo padece en el campo de la política.
Una y mil veces se celebran y comentan hechos que cualquier persona detestaría: palizas, atentados, golpes, recomendaciones, trucos, etc. Muchas veces he observado minuciosamente a algunas personas de las que me han apoyado en determinado momento y no he podido por menos que pensar "¿Por qué me apoyan? ¿No ven acaso que lucho contra ellos, que cuanto ellos son y representan es justamente lo que yo combato?". He conocido enemigos que me gustaría contar entre los míos, y —contrariamente— otros que se suponen de mis ideas, pero cuya actuación lo contradice y que preferiría tenerlos como enemigos. Pero la política no la hacen las personas sino los partidos. Por suerte entre tanta podredumbre resplandecen tanto más aquellas personas, cada vez más numerosas por suerte, cuya honestidad y moralidad es intachable, y que como yo actúan en política porque detestan su estado actual de corrupción que he mencionado, pero todavía hay mucho camino por andar.

Después de los salvajes ataques que recibí por parte de la prensa con motivo del Congreso de Juventudes Europeas y de los mítines en los que intervine, escribí cartas personales a algunos periodistas que me habían atacado, no retractándome de mi postura, sino aclarándola. Nunca nadie me había querido conocer personalmente, todo se basaba en segundas o terceras versiones de los hechos. Así pues de esta manera creí cumplir con un deber de honestidad. No buscaba publicidad con las cartas, pues de otra manera las habría enviado a los periódicos como cartas abiertas, todos los periodistas a los que las mandé eran, teóricamente, defensores de la democracia, y me acusaban de ser totalitario y de no aceptar el diálogo, Yo, sin embargo —el totalitario y enemigo del diálogo— les escribí, pero, para mi sorpresa, sólo uno, Calvo Hernando, me contestó, no personalmente, sino que comentó mi carta en la misma sección desde la que me había atacado y hacia preceder a su comentario las palabras "Nobleza obliga". Supongo que el Sr. Calvo Hernando no comparte ninguna de las ideas contenidas en esta obra,

es pues, mi enemigo ideológico, pero uno de esos enemigos como desearíamos que fuesen todos. Fue noble y para la nobleza no hay partidos.

Se ha dicho en ocasiones que es mejor un buen enemigo que un buen amigo y debo manifestar mi total identificación con esta frase. Pero en política no existe este concepto, mi deber como político debería consistir en intentar desprestigiar al mencionado periodista, calumniar-le si fuese posible y hacerlo desaparecer, porque es mi enemigo. Esta es la única moral que existe en política, es una moral que varía con las circunstancias, y al que hoy se ataca, mañana puede ser "conveniente" alabarle, pues a lo mejor no nos conviene "tenerlo contra". Entonces se dirá que somos humanos y que nos equivocamos, pero que como somos demócratas reconocemos nuestros errores y procuraremos sacar a nuestro arrepentimiento fingido el mayor fruto posible. Seremos buenos si ser bueno es conveniente y malos si ello puede beneficiamos.

Este fenómeno, esta inmoralidad que quizás antaño se hallaba solo en unos pocos, hoy ha pasado a ser general. Los demócratas, por ejemplo —y se ha demostrado recientemente en mi caso por las tergiversaciones y cambios introducidos en mis palabras— son los más antidemocrátas, ellos tienen como arma las votaciones y son los más expertos en ellas, en falsificarías, en introducir votos de personas que no se han presentado a votar, en romper humas por medio de borrachos fingidos para anularlas, etc., etc., los demócratas que piden el diálogo son los enemigos fundamentales del mismo. A mí, personalmente, nadie me ha pedido explicaciones nunca, mientras cientos de artículos han llenado periódicos y revistas con insultos y mentiras, escritos por personas que dicen ser el "summum" de la objetividad y la democracia, personas que nada me han dicho ni preguntado a mí personalmente.

Entre los políticos de todos los partidos existe un espíritu de cuerpo que es solo comparable al de los periodistas. Primero se es político, y después persona; por ello a los presos políticos se les trata mejor en todo el mundo que a los comunes: son enemigos, pero son del mismo gremio. Cuando se ataca a los políticos todos se dan por aludidos, se insulta a los políticos y no puede tolerarse, aunque sean entre ellos enemigos, todos están en el juego. La política ha sido desacreditada por los políticos, por ello las personas decentes, cada vez en mayor proporción, se han apartado de ella.

Repito, y repetiré mil veces, que he conocido la política bastante profundamente y en todos los bandos, y el resultado ha sido para mí siempre el mismo, apenas he encontrado diferencias entre unos y otros partidos. He conocido bastante bien la Falange, y en un 90 por ciento me han parecido personas vulgares unas veces y despreciables, pendencieras, y mediocres las más, he comprobado que el número de falangistas ejemplares —entre los que he conocido, se entiende— es aproximadamente el de efectivos que tenía la Falange en 1934, y, ¡lo que es mucho peor!, en la mayoría de ocasiones han sido los mismos, incrementados por unos pocos, de nueva ola, pero que merecen mi admiración.

Esta proporción la he encontrado también entre los comunistas o filocomunistas, a los cuales por diversas razones también he conocido. Entre drogadictos y borrachos he encontrado también algunas personas decentes, totalmente engañadas, las cuales al conocer de verdad la ideología falangista se han quedado sorprendidos, teniendo que reconocer al final que su postura no estaba dirigida a la Falange sino a los falangistas que había conocido.

Esta ha sido mi desagradable experiencia en el discurrir por el campo político: el darme cuenta de que las ideas, los programas y las ideologías, se han olvidado para defender posturas o tácticas que conduzcan a la toma del poder, para lo cual el decir verdad o mentira no tiene demasiada importancia. Por ello yo, convencido de que hay personas de una excelente moral que merecen mi respeto y admiración, habiendo conocido a algunos buenos falangistas que opinan como yo respecto a este problema, no puedo por menos que hablar de una nueva moral, que gire en tomo al hombre, y no en tomo a sus intereses, que le eduque para ser noble y no que le embrutezca para alcanzar el poder. ¿No sería posible crear un nuevo partido que incluyese a los nobles y decentes de todos los partidos? Es un sueño, pero un sueño que merece ser soñado.

En la guerra, los bombardeos son despreciables, pero cuando un bando los utiliza el otro debe hacerlo también; no obstante, pese a todo, existen unos convenios internacionales, unas determinadas leyes, que, aunque no mucho, han conseguido humanizar un poco la guerra. Pero esto no ocurre en la guerra fría, no hay leyes que prohíban calumniar o engañar, no hay leyes que prohíban encubrir por el simple hecho de que se trata de un miembro del partido. Creo que la política —como la humanidad— debe girar en tomo al ser humano, que representa lo más alto y noble que ha existido. He combatido siempre y duramente la prostitución porque en ella se trata a un ser humano como un objeto, al que se paga para que "actúe" para nosotros cual si fuera una máquina. Creo que el ser humano tiene una dignidad que no debe mancillarse, que no debe humillarse. El mundo debe girar en tomo a él y por ello, por la confianza que le tengo en abstracto, y por la admiración que siento por todos los grandes genios que han existido, creo que en lugar de la división de competencias y su control recíproco de las democracias, los sistemas políticos y los gobiernos deben basarse ante todo en la jerarquía, en un concepto de jerarquía lógico en el cual la responsabilidad sea la piedra angular y básica, en la cual sea imposible escurrir el bulto escudándose en los demás, es una cámara, en un parlamento o en un consejo, un concepto de jerarquía en el cual no se piense que el jefe es bueno por ser jefe, sino en el que el bueno sea jefe por ser bueno. En este sistema se tiene que integrar a las personas decentes que actúan en política y también a las apolíticas que lo son por las razones aducidas antes. Sin duda la nueva moral debe casi rendir culto al hombre. Este es no sólo la cima de la creación, sino el sentido de la misma; por ello, y en esencia, los objetivos de una nueva moral aplicados a un nuevo estado tienen que tener por objeto la organización jerárquica de la sociedad. Jerarquía no significa despotismo o tiranía, puede ciertamente desembocar en ella, pero aún con ello el riesgo sigue siendo menor que con otros sistemas que, como se demuestra hoy en día, son tiranías impersonales. Oliverio Goldsmith llega incluso a justificar la jerarquización desde un punto de vista negativo, lo cual, pese a lo sofístico del razonamiento, no deja de ser interesante cuando dice: "Yo desearía que todos los hombres fuesen reyes. Desearía ser rey yo también. Todos tenemos, por naturaleza, igual derecho al trono. Esta es mi opinión y ha sido en tiempos pasados la de gran número de hombres que intentaron organizarse en comunidad en la que todos fuesen igualmente libres. Pero ¡ay! la realidad no correspondió a sus deseos, porque entre ellos había algunos más fuertes que los demás, y otros más listos, y estos se hicieron los amos de los restantes. Porque de la misma manera que vuestro caballerizo monta sobre vuestros caballos porque es un ser más inteligente que ellos, de la misma manera habrá otro ser más fuerte o más inteligente que vuestro caballerizo, que montará sobre sus espaldas. Por tanto, puesto que es indispensable que la humanidad esté sometida, y unos han nacido para mandar y otros para obedecer, yo he preferido al rey, cuya elección disminuye el número de tiranos. Ahora bien, los poderosos que eran tiranos antes de la elección del rey, son enemigos naturalmente de este poder que se levanta por encima de ellos".

Esta justificación es negativa pues parte del supuesto de que el mundo ha de estar regido por tiranos. Pero no debemos creer por principio que toda jerarquía desemboca por fuerza en la tiranía. En tanto el jerarca, caudillo, presidente, monarca, o como queramos llamarle pierda su identificación con el pueblo al que representa y configura, su gobierno será tiránico, pues pasará a ser un gobierno egoísta. Pero vemos demasiado a menudo ejemplos —en especial en las guerras y también en la historia pasada— de heroísmo y sacrificio de uno mismo, como para pensar que no existen personas capaces de representar en forma digna y honorable los intereses de todos los hombres que forman un pueblo, una cultura o una raza. El sistema democrático ha sido una solución típica de nuestro tiempo, una solución mediocre, un mal menor, pero que a nadie ha convencido; Bernard Shaw, hablando de la lentitud práctica de los parlamentos, dijo: "Se necesitan 30 años para hacer constitucionalmente lo que podría hacerse en 30 minutos, y pronto nos veremos obligados a remediar en 30 minutos, por medios anticonstitucionales, los asuntos que tenemos acumulados desde hace 30 años"; Jaime Balmes temió, que, como ha sucedido, la democracia se pudiese identificar con las creencias religiosas; Maragall dijo: "Quien dice democracia dice debilidad y mediocridad y pasiones bajas"; Ganivet hablaba de la "Inmunda democracia"; Pemán decía "la democracia es ruido y la inteligencia no necesita ruido sino paz; Goethe: "Todo lo que es grande e inteligente existe en la minoría", e Ibsen: "Estando compuesta de imbéciles la mayoría, la minoría es la que debe gobernar", diciendo Balzac al mismo respecto que la "muchedumbre es y será siempre lo que

es, muchedumbre", Unamuno decía que la "democracia representativa es un fruto del espíritu rebañero del hombre, de su instinto de animal de rebaño"; Ortega decía: "Lo que hoy llamamos "democracia" no es en gran parte sino la purulenta secreción de almas rencorosas" y Próspero Marimée hablaba del peligro del sufragio universal pues "la peor, la más insoportable de las tiranías es la de las masas". Henry Ford decía que la "Democracia es solo una palabrota esgrimida por agitadores"; y Pío Baroja decía "Oh, la democracia. Es la palabra más insulsa que se ha inventado", y así podríamos continuar largamente. Todos estos hombres acusaban a la democracia de impersonal, lenta y pesada.

Lo que podemos considerar como cierto e indiscutible es que la personalidad y la personalización de las decisiones es siempre, y con mucho, el mejor de todos los sistemas conocidos pues lleva implícito la responsabilidad que evita las posturas acomodaticias democráticas, las cuales tienden a confundir al pueblo, que nunca llega saber en forma cierta quién es la persona responsable de un determinado hecho, independientemente de que por ello merezca aplauso o censura. La labor del hombre, como tal, sirviendo a un sistema, aprovechando a cada cual en su sitio, permite desarrollar la iniciativa privada e individual, parte fundamental en el desarrollo de los pueblos. Ocurre aquí como en las empresas familiares y las sociedades anónimas. Las primeras fueron ya en su día, y lo siguen siendo en algunos casos, las que primero desarrollaron una política social. Esta decisión nacía del propietario y de su exclusivo criterio, por lo cual las mejores o peores condiciones dependían de su mejor o peor naturaleza; las sociedades anónimas, contrariamente, al perder totalmente el sentido de la responsabilidad y difuminarse en una masa de accionistas que exigen unos beneficios sin preocuparse de si se obtienen en forma justa o injusta, se convierten por lo general en empresas mediocres, y por ello tienen un máximo apogeo en una época y una sociedad mediocre como la nuestra. No vamos a hacer demagogia sino a exponer hechos; y en esta sociedad en la que vivimos el aficionado a un concierto tiene conciertos, el que desea pornografía se le ofrece lo que pide, el que desea deporte lo tiene, y el que prefiere visitar la montaña cómodamente, también puede hacerlo. Sin embargo, nuestra sociedad actual está caracterizada por la mediocridad, no tiene nada grande, carece de la grandeza que caracterizara a las épocas pasadas. El objetivo principal de nuestra actual sociedad burguesa es el de contentar a todos lo justo para que no atenten contra el "statu quo" imperante en el mundo. Los periódicos, radio y televisión, mantienen como norma el "panem et circenses" y aquí termina todo su objetivo; ofrecer lo que se pida independientemente del que lo pida y de lo que pida, en resumen: vulgaridad. Esto afecta igualmente a las sociedades anónimas cuyo objetivo es también mantener un equilibrio entre las demandas de los trabajadores y los intereses de las empresas. En los criterios que mueven estas consideraciones no interviene la justicia, la equidad, ni nada similar. Tampoco se tiene en cuenta el interés de la nación. Son eso, sociedades anónimas, sin personalidad ni carácter.

El objetivo de nuestra sociedad actual consiste en tecnocratizar al pueblo y tender a crear una clase gris, en lo físico por medio de una cada vez más preconizada mezcla racial, y en lo intelectual a base de ofrecer basura impresa, filmada y radiada al pueblo al que se quiere nivelar e igualar, al único nivel al que es posible hacerlo: al más bajo. Dado que el autor de una fotonovela es incapaz de escribir "La Divina Comedia", "Hamlet", o "La vida es sueño", mientras que Dante, Shakespeare o Calderón fácilmente podrían escribir las obras que él escribe, es por lo que —para no atentar a la santa y divina igualdad— es necesario acabar con los genios que al hallarse por encima de los demás los humillan, así pues si todos no podemos ser iguales a Beethoven, seámoslo todos a la altura de los Beatles. Seremos necios pero iguales, y esto basta a los necios.

Los gobiernos democráticos en todas sus formas, parlamentarias, liberales, populares, orgánicas o inorgánicas, etc., tienden también a esa mediocridad, mientras que todo gobierno organizado sobre una base jerárquica descansa en la personalidad de sus dirigentes a quienes corresponde tomar medidas enérgicas y elevadas que convengan al pueblo, aun que a una parte de ese pueblo no le interesen. El objetivo de un gobierno democrático con respecto a la ópera, por ejemplo, consiste en protegerla porque interesa a una minoría burguesa y capitalista dirigente; el objetivo de un gobierno responsable y

personalizado debe ser justamente el contrario, arrancar la ópera de la burguesía para devolvérsela al pueblo de quién nació, aunque ese pueblo en principio pueda rechazarla.

Naturalmente, la primera palabra que oímos al hablar de un gobierno basado en un principio jerárquico, es la de cuál debe ser la forma de “elegir” ese gobierno. Parece ser que por arte de magia los “gobiernos” constituyan un hecho aparte en la vida de los pueblos al margen de los sistemas que rigen en otros campos. Es ya curioso constatar cómo las caricaturas, burlas o chistes que existen en todos los países con relación a sus gobernantes —al margen de que se les exija por otra parte una moralidad intachable— no estén permitidas en las escuelas con respecto a sus profesores o en el ejército en cuanto a sus superiores. La política se ha convertido sin duda en la más menospreciada de todas las actividades humanas imaginables. Se habla siempre de elegir pero... ¿Quién eligió a Napoleón? ¿Quién eligió a Lope de Vega?, ¿Quién a Miguel Ángel?, ¿Quién, en definitiva, eligió al hombre grande?. Nadie lo hizo, fue su propia personalidad la que salió triunfante. Así pues al hablar del hombre que debe regir los destinos de un pueblo, es necesario puntualizar que no precisa ningún sistema: saldrá. Será por un camino u otro pero destacará y esta posibilidad será tanto más fácil cuanto menos infestada de mediocridades esté el campo de la política. El sistema no importa pues mientras el nacionalsocialismo —antidemocrático— accedió al poder democráticamente, el liberalismo —democrático— lo consiguió merced a la guillotina.

Sí puede determinarse una manera de destituir a aquella persona que después de un período de tiempo no haya alcanzado el logro de sus objetivos o se haya convertido en impopular. Para ello, plebiscitos o referendum son medios adecuados —controlados si se quiere por organismos internacionales que demuestren su honestidad— pues tampoco es justo que una persona gobierne indefinidamente a un pueblo contra ese mismo pueblo. Pero tenemos que sacarnos de encima la psicosis de “elección”. El mejor carpintero es el que destaca por encima de los demás de su oficio, lo mismo cabe decir de médicos o abogados pues... si nos hallamos enfermos, ¿acudiremos al médico que tiene más fama de la especialidad o preferiremos visitarnos en uno, también de la especialidad, que haya sido elegido por mayoría de votos entre personas de todas clases y oficios? En los sistemas democráticos sólo los ricos tienen posibilidades de ser elegidos, pues una campaña representa un gran desembolso de dinero, en cualquier otro sistema los pobres cuentan con más facilidades, muchas o pocas —depende del caso— pero sin duda más, pues en la democracia sólo tiene voz el rico.

El problema reside en la podredumbre, mediocridad y bajeza que infestan el campo de la política, y de las cuales es difícil salirse. ¿No es lamentable acaso que para implantar unas ideas justas, nobles y elevadas, sea necesario tratar con ciertas personas, a las que por otra parte es imposible evitar, y que representan justamente lo contrario de lo que pretendemos? Este es el caso concreto y determinado de todo hombre que, siendo noble y persiguiendo objetivos justos, al margen ya de su ideología, desea intervenir en política. Encontrará las puertas cerradas por la podredumbre que domina esta actividad humana y terminará por abandonar la lucha.

Hace algún tiempo, una persona cuyas ideas políticas se hallaban notablemente enfrentadas a las mías, me dijo que para ponderar el valor de un gobierno era menester conocer cuántos ministros se interesaban por la música y que cuantos más hubiese, tanto mejor sería dicho gobierno. Lo único que quería decir con ello, quizás expresado de forma exclusivista, es que los gobiernos en los cuales sus dirigentes se hallan interesados en el arte, serán sin duda mejor que los tecnocráticos, cuyo único objetivo se centra en los problemas económicos y técnicos.

Pese a que las ideas políticas de mi interlocutor eran abiertamente contrarias a las propias, no pude por menos que reconocer que me hallaría más a gusto en un estado formado por hombres de sus ideas pero interesados en problemas trascendentales que no en uno de las mías pero que careciese del menor rastro de interioridad. Él, por su parte, reconoció lo mismo a la inversa. Resumiendo, podríamos decir —como José Antonio— que el hombre es el sistema.

Debería crearse una nueva moral en la cual se impidiese a los taimados y materialistas su intromisión en la política. Pues si reconocemos en la política y la Iglesia los poderes más fuertes e importantes de nuestra época, no puede dejar de sorprendernos el comprobar cuán fácil es actuar en política sin el menor control. Aunque Estado e Iglesia son entidades fundamentalmente distintas, no hay duda de que el primero tiene un mayor poder, pues, de proponérselo, puede disminuir hasta su más mínima expresión las creencias religiosas de un pueblo. Por ello debería exigirse a los políticos unas garantías de moralidad antes de autorizarles en actuaciones públicas, algo similar a los que se exige a los religiosos o a los militares por ejemplo. Ser político debe significar estar al servicio de la nación, debe ser un camino difícil, en el cual sobornos o regalos se castiguen con la muerte. Los delitos cometidos por políticos deberían ser condenados doblemente, pues aquellos que, debiendo servir al pueblo, se sirven de él, no merecen otra cosa que la máxima pena.

La misión fundamental del Estado debe ser la creación de una nueva moral que pueda servir a la regeneración de una humanidad que camina a pasos agigantados hacia un materialismo tan absurdo como grosero. Los problemas económicos tienen una importancia relativa y anecdótica, se trata de problemas de justicia, no de riqueza. Padecemos una forma inmoral de distribución de bienes; consecuentemente, una nueva moral representa también el logro de un objetivo económico.

El Estado no tiene por misión contentar al pueblo, sino educarlo, y debe procurar elevar su nivel, no puede limitarse a ofrecerle espectáculos sangrientos y bochornosos —como las detestables corridas de toros que embrutecen a la humanidad— al contrario, tiene que inculcar un respeto para con la naturaleza, el saber gozar de un ciervo que corre libre por las montañas, sin tener la necesidad de matarlo. No vale decir que el "pueblo", la "base" o como se le llame, son pobres animalitos que no tienen más capacidad que para sus placeres físicos y palpables, no le es lícito a un estado idiotizar al pueblo para controlarlo mejor. El Estado tiene que realizar una política que tienda a elevar al hombre en lugar de degradarlo a la bestialidad, donde la nobleza ocupe la cima en lugar de ser el desecho.

La nueva moral que debe instaurarse en Europa debe tener también entre sus puntos fundamentales el rechazar la violencia y librar una batalla lo más noble posible y dentro de los cauces más pacíficos. Es un signo de inferioridad manifiesta el recurrir a bombas y atentados para destruir la actividad de los enemigos políticos. En tanto la lucha se desarrolle por cauces legales, toda acción violenta se convierte en una simple rabieta'que no pasaría de ser esto si no fuese porque en ocasiones causa heridos o incluso muertos. Este sistema de la violencia, de las bombas, atentados y asesinatos, es típica lucha del comunismo, sistema político que carece de toda moralidad. No debe caerse en ese mismo error, los medios utilizados en la lucha política deben ser nobles y no hay nada menos noble que colocar una bomba y escapar. Se debe responder de las acciones que se hacen, la cobardía es sinónimo de comunismo y por ello no debe utilizarse; siempre, siempre, se debe responder por los actos que uno realiza.

Naturalmente, este rechazo de la violencia debe limitarse a lo que respecta a la ofensiva, es decir, a los atentados contra organismo, entidades o personas de otras ideologías. Muy distinto es el caso inverso, es decir, cuando dichas personas o entidades preparan y actúan en forma violenta contra nosotros, en este caso la violencia es la única respuesta. Por ello, cuando en una conferencia, por ejemplo, un núcleo de asistentes intenta boicotearía, la solución no es en ningún caso la de avisar a la policía y pedir que hagan salir a esas personas, la solución es una respuesta violenta de acuerdo con la naturaleza de la actitud de los individuos en cuestión. Es decir, la violencia en si se convierte en brutalidad y salvajismo, en imposibilidad de actuación responsable y por ello debe rechazarse, pero el permitir que el enemigo pueda boicotear nuestros actos sería ya pacifismo, cobardía o idiotez. En estos casos, es necesario responder a la violencia con violencia, a la fuerza con la fuerza, y a las bombas con las bombas.

Por el momento, y en la actual situación concreta de España, la violencia no debe practicarse, sin embargo esto no puede ser una constante. Cuando el enemigo la utiliza o bien cuando sus atacados, ridiculizados o combatidos, los principios morales y éticos que rigen las sociedades civilizadas, entonces constituye una vana ilusión esperar ser combatido por medios morales y éticos. Si en una pelea nuestro oponente utiliza un cuchillo, una botella rota o cualquier otro instrumento, resultaría absurdo, absolutamente absurdo, que nosotros quisiéramos permanecer nobles y no nos aviniésemos a recurrir a medios similares. Cuando en una guerra un bando no se somete a los convenios internacionales, el otro debe hacer otro tanto. Esto supone intentar moralizar la inmoralidad, pero una lucha no es una teoría, sino un hecho práctico del que puede depender nuestra vida y nuestra cultura.
La sociedad burguesa no busca la verdad sino su tranquilidad y vida cómoda, por ello algunos de estos problemas los enjuicia desde un punto de vista parcial. Es frecuente que la aparición de un partido "neonazi' motive actitudes contrarias y violentas por parte de grupos extremistas comunistas. Lo lógico sería que se ejerciese una política durísima contra esos grupos, pero la acción es siempre la contraria: prohibición de los "neonazis". Con ello se consigue acabar con la violencia, mientras que persiguiendo a los comunistas simplemente aumentaría. Desde el punto de vista de la comodidad, el hecho es evidente. El "fascismo" trae la violencia, y sin el fascismo la violencia desaparece. Cierto que no es el "fascismo" el promotor, ni el responsable, pero con su desaparición desaparece también la violencia.
La violencia debe ser considerada y estudiada en su justo valor. En cuanto al valor defensivo no debe existir duda: es necesaria. En cuanto a destruir las fuerzas del enemigo —lo que supone pasar de una guerra fría a una guerra convencional aunque a pequeña escala— debe ser rechazada absolutamente hasta que la degradación de la sociedad sea tal y los ataques a los valores eternos del hombre tan frecuentes, que no exista otra forma de actuación.

Esta no es sin duda la situación de España en la actualidad, y por tanto en el momento presente debe desarrollarse la lucha por cauces absolutamente legales. Esta situación puede cambiar, pero por el momento no es previsible. Por otra parte, entre la legalidad y las bombas explosivas o incendiarias, hay toda una escala que debe recorrerse antes: manifestaciones, huelgas políticas, subversión escrita, bombas de humo, etc. Por tanto la época en la que pueda ser necesaria la actitud violenta supone ya una guerrilla urbana y está todavía lejana, pero, llegada la ocasión, debe saberse responder y jugar también esta carta que, normalmente, es la última que juega el comunismo, y en la cual es necesario ganarle estando preparados.

Algún día llegará en el cual no serán necesarios los inspectores de hacienda, ni los revisores, ni tantos otros guardas y vigilantes que aparecen a la vista de la gente como vigilantes de sus propios bienes o intereses, en vez de darse cuenta de que defienden un patrimonio que es de todos. Pero esto es difícil de conseguir, no existe conciencia de que es de todos, nos parece siempre que es del "gobierno" y que si podemos aprovechamos tanto mejor, y así empiezan unos a robar y justificándose en esos, todos siguen robando; bien decía Quevedo:

"El vulgo es sin rienda ladrón homicida; burla del castigo; da coz a la vida.
¿Que importan mil horcas —dice alguna vez-si es muerte más fiera hambre y desnudez?
Los ricos repiten por mayores modos:
Ya todo se acaba, pues hurtemos todos".

Esta es la moralidad de nuestros días en la cual la acción nuestra la justificamos con la ajena, no queremos combatir el robo sino que preferimos robar todos, y empezamos una carrera de ventajas, trucos y estafas, que convierten la sociedad en una selva donde vence, no ya el más fuerte, sino el más taimado. Una sociedad en la cual el pueblo está contra el Estado y, lo que es más lamentable, el Estado está contra el pueblo. Esta es la situación de casi todos los países del mundo en mayor o menor grado.
¿Puede hablarse de una nueva moral? Moral no hay ni ha habido más que una, una única e imperturbable moral, pero que en la actualidad ha sido destruida por los aduladores de antaño,

convertidos en señores, y rodeados de nuevos aduladores que esperan vivir a sus espaldas.

--FIN--



Digitalizado por: Ediciones El Ultimo Avatara

Maquetación en pdf www.NuevOrdeN.net